

# LOS HUÉSPEDES

DEL

**YO**

The image features the letters 'YO' in a very large, bold, black sans-serif font. Below the letters is a soft, grey shadow that mirrors their shape, creating a three-dimensional effect. The 'Y' is on the left and the 'O' is on the right. The background is a light, neutral color.

Las identificaciones y desidentificaciones  
en la clínica psicoanalítica

**Teresa Olmos de Paz (ed.)**

# LOS HUÉSPEDES DEL YO

COMISIÓN DE PUBLICACIONES

Directora

Teresa Olmos de Paz

Secretaria

Elizabeth Palacios García

Comité Editorial

Paloma Araoz Prados

Ariel Liberman

José Luis Gallego-Llorente

Petra Rodríguez Tejada

Beatriz Rolán Villaverde

TERESA OLMOS DE PAZ (ED.)

# LOS HUÉSPEDES DEL YO

LAS IDENTIFICACIONES Y DESIDENTIFICACIONES EN LA CLÍNICA  
PSICOANALÍTICA

BIBLIOTECA NUEVA

© Los autores, 2018

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2018

Evaristo San Miguel, 20, entreplanta izq.

28008 Madrid (España)

[www.bibliotecanueva.es](http://www.bibliotecanueva.es)

[editorial@bibliotecanueva.es](mailto:editorial@bibliotecanueva.es)

ISBN: 978-84-15555-89-6

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

1. SOBRE LA IDENTIFICACIÓN
  2. ACERCA DE LA DESIDENTIFICACIÓN
  3. LA DESIDENTIFICACIÓN EN EL PROCESO ANALÍTICO
- BIBLIOGRAFÍA

## IMAGO, IDENTIFICACIONES ALIENANTES Y PROCESOS DE DESIDENTIFICACIÓN

1. EL FUNCIONAMIENTO PSÍQUICO EN IMAGO
  2. MIMETISMO, ALIENACIÓN Y PROCESOS DE DESIDENTIFICACIÓN
  3. HACER EL VACÍO
  4. PERSPECTIVAS DE INVESTIGACIÓN
- BIBLIOGRAFÍA

## IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA Y EL TERCERO SUBYUGANTE\*

1. EL CONCEPTO DE IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA
  2. RESUMEN
- BIBLIOGRAFÍA

## IDENTIFICACIONES, SUBJETIVACIÓN Y LOS PROCESOS SIMBÓLICOS

1. INTRODUCCIÓN
  2. LA SIMBOLIZACIÓN Y EL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN
  3. LOS OBJETOS INTERNOS Y SUS TRANSFORMACIONES
  4. LAS DEFENSAS NARCISISTAS Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD EN LA ADOLESCENCIA
  5. LAS CONFUSIONES GEOGRÁFICAS Y LA IDENTIDAD EN LA ADOLESCENCIA
  6. UN BEBÉ SE CONVIERTE EN UN GUERRERO
  7. HACIA LAS FORMAS SIMBÓLICAS MÁS ABSTRACTAS
  8. COMENTARIOS FINALES
- BIBLIOGRAFÍA

## EL PODER DE LAS IDENTIFICACIONES Y DE LA DESIDENTIFICACIÓN EN EL CAMPO ANALÍTICO

1. Identificación-desidentificación
2. Agustín

- 2.1. Recuperar la forma
- 2.2. El test permanente
- 2.3. Revalidar los títulos
3. Amistad de transferencia
4. Sexualidad y relación de dominio en el campo analítico: la amistad de transferencia
5. La fantasía inconsciente básica pigmaliónica en la pareja de Agustín y Paula
6. Sísifo y la roca
7. Narciso, Pigmalión y Galatea
- 7.1. Los tres tiempos del pigmalionismo
8. Implicaciones técnicas
9. De lo intersubjetivo a lo intrapsíquico
10. Las autoimágenes narcisistas
11. Manteca
12. Pastel de chocolate y merengue
13. Amistad y traición
14. Fin del análisis: océano y puerto
15. Última sesión
16. Epílogo: «Lo que has heredado de tus padres adquiérelolo para poseerlo» (Goethe, fausto, parte I).

#### Bibliografía

BION COMO UN KLEINIANO. UNA ELABORACIÓN DE LA FANTASÍA DE LA MENTE EN  
«ATAQUES AL VÍNCULO»\*

1. LEYENDO A BION HOY
2. EL CONTEXTO KLEINIANO DE LAS CONTRIBUCIONES DE BION
3. LA FANTASÍA INCONSCIENTE
4. LAS ELABORACIONES DE BION SOBRE LA FANTASÍA KLEINIANA EN «ATAQUES AL VÍNCULO»
  - 4.1. La fantasía de «ataque al vínculo»
  - 4.2. «Ataques al vínculo» en la «Diferenciación de las partes psicóticas y no-psicóticas de la personalidad» (de Freud a Klein)
  - 4.3. La elaboración de la fantasía en «Ataques al vínculo» (Ilustración clínica y nociones iniciales de contención)
5. ILUSTRACIÓN CLÍNICA
6. PRIMERAS NOCIONES SOBRE CONTENCIÓN

7. PENSAMIENTOS FINALES  
BIBLIOGRAFÍA

# INTRODUCCIÓN

TERESA OLMOS DE PAZ

Habíamos logrado esclarecer el sufrimiento doloroso de la melancolía mediante el supuesto de que un objeto perdido se vuelve a erigir en el yo, vale decir, una investidura de objeto es relevada por una identificación. En aquel momento, empero, no conocíamos toda la significatividad de este proceso y no sabíamos cuán frecuente ni cuán típico es. Desde entonces hemos comprendido que tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter.

S. FREUD, 1923

## 1. SOBRE LA IDENTIFICACIÓN

Estos pensamientos de Sigmund Freud me sirven de introducción a un tema tan complejo y amplio como es la noción de identificación; también creo que ellos esbozan una característica del pensamiento freudiano que consiste en que los conceptos en psicoanálisis son siempre revisables, ya que solo se validan en la clínica en el proceso de investigación.

Pensar la problemática de la identificación es complejo; pues, por una parte, la identificación es un concepto que atraviesa como hilo conductor la teoría psicoanalítica y es una noción básica para la comprensión de la estructuración del sujeto. Por otra parte, es una problemática indisociable de la constitución del psiquismo, que es su entramado de base, y su consideración metapsicológica se vincula a la teoría del complejo de Edipo y sus ejes centrales: la identidad y la diferencia, el deseo y la prohibición, el yo y la alteridad.

Los procesos de identificación intervienen tanto en la constitución del yo, del superyó y del ideal del yo, como en la identidad del sujeto.

El sentimiento de identidad es un elemento esencial de la vida psíquica y es una búsqueda permanente del yo, que recibe su respuesta reflejada desde el otro y la realidad. Esta identidad se constituye a través de los procesos de identificación, procesos que embarcan al niño en una búsqueda que implicará más tarde una renuncia al conjunto de los objetos que, en una primera época de su vida, representaron los soportes libidinales y narcisistas.

Es por la historia del vínculo con sus objetos como el yo construye su propia historia. El carácter del yo, decía Freud, «es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto» (S. Freud, 1923). La entrada en escena del yo es al mismo tiempo entrada en escena de un tiempo historizado (P. Aulagnier, 1984). Nada puede decirse acerca de «quien soy yo» sin recurrir a lo que «yo piensa ser». Sin esta proyección en un futuro, el yo nada podría enunciar acerca de un tiempo actual, siendo también indispensable la referencia al pasado. Historia que es una trama compleja de acontecimientos abiertos a resignificaciones posteriores.

La identificación es un proceso psíquico inconsciente mediante el cual «un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, total o parcialmente, sobre el modelo del otro. La

personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones» (J. Laplanche y J. B. Pontalis, 1967).

Estos procesos están íntimamente relacionados con los procesos de introyección e incorporación. Si bien la introyección es un paso necesario para la identificación, se diferencia de esta en la medida en que la identificación produce una alteración en el yo. Asimismo, la introyección guarda relación con la incorporación, que constituye, más bien, el prototipo corporal de la introyección.

A través de la incorporación, el sujeto, en su fantasía inconsciente, introduce y guarda un objeto dentro de su cuerpo. La incorporación, aunque no de modo exclusivo, corresponde a fantasías canibalísticas, y las identificaciones primitivas suelen ser experimentadas como incorporación del objeto.

Ahora bien, los procesos de identificación se caracterizan por su dinámica y cambio, al tiempo que también ofrecen al yo puntos de certidumbre que le permiten seguir sintiendo «yo soy yo» a lo largo de los procesos de cambio en su historia de vida. Por lo tanto, «principio de permanencia» y «principio de cambio» deben mantenerse en un estado de alianza (P. Aulagnier, 1984).

La permanencia de esa «matriz relacional», que se constituye en los primeros años de la vida, estructura al sujeto y es garante de la singularidad del deseo del yo. Esa «matriz relacional», que implica los vínculos fundamentales con el otro, se manifiesta como sello que se resignificará en las elecciones de relaciones posteriores.

El «principio de cambio» señala las distintas posiciones identificatorias a las que puede acceder el yo, siempre compatibles con esa «matriz», lo que abre el acceso a un abanico de elecciones en relación con sus objetivos, sus pensamientos, sus vínculos con los otros, consigo mismo y con su cuerpo.

Lo característico del proceso identificatorio es que no concluye, viejas identificaciones caen porque otras ocupan su lugar, pero este proceso tiene que ofrecer puntos simbólicos de referencia para que su trayectoria no sea fuente de angustias desorganizantes que puedan producir rupturas o interrupciones en esa búsqueda permanente del yo.

En el devenir de cada historia singular, la adolescencia es un hito en la posibilidad de reorganización de los procesos identificatorios; pero el adolescente tiene que ser capaz de anclar un punto de partida fijo para afrontar los procesos de reestructuración identificatoria y poder continuar su recorrido, en lugar de detenerse y quedar fijado en una posición identificatoria, como consecuencia de la intolerancia al sufrimiento debida a su crisis de identidad, lo que, en ocasiones, puede hacerle perder su propia

individualidad.

Entre los organizadores del sentimiento de identidad se incluye la construcción y elaboración del «mito de origen». La pregunta que se formula el niño sobre el origen y las respuestas que le dan los padres dan lugar al sentimiento de un mito sobre el origen que favorece el desarrollo del pensamiento inconsciente, del cómo, el cuándo y el porqué del origen. Este mito está íntimamente ligado a los puntos de certeza identificatoria y a las identificaciones primarias.

Todo lo que vengo señalando nos conduce a la confirmación del papel estructurante que tienen los procesos de identificación. Estructuración ligada a la complejidad edípica que tiene como límite la angustia de castración.

También deseo destacar que las identificaciones son una cuestión del sujeto, no del inconsciente originario, aun cuando aspectos de la identificación puedan ser reprimidos secundariamente en razón de la existencia de aspectos inconscientes del yo y de enunciados parentales ligados a estos.

El concepto de identificación, en el pensamiento de Freud, se fue desarrollando desde una noción entendida como mecanismo patológico que servía para entender un síntoma en un momento dado, hasta comprenderlo como algo que va a producir efectos permanentes en la estructuración del sujeto.

En 1915 (Duelo y melancolía), Freud descubre a partir de la identificación melancólica o narcisista que la condición para abandonar un objeto pasa por un proceso de identificación.

Esta noción va a cobrar toda su fuerza en *El yo y el Ello* (1923). La sombra del objeto recayendo sobre el yo se superpone a la renuncia sexual durante la declinación del complejo de Edipo que conduce a una sustitución de los padres investidos por identificaciones, identificaciones secundarias edípicas, secundarias al abandono del objeto y que conducen a la estructuración del superyó-ideal del yo.

Asimismo, pienso que la identificación primaria como constitutiva del yo, instauradora del narcisismo residual del semejante, es el modo mediante el cual el sujeto entra en la diferenciación tópica correlativa al abandono del autoerotismo. Y como dije anteriormente, es del lado del yo donde hay que ubicar las identificaciones que posibilitan al deseo inconsciente sostenerse como reprimido. La represión es una condición de la identificación.

Cuando el narcisismo con su correlato, la identificación, quedan ubicados del lado de lo que reprime, la identificación funciona al servicio de la estructuración del sujeto. Y el establecimiento del yo como instancia se establece sobre una pérdida o

contrainvestidura de objeto que requiere tanto de la intervención unificadora y narcisizante por parte del otro, la madre, en quien se origina todo proceso identificatorio, como de la separación de los sistemas psíquicos que solo proporciona la instalación de la represión.

Trayecto identificatorio también sostenido y articulado por la función paterna, función que se constituye como polo simbólico, ordenador de las funciones secundarias, que se sostiene en un juego complejo de «padre real» y «función paterna». La función paterna se ejerce en una articulación entre la capacidad de amar y la rivalidad por la posesión de la madre.

En esta compleja combinación se abre la posibilidad de la estructuración del niño y de las identificaciones que abren el camino a la asunción del sexo.

El ejercicio de la función paterna culmina con la identificación constitutiva del superyó en su doble vertiente: conciencia moral-ideal del yo.

Sabemos de la íntima relación que existe entre la sublimación y los procesos de identificación. La sublimación es requerida por el ideal, pero es el yo quien la realiza en función de su historia libidinal.

La identificación es el medio esencial, al cual recurre la economía libidinal, para conservar aquello que el principio de realidad obliga a abandonar. Una elección libidinal es reemplazada por una investidura yoica, reemplazo que permite al yo constituirse en objeto de relevo que compensa la pérdida. En el proceso identificatorio una parte del yo se identifica con el objeto, al cual ha debido renunciar.

La sublimación no debería ser definida solo como un proceso de alejamiento del fin sexual, sino que incluye su vinculación con la identificación. Los destinos sublimatorios implican procesos vinculados a una capacidad de identificación con la potencialidad simbolizante del otro.

Volviendo a la función de la identificación narcisista en la constitución del yo, resultado de esa «nueva acción psíquica» que viene del semejante, desearía subrayar que ese salto estructural no se realiza de una vez para siempre; sino que se produce de manera continua y se sostiene en algo que estructura su base: un conjunto de representaciones ligadas que le aseguran su estabilidad y desemboca en un tiempo de constitución de las instancias ideales o superyó, claramente diferenciadas de los atributos del yo ideal en tanto yo ideal narcisista.

La diferencia fundamental entre los modos de instauración del yo ideal y del ideal del yo tiene que ver con que los ideales del yo tienen un carácter móvil. Ellos se articulan en parte como mandatos, pero no someten al sujeto a la angustia de

aniquilamiento sino a la angustia de castración. En cambio cuando se instauran en el yo ideal ciertos modos del ser, someten al sujeto a una angustia de aniquilamiento, en tanto el sujeto no puede trabajar sobre los ideales como alternativas, sino que solo se circunscribe a una identificación, como rasgo unario. Vale decir que opera alrededor de un solo rasgo que polariza toda la vida psíquica y a cuyo no cumplimiento queda sujeta la posibilidad de aniquilamiento, a diferencia de la castración como reconocimiento de la incompletud del sujeto.

Ahora bien, las fallas en estas instalaciones de constitución subjetiva pueden ser efecto de distintas cuestiones. Por ejemplo, el fracaso del narcisismo, de la instancia yoica que impide a la madre ejercer la función de objeto materno que narcisiza y permite la identificación, puede ser una falla circunstancial, por ejemplo, una depresión en la madre o la figura de «madre muerta» de A. Green.

La incapacidad de la madre de ejercer un «narcisismo transvasante» (S. Bleichmar, 1998) sin otorgar elementos ligadores no estructura el entramado de base y el proceso identificatorio se instaura como fallido; y, al terminar los tiempos de infancia, el yo no queda claramente ubicado del lado de lo que reprime, instaurándose en él una potencialidad desorganizante que decidirá sobre las formas de respuesta y de defensa al enfrentarse a nuevos conflictos en diferentes puntos de su trayecto identificatorio.

Por lo tanto, las identificaciones también pueden tener otra vertiente, ya que, al tiempo que estructuran al sujeto, pueden también no estructurarlo o alienarlo. En ese caso nos enfrentamos con identificaciones patológicas que, en la singularidad histórica de cada uno, podrán ser más o menos alienantes. A lo largo de los capítulos de este libro, el lector tendrá ocasión de observar a través de los casos clínicos estas distintas vicisitudes.

A la complejidad identificatoria nos enfrentamos en el desarrollo del proceso analítico, identificaciones que se manifiestan de diferentes maneras en el vínculo transferencial. Si bien por distintas vías tenemos acceso a escuchar las identificaciones del paciente (recuerdos, circunstancias aleatorias, relato de los padres en el análisis con niños y con adolescentes, donde en ocasiones, a través de la historia que nos cuentan los padres, se observa cómo el niño es identificado por antes de identificarse a), creo que la vía fundamental es a través de la repetición transferencial, la percepción contratransferencial y la «escucha de la escucha».

La transferencia es el lugar de la repetición pero también de la creación. Y es en ese lugar donde se produce el interjuego de identificaciones-desidentificaciones y la

creación de nuevas identificaciones.

En el trabajo de desidentificación se construye el pasado, tanto en el desarrollo vital como en el proceso analítico, y la desidentificación posibilita el surgimiento del deseo y la constitución del futuro.

## 2. ACERCA DE LA DESIDENTIFICACIÓN

Como vengo señalando, es evidente el papel estructurante de las identificaciones en la constitución del sujeto.

Pero también las identificaciones pueden tener otra vertiente, ya que, al tiempo que estructuran al sujeto, pueden también no estructurarlo o alienarlo. En ese caso nos enfrentamos con identificaciones patológicas que, en la singularidad histórica de cada uno, podrán ser más o menos alienantes.

La complejidad identificatoria se escucha en el desarrollo del proceso analítico, identificaciones que se manifiestan de diferentes maneras en el vínculo transferencial - contratransferencial.

Si bien por distintas vías tenemos acceso a las identificaciones del analizando, recuerdos, circunstancias aleatorias, relato de los padres en el análisis con niños o con adolescentes donde en ocasiones a través de la historia que nos cuentan, se observa como el niño es identificado por antes de identificarse a, creo que la vía fundamental es a través de la repetición transferencial, la percepción contratransferencial y la “escucha de la escucha”.

La transferencia es el lugar de la repetición pero también de la creación. Y es en ese lugar donde se produce el interjuego de identificaciones-desidentificaciones y la creación de nuevas identificaciones.

Decía antes, que solemos observar en la clínica psicoanalítica, como el niño antes de identificarse a los otros es identificado por los otros.

En el encuentro primordial de la madre con el infans y del infans con la madre, se conjugan anhelos maternos referentes al niño y hay una trasmisión por parte de la madre de algo reprimido. La relación del niño con la madre es asimétrica; y ésta establece una relación con el “yo anticipado” del niño.

Los anhelos identificatorios que la madre formula en nombre del Infans en un primer tiempo no se enfrentan con anhelos diferentes que éste podría formular e investir. Luego, más tarde, el niño se apropia de esos pensamientos identificantes.

Ahora bien, en la medida en que las identificaciones están íntimamente ligadas a la identidad del sujeto y producen puntos simbólicos de anclaje para afrontar los diferentes cambios a lo largo de la vida, las desidentificaciones se relacionan con aquellas identificaciones patológicas que alienan al sujeto. Las desidentificaciones

implican sentimientos de soledad y despiertan angustias de desamparo. Por ello se presentan como situaciones dolorosas y son experimentadas como peligrosas.

Hay procesos que la realidad impone en la reestructuración del sujeto, como la desidealización de las imagos paternas. «Matar a his majesty the baby», como alguna vez nos creímos, implica también el «asesinato» simbólico de los padres del niño maravilloso.

Estos procesos, bajo el nombre de «desidentificaciones universales», no se pueden acelerar ni detener, involucran la reestructuración de identificaciones (T. Olmos de Paz,1993), marcan la reestructuración del sujeto y promueven el crecimiento mental.

Sin lugar a dudas, a lo largo de la vida se presentan situaciones de diferente índole que generan desilusiones y producen diferentes desidentificaciones, que, en ocasiones, pueden llegar a comprometer el equilibrio psíquico de una persona. Otras veces estimulan su creatividad y el cambio de sus valores.

### 3. LA DESIDENTIFICACIÓN EN EL PROCESO ANALÍTICO

En la literatura psicoanalítica, si bien muchos trabajos aluden a las desidentificaciones, no abundan trabajos sobre la noción y menos aún acerca de la desidentificación en el proceso analítico.

Sin embargo, S. Freud en 1933 se refirió, según mi opinión, a la cuestión de la identificación-desidentificación, pero lo hizo en íntima conexión con el desarrollo del superyó. Así es como nos dice: «En el curso del desarrollo, el superyó cobra, además, los influjos de aquellas personas que han pasado a ocupar el lugar de los padres, vale decir educadores, maestros, arquetipos ideales. Lo normal es que se distancie cada vez más de los individuos parentales originarios, que se vuelva por así decir más y más impersonal. No olvidemos tampoco que el niño aprecia a sus padres de manera diferente en diversos períodos de su vida. [...] También con estos padres posteriores se producen después identificaciones, pero lo común es que ellas brinden importantes contribuciones a la formación del carácter; en tal caso afectan solo al yo, y no influyen más sobre el superyó, que ha sido comandado por las primeras imagos paternas» (S. Freud, 1933).

Me parece que Freud dejaba planteado el tema de la transformación de los procesos identificatorios y de lo que hoy denominamos desidentificaciones, pero también dejó abiertos interrogantes acerca de la mutua relación de estos procesos con las modificaciones evolutivas del superyó.

Ahora bien, fue Ralph Greenson quien sostuvo hace años la importancia en el niño de desidentificarse del objeto primario-madre e identificarse con el padre para poder obtener su masculinidad. Asimismo, destacó que «el otro componente vital en ese cambio de identificación en el niño consiste en los motivos que el padre ofrece para identificarse con él» (R. Greenson, 1968).

Yo pienso, como he sostenido en otro lugar, que «las mociones amorosas hacia el padre definen el camino de la identificación. Mociones amorosas y eróticas que deberán sublimarse, simbolizarse, para lograr la identificación, y sin cuya base sería impensable la identificación al rival» (T. Olmos de Paz, 2012).

En Francia, Octave Mannoni (1984) sostuvo que, en tanto la identificación es un proceso inconsciente, solo es posible tomar conciencia de ella a través de la desidentificación.

Me parece que estas afirmaciones pueden ser válidas para cierto tipo de identificaciones, pero pienso que el proceso de desidentificación implica mucho más que «un darse cuenta». En nuestra tarea clínica nos enfrentamos con ciertas identificaciones arcaicas y patológicas que, en todo caso, a partir de «un darse cuenta» requieren un arduo trabajo de elaboración y transformación de identificaciones patógenas.

Conuerdo con Jorge E. García Badaracco (1990) cuando dice que «las tremendas dificultades que algunos pacientes tienen para realizar un verdadero proceso analítico ponen de manifiesto la complejidad de los fenómenos inherentes al proceso de desidentificación». Además García Badaracco sostuvo que «ante el carácter contradictorio o incompatible de ciertas identificaciones, algunas personas logran deshacerse de lo que se presenta como inadecuado». Pero, en la mayoría de los casos, las identificaciones son, para García Badaracco, procesos mentales mucho más difíciles de cambiar.

García Badaracco describió un tipo de identificación que él denominó «identificación con el objeto enloquecedor». Son identificaciones confusionales, consisten en la internalización de un vínculo en el cual el sujeto y el objeto están indiscriminados. Se trata de «vínculos internalizados enloquecedores». La desidentificación de este tipo de identificaciones implica la transferencia psicótica y el uso excesivo de identificaciones proyectivas.

Yo creo que también se producen otro tipo de desidentificaciones que implican niveles superiores de organización psíquica. Por ejemplo, lo que W. Baranger y los Goldstein (1989) denominaron la desidentificación por «autonomía narcisista», que se refiere al ideal del yo.

Una vez reconocido el carácter patógeno de las identificaciones, el sujeto trata de realizar un proceso de separación interna, despojándose de lo que ha tomado del objeto, proceso que se acompaña de sentimientos de pérdida de identidad. Considero que el trabajo de desidentificación involucra un trabajo de duelo. Sin lugar a dudas, las desidentificaciones de «objetos enloquecedores» serán muy diferentes a aquellas que tienen que ver con identificaciones secundarias edípicas.

Cuanto más arcaica es una identificación, más compromete la identidad del sujeto. Pienso que uno de los trabajos más arduos es aquel relacionado con identificaciones de la primera infancia que se establecieron como desenlace de situaciones traumáticas, como solución a injurias narcisistas. Traumáticas en el amplio sentido que Freud dio al término a partir de 1926. Identificaciones que forman parte de una

organización escindida dentro del sujeto. «Son, por así decir, un Estado dentro del Estado» (S. Freud, 1939).

Situaciones traumáticas vinculadas a peligros externos e internos, generadoras de angustia, que, por su intensidad, operaron como injuria narcisista en el yo. Por ello algunas identificaciones, aunque patológicas, actúan como guardianes de la vida.

También tienen particular importancia aquellas identificaciones que actúan como una organización escindida, identificada con la lógica narcisista de los padres. Este proceso, como he dicho antes, quedó señalado por Freud, al referirse a que las identificaciones con esos padres posteriores «afectan solo al yo y no influyen más sobre el superyó que ha sido comandado por las primerísimas imagos parentales» (S. Freud, 1933).

Este problema resulta esencial no solo en los aspectos teóricos, sino en todo proceso analítico.

Para terminar con estas reflexiones de introducción a esta problemática, diría que la desidentificación es un proceso de transformación de las identificaciones, proceso que implica una nueva realidad. Realidad coloreada por la dimensión de novedad y sorpresa, a partir de la cual comienza un proceso de elaboración, duelo y transformación, que permitirá al analizado la organización de nuevas identificaciones.

También sabemos que en toda elaboración psicoanalítica siempre quedan restos, aspectos no cubiertos por la semantización, enigmas no esclarecidos por la comprensión, que generan la posibilidad de nuevos cambios, de nuevas identificaciones.

Los procesos identificatorios que estructuran al sujeto recorren complejas vicisitudes en su trayecto. Como decía Piera Aulagnier, «proceso y proyecto identificatorio son dos conceptos que buscan dar cuenta de la complejidad del psiquismo» (P. Aulagnier, 1984).

Asimismo, a lo largo de la cura psicoanalítica nos encontramos muchas veces con identificaciones que en vez de estructurar al sujeto lo alienan. Por ello creo que uno de los objetivos del psicoanálisis es apuntar a la transformación de aquellas identificaciones que alienan al sujeto y lo llevan a un funcionamiento psíquico de compulsión de repetición.

Muchas de las «alteraciones del yo» que fundamentan la neurosis, o más allá de la neurosis, provienen de las identificaciones nocivas o virtualmente patógenas.

En mi criterio, desidentificarse de esas identificaciones constituye uno de los momentos esenciales del proceso analítico. Tiempo del desalojamiento de los

“huéspedes del yo”.

A través de los capítulos de este libro, el lector podrá ir transitando por todas estas cuestiones aquí señaladas. Y podrá visualizar a expertos psicoanalistas que trabajan estas problemáticas desde distintas perspectivas tanto teóricas como clínicas.

En el primer capítulo, «Imago, identificaciones alienantes y procesos de desidentificación», Maurizio Balsamo, partiendo de la noción de «complejo de la madre muerta» de A. Green, nos muestra estados de alienación y procesos de desidentificación en la cura analítica. Sujetos que tienen en común lo que se presenta como el bloqueo del trabajo psíquico que cada uno lleva a cabo durante su vida, abriéndose a nuevos recorridos identificatorios erosionando los existentes. Este autor trata la cuestión de la imago y la desidentificación que permite la historización del sujeto.

En el segundo capítulo sobre «Identificación proyectiva y el tercero subyugante», Thomas Ogden realiza una reflexión original sobre la naturaleza del interjuego de la subjetividad y de la intersubjetividad específico de la identificación proyectiva.

En ella existe, según Ogden, un colapso parcial del movimiento dialéctico entre la subjetividad individual y la intersubjetividad y la resultante creación del tercero analítico subyugante. Y va a destacar que un proceso analítico exitoso implica el reemplazo del tercero y la reapropiación de las subjetividades (transformadas) por los participantes como sujetos separados.

En el tercer capítulo, «Identificaciones, subjetivación y los procesos simbólicos», Ruggero Levy comienza sosteniendo que la problemática de la identificación-desidentificación en la clínica psicoanalítica permite analizar la cuestión desde una perspectiva contemporánea.

Plantea a lo largo del capítulo cuál es la relación entre identificaciones, procesos de simbolización y no simbolización, y adolescencia. Para mostrar estas cuestiones nos relata el proceso analítico de un adolescente.

En el cuarto capítulo, «El poder de las identificaciones y de la desidentificación en el campo analítico», Luis Kancyper realiza una detallada reflexión sobre estos aspectos a través del relato del proceso analítico de Agustín. Podemos observar a un analista trabajando, con una escucha fina de las identificaciones en el vínculo transferencial.

En el quinto capítulo, «Bion como un kleiniano: Una elaboración de la fantasía de la mente en “Ataques al vínculo”», Rachel Blass nos conduce a pensar en las identificaciones proyectivas desde una conceptualización diferente a la realizada por

Thomas Ogden en el capítulo segundo. La autora destaca que las funciones del vínculo están íntimamente relacionadas con la noción de contención. Bion consideraba a esta última «una fantasía sobre un tipo de proceso de vinculación que permite que el pensamiento pueda tener lugar». Asimismo, al pensar en «ataques al vínculo», Bion entiende una fantasía central que se suma, dice R. Blass, de modo significativo a las ideas de Klein acerca de la fantasía y el pensamiento.

Creo que las diferentes perspectivas clínicas y teóricas de los autores de este libro, junto con los ejemplos de procesos analíticos, llevarán al lector a un enriquecimiento de la escucha analítica en este tema difícil y complejo; además, considero que este libro supone un sólido aporte a una mejor comprensión de esta problemática, difícil y compleja, que es el campo de las identificaciones-desidentificaciones en el proceso analítico.

## BIBLIOGRAFÍA

- AULAGNIER, P., *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.
- BARANGER, W., GOLDSTEIN, N. y GOLDSTEIN, R., «Acerca de la desidentificación», *Revista de Psicoanálisis*, XLIX(2), 1989.
- FAIMBERG, H., *El telescopaje de generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.
- FREUD, S., *Duelo y melancolía*, en *Obras completas*, tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.
- , *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras completas*, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.
- , *El yo y el Ello*, en *Obras completas*, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.
- , «31 Conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica», en *Obras completas*, tomo tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.
- , *Moisés y la religión monoteísta*, en *Obras completas*, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.
- GARCÍA BADARACCO, J. E., «Identificación y sus vicisitudes en la psicosis. La importancia del concepto de objeto enloquecedor», *Revista de Psicoanálisis*, XLII(3), 1985.
- , «Las identificaciones y la desidentificación en el proceso analítico», *Revista de Psicoanálisis*, XLVII(1), 1990.
- GREENSON, R., «Dis-identifying from mother: its special importance for the boy», *International Journal of Psycho-Analysis*, 49, 1968, págs. 370-374.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B., *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1967.
- MANNONI, O., «La désidentification», en Maud Mannoni (ed.), *Le Moi et l'autre*, París, Denoël, 1985.
- OLMOS DE PAZ, T., «Las identificaciones y desidentificaciones en el proceso analítico», *Revista de Psicoanálisis de Madrid (APM)*, 19, 1993.
- , «La sexualidad masculina y sus vicisitudes», *Revista de Psicoanálisis de Madrid (APM)*, 66, 2012.

# IMAGO, IDENTIFICACIONES ALIENANTES Y PROCESOS DE DESIDENTIFICACIÓN

MAURIZIO BALSAMO

## 1. EL FUNCIONAMIENTO PSÍQUICO EN IMAGO

En su célebre trabajo sobre la particular condición narcisista denominada «complejo de la madre muerta», André Green (1992) ponía en evidencia el papel fundamental, en la constitución de algunas detenciones evolutivas del sujeto, del asunto de la imago, es decir, la fallida transformación de los procesos representativos del objeto mediante una operación de fijación/fetichización, resistente al tiempo y a los movimientos pulsionales. Operación que caracteriza múltiples situaciones clínicas, desde la estructura obsesiva a la fetichista, desde la construcción narcisista a la más propiamente melancólica. Condiciones ciertamente muy diferentes, pero que tienen en común lo que se presenta como un bloqueo del trabajo psíquico que cada sujeto lleva a cabo normalmente durante su vida, abriéndose a nuevos recorridos identificatorios erosionando los ya existentes, delineando así nuevos trayectos en los investimentos objetales y en la imagen de sí. Tanto si se entiende el «complejo de la madre muerta» como la representación de una dimensión muerta de la creatividad y del tono pulsional del sujeto (piensen en la dimensión de lo no creable de Green, lugar germinativo de las potencialidades subjetivas, que en tal caso aparecería como desautorizado, esterilizado) y, por lo tanto, imagen de un mundo interno desertificado; como si se comprende como muerte de la capacidad vivificante y simbolizante del objeto (es decir, huella de la catástrofe silenciosa, sobrevenida en un momento dado de la vida del infans, de la que él sería el portavoz), el principal marco de referencia sigue siendo la observación de un narcisismo con tonalidades depresivas, frío, construido sobre la pobreza de la experiencia, de los afectos, del self. Nos encontramos ante una condición clínica que se presenta dividida en dos evidencias en el comportamiento: la exterior al sujeto, que, a menudo, aunque no siempre, parece instituirse alrededor de una realidad profesional y social satisfactoria, y otra más íntima, en la que un tono emocional depresivo —parálisis real y verdadera— se manifiesta predominantemente en las vacaciones o en los fines de semana, cuando surgen reclamos afectivos en el aspecto relacional o en el momento de compartir emociones. A estas situaciones pueden aproximarse cuadros aparentemente más sólidos, pero que evidencian dicha depresión esencial en el transcurso del análisis. El complejo de la «madre muerta», en los términos propuestos por Green, es solo un caso particular en una situación más amplia relativa al papel y al destino de la

imago en la vida psíquica del sujeto, expresión de una identificación alienante que halla en esta representación bloqueada en el tiempo —caracterizada por la fijeza, obligatoriedad, reducción de la capacidad de asociación y de transformación psíquica — un punto de encuentro básico.

El término imago (Balsamo, 2012, 2013) indica básicamente la retirada de los investimentos de la naturaleza móvil y cambiante del tejido representativo, y el establecimiento de un cuerpo extraño interno, pero sin posibilidad de expulsarlo, por ejemplo, a través de la alucinación. De ahí, el carácter melancólico de algunas condiciones (certificando así la colonización del objeto/imago). Este modo de representación desvitalizada implica a la vez la degradación de la capacidad asociativa y de conexión entre representaciones, siendo así cómo las huellas perceptivas prevalecen, lo que indica, de esta manera, la carencia de traducción inconsciente y la falta de inscripción en el registro del placer, es decir, una grave alteración de la capacidad subjetiva de metarrepresentación y de presentación al sujeto de las propias adquisiciones, con el consiguiente sentimiento de vivencias confusas o paralizadas, debido a la profunda prohibición de inscripción de una diferencia. O bien observamos que es la misma naturaleza de la representación inmovilizada de este modo, idéntica en el tiempo y desligada de cualquier investimento y, por lo tanto, de cualquier movilidad, la que determina el carácter de elemento perceptivo, fondo sobre el que resaltan las representaciones posteriores, capturadas por ella y absorbidas a pesar de todo. Como ha propuesto Paul Denis (1996), la relación entre apropiación y satisfacción, específica de cada representación, se degrada en favor de la apropiación, con expulsión del placer, es decir, de la dimensión subjetivo/traductiva. De aquí el carácter fijo, de inmovilidad, que impide en este investimento de un cuerpo en los límites de lo psíquico el juego asociativo y la movilidad de las dinámicas representativas. En resumen, la cartografía psíquica se reduce a una imagen fija que decide el destino de las relaciones del sujeto, de sus percepciones, de su mirada, de sus vivencias históricas, dando lugar a lo que muchos autores (Faimberg, Cabré, Badaracco, Kancyper) han definido como una característica peculiar de las identificaciones alienantes. Por lo demás es justamente a propósito de la imago cuando Freud habla, en *El problema económico del masoquismo*, de una clínica del destino, de un algo que se impone a pesar de los intentos de escribir una historia diferente, o, más sencillamente, una historia y punto. Probablemente no exista una «clínica del destino» (entendiendo por este término las condiciones en que vemos la desaparición del principio-esperanza, caracterizadas por

una particular búsqueda de eventos y encuentros que reconducen a la primacía obligada de algo fatal y trágico) sin el papel concomitante de una identificación alienante. En la dramática destructividad de ciertas formas de compulsión a la repetición o en la clínica de las psicosis, en algunas historias caracterizadas por la colonización de vivencias o de experiencias o de prohibiciones de otro objeto en la propia vida psíquica, reencontramos con facilidad la constancia de tal problemática. En análisis se manifiesta como una convicción de fondo que hace —o trata de hacer— inútil cualquier propuesta, cualquier intervención, con el fin de llegar a una desesperación compartida o al abandono, por parte del analista, de la búsqueda del sujeto y a la reinstauración de una condición fatídica. Pontalis (1997), en su texto *La saison de la psychanalyse (El período del análisis)*, relativo a la cuestión del tiempo inmóvil, ha propuesto que es preciso «hacer callar al fatum, para hacer hablar al infans». No es solo un juego de palabras entre el «hacer», el «hablar» del fatum, y lo que no habla el infans. Más bien es la invitación a dirigir hacia el fondo, al máximo, un «tema principal», como el del destino, y permitir a lo que hasta entonces nunca había sido dicho, narrado, tomar la palabra por primera vez. Tratar de colocar al análisis en un recorrido transcriptivo, capaz de tomar así en cuenta lo «ya escrito» para pensarlo según diferentes vértices inexplorados. El infans, desde esta perspectiva, es la potencialidad que nos acompaña desde siempre, la voz que sería preciso reencontrar, sacándola del baño de palabras en que ha estado sumergida. «Hacer hablar al infans» es reencontrar las condiciones de lo originario sepultado, un originario de alguna manera paradójico, porque se encuentra en el manantial del discurso anticipatorio que lo ha constituido y, a la vez, en la desembocadura de lo que se constituye en el encuentro con el otro. Es decir, es la huella que queda en el momento de la unión de un estilete que inscribe y que, por lo tanto, necesita que el otro del acto de la inscripción sea consistente como tal para asegurar la inscripción y preparar el soporte para la futura diferencia.

Un ejemplo clínico revelador del funcionamiento psíquico en imago se encuentra en el famoso trabajo de Faimberg sobre la escucha de la escucha en el que, como se sabe, se describen las limitaciones y restricciones a la escucha por parte del paciente de las interpretaciones propuestas por el analista (Faimberg, 2006). Se trata, también en dicho caso, de verdaderas y propias identificaciones alienantes que impiden una comprensión de la interpretación y determinan una detención temporal subjetiva, mostrando el funcionamiento de una mente carente de transcripción temporal, a través de un síntoma de un extraño anacronismo. El resultado es el de un sujeto

dividido entre tiempos, historias, voces, pero en el que lo no propio decide los movimientos psíquicos, colonizándolos. La identificación alienante detiene la palabra subjetiva, se impone como dictado superyoico, imposición de destino, límite a las transcripciones progresivas, barrera narcisista ante el encuentro con el otro y ante el riesgo de una diferencia que introduciría discontinuidad.

No es por casualidad, como he señalado ya, que Freud una (El problema económico del masoquismo) imago y destino, indicando con ello los recorridos obligatorios en la vida subjetiva, difícilmente separables. Por otro lado, también es viable articular libertad asociativa y destino de la imago en términos de fijeza/movilidad, univocidad/poesía de la imagen. La imago cancela lo poético (Balsamo, 2015) (entendido como disponibilidad intrínseca a la transformación, de donde procede la naturaleza de umbral, de movimiento, de cambio, de la imagen) y queda así bloqueada, en una especie de reino paralelo a los procesos de simbolización y de historización del sujeto. Podríamos decir que la imago priva al sujeto de una historia posible, inscribiéndolo en la historia de un otro, obligándole a soñar los sueños de otro, a vivir las prohibiciones y proyectos de otro.

Podemos comprender mejor esta dinámica si tenemos presente el hecho de que para la construcción de la imago es imprescindible una retirada de los investimentos representativos y es lo que da a la imago el carácter de cuerpo extraño psíquico, imposible de expulsar en la clásica modalidad de proyección en el cuerpo o en la alucinación. O también, otra hipótesis, la necesidad de tomar en consideración el debilitamiento de los procesos de satisfacción subjetiva (es decir, de registro del placer), que da a la imago un carácter predominantemente jugado sobre el apoderamiento de la representación, sobre la captura de la misma y su inmovilidad. El investimento asociativo, bloqueado y empobrecido a causa de la pérdida de libertad que supone la atracción de la imago, determina consiguientemente también el empobrecimiento de las capacidades autorreflexivas, con la degradación de la necesidad biográfica, reducida a pocos elementos, descarnados y muy a menudo desafectivizados y privados de significantes. No debemos descuidar el nexo entre construcción de la imago y quiebra a nivel subjetivo, la relación entre desaparición del objeto o su inutilidad (y, por lo tanto, la imposibilidad de ser pensado) y la ausencia de sentido, la catástrofe de las posibilidades explicativas del infans, los déficits de simbolización de esta ausencia, la dificultad de representar y representarse a consecuencia de ello. Esto constituye una nueva pérdida del objeto, lo que determina las cualidades de fijeza (como inscripción de un fuera de tiempo

inamovible) de la imagen-cobertura del trauma. Por lo tanto: la imago termina representando la huella del trauma y una modalidad de delimitación del agujero afectivo y de sentido que así se ha determinado, una especie de investimento de la frontera experimentada/histórica, de delimitación cronológica (es decir, de rechazo del tiempo), de búsqueda de las pruebas de realidad en el discurso (de ahí el estilo monosémico de estos pacientes y el tomar la imago como un índice de realidad), puesto que el sentido no puede, es incapaz, de proporcionar soluciones a la catástrofe sobrevenida.

## 2. MIMETISMO, ALIENACIÓN Y PROCESOS DE DESIDENTIFICACIÓN

En el transcurso de la cura psicoanalítica, el proceso de desidentificación de tales imágenes se evidencia en algunos momentos clínicos, caracterizados por una imprevista adquisición de valor y de sentido de fijeza mortífera de ciertas identificaciones, que determinan la comprensión dolorosa de un hecho que sucedió en la consulta y del espacio subjetivo que de ello podría derivarse. Por ejemplo, como ha propuesto Paul Denis (1996), podemos retomar la cuestión de los modos de funcionamiento psíquico en la cura, pensables, en un extremo, hacia la dimensión de la imago, donde la misma es tratada como un cuerpo extraño, no metabolizable, y en el otro extremo, hacia un funcionamiento en representación y asociación, caracterizado por la fluidez y la movilidad de los investimentos: en resumen, la dimensión imaginativa. Podemos pensar en esta dinámica, bien como representativa de dos clases de pacientes, bien, de modo más útil, como representativa de una modalidad de pensamiento y de funcionamiento que atestiguan diferentes corrientes y estratificaciones psíquicas caracterizadas por un gradiente de movilidad diferente. El trabajo analítico, por lo tanto, oscilaría —tomando en consideración estos asuntos— entre situaciones de bloqueo identificatorio y otras de relativa disponibilidad a ceder algo al otro, permitiendo esa experiencia ciertamente compleja que se realiza cada vez que el sujeto, capturado por una voz o por un mundo (que podría ser incluso una pesadilla), es reacio a cambiar algo, puesto que cada encuentro se sitúa necesariamente en la repetición y, por lo tanto, en una nueva alienación.

Si la alternancia puede asumir evidentemente un valor defensivo respecto a las adquisiciones posibles del análisis, hay que reconocer también que se llega, en aquellos pacientes que parecen aquejados de una neurosis de destino, a una propia y verdadera cancelación del tiempo. Se produce quizás en aquellos casos en los que el asesinato de la imago (Gillibert, 1983) no puede tener lugar. Asesinato imposible que indica tanto la imposibilidad de desembarazarse de ella como la cantidad de violencia y de odio acumulados en la relación con esta y que instituyen un cuerpo a cuerpo perenne, en el que se comprende que olvidar la imago —su duelo— equivale para estos pacientes a un perdón que ellos mismos consideran imposible. Así, podría decirse: el verdadero crimen sería el de olvidar y ahí el abandono es imposible, en una especie de apoderamiento recíproco en el que la presa, a su vez, envuelve con

espirales mortíferas al perseguidor. Podríamos pensar en un Laocoonte cuyo combate con las serpientes que lo trituran es a la vez un apoderarse de ellas sin poder realizar ningún otro movimiento más que este, infinito, cuerpo a cuerpo...

Y no solo eso: justo el carácter inamovible de la imago obliga en un cierto sentido a los investimentos a concentrarse sobre ella, empobreciendo la vida psíquica y relacional del sujeto. En esta absorción del flujo asociativo, en una modalidad de delimitación de lo traumático y de protección de su retorno, se explica también el carácter de objeto compuesto, procedente de diferentes instancias, representaciones, grumos perceptivos, hasta constituir un objeto bizarro, en los límites del propio espacio psíquico. Justamente la naturaleza combinada de la imago indica que solo en apariencia describe un objeto único, ya que se trata más bien de una coalescencia de los progenitores que, degradada, fragmentada y rigidificada, asume las características de un fósil arcaico e imperante en la vida psíquica del sujeto. De este modo, la construcción de este prototipo de relación organiza más tarde, en algunos casos, la institución de una particular dimensión desafectivizada, empobrecida; en otros casos, una respuesta de tipo maníaca, o delirante, o «agitada», en el intento de desembarazarse del cuerpo extraño-interno. Digo particular porque lo que a veces me parece relevante —sobre todo en el primer tipo de pacientes— es la vivencia analítica de no encontrar ni un solo objeto en el que poderse apoyar para intentar delinear movimientos libidinales, grumos de intereses, huellas que se hayan significado como un encuentro y sus efectos. En algunos aspectos podríamos verlo cercano a la depresión esencial con pensamiento operatorio, caracterizado por una disminución del tono pulsional del sujeto y una ausencia de conflictos evidentes: en resumen, como una especie de descalificación de la vida. El problema principal de estas condiciones es evidentemente el papel de enganche identitario que proporciona esta imago y, en consecuencia, la extrema dificultad en el proceso analítico de conseguir una cierta disolución, una debilitación de los procesos bloqueados, alrededor de los cuales se organiza la existencia de estas condiciones clínicas.

Si reexaminamos la cuestión del «complejo de la madre muerta», me parece oportuno formular la hipótesis —tomando en consideración los movimientos reactivos del infans a las incorporaciones alienantes— de dos procesos o dos lecturas posibles de sus destinos evolutivos. Podemos así considerar que la glaciación subjetiva que define el complejo de la madre muerta sería una respuesta a la desaparición (en presencia) del objeto materno, por lo tanto, una respuesta a lo largo de la línea divisoria mimética; o bien que la representación mortífera del objeto

primario se instituye como intento de defensa de una componente homoerótica, que no diferencia, fusional, cuyo resultado es la glaciación como «enfriamiento» del núcleo pasional (es decir, a lo largo de una línea divisoria de transformación). Daehnert (1998) planteó una hipótesis que toma en consideración el papel —en el mimetismo— de los intentos silenciosos de diferenciación, proponiendo una reflexión sobre los usos del falso self, en la que, al lado de los significantes ya consolidados en la literatura (protección del verdadero self, mantenimiento del vínculo con la madre, protección de la madre de la destructividad del niño), sitúa la creación del falso self como modo de desidentificación de la madre a través del uso inconsciente de la agresividad oculta bajo un modo superficial de complacencia respecto al ambiente. Análogamente, Badaracco (en Levis, 2000), en un trabajo titulado «Dificultades de los procesos de desidentificación de las identificaciones patógenas», observaba que una de las características de las identificaciones patológicas es ser invasoras o totalmente intrusivas, hasta el punto de que el sujeto debe —al no poder defenderse— mimetizarse, transformarse en el otro, perdiendo sus características personales.<sup>1</sup> Propone así la idea de que sería posible pensar en la identificación patológica como en una contra-actuación contrafóbica para expulsar al objeto intrusivo. Además: «En el proceso terapéutico el objeto introyectado deberá necesariamente ser reactivado y se manifestará en la transferencia psicótica como una identificación patológica que induce al paciente a actuar como si se convirtiese en la figura de los progenitores que estaba en el origen de tal identificación»<sup>2</sup> (Badaracco, 2000: 59).

Obviamente, para que pueda producirse este proceso «de expulsión» es necesario que en el trabajo analítico se pueda construir un soporte que permita hacerse cargo de los efectos y de la verdad histórica de las características psíquicas del objeto, de su impacto sobre las dinámicas subjetivas, y de las condiciones que hicieron extremadamente difícil el trayecto de los procesos de desidentificación. Michael Parson (2012), en términos muy similares a lo que estoy describiendo, ha subrayado la importancia del acuerdo afectivo parental en los procesos de desidentificación. Podríamos pensar este «acuerdo» sobre todo como tolerancia del ambiente al crecimiento subjetivo, a la exploración de diferentes e imprevisibles posibilidades de vida, como espacio vacío ofertado al otro, libre de esas prohibiciones o de esos vínculos que harían vano cualquier intento de salida del mito familiar y que caracterizan de modo relevante las condiciones psicóticas. Y a la vez como la construcción, en la relación analítica, de un pacto parental diferente en el que el futuro es pensable como uno de los destinos posibles del sujeto y no como

imposiciones de un superyó analítico o como fruto de una nueva colonización. La pregunta que se abre hace referencia, por una parte, al duelo por las configuraciones narcisistas que unen a la pareja parental y a los hijos, y, por otra parte —al reducirse dichos nexos fundacionales—, a la pregunta por lo que Kancyper plantea como la desligazón de la pulsión de muerte en los procesos de desidentificación y su doble destino, el de volver a ligarse de nuevo en el proceso que se realiza con las nuevas identificaciones, o, por el contrario, en el caso de un fracaso, su unión, por ejemplo, al superyó, encontrando ahí la condición para realizar nuevamente un imperativo de apoderamiento (Kancyper, 2003). La interdicción, la prohibición de utilizar nuevos objetos, o el peso masivo de la dimensión traumática de la realidad histórica explicarían, entre otras cosas, un uso diferente de la relación entre mimetismo e identificación alienante: lo subrayado por Badaracco y que se refiere al uso mimético de las identificaciones alienantes en sesión, en el momento en que el paciente es por fin capaz de «llevar», de «presentar» al objeto parasitante (o dominador), mostrando en el mimetismo la presencia del objeto loco, en una modalidad cercana a la excorporación.

Este mimetismo, esta necesidad de presentar al objeto loco, es la consecuencia de la dificultad de elaborar en términos psíquicos —sujetivizados— un recorrido de desidentificaciones, lo que obliga a pasar ante todo por una especie de materialidad de la escena desidentificatoria, que, a mi modo de ver, reclama, de manera prepotente, la presencia y el sostén del otro. Por materialidad de la escena hago referencia a una especie de «psicodramatización» del proceso que debe volver a hacer presente de algún modo, en la escena analítica, el enquistamiento de los objetos alienantes, mediante vivencias altamente dramáticas, que pueden llegar incluso a actuaciones espectaculares, fuertemente angustiosas, como en un proceso de histerización. Obviamente tal «materialidad» también puede formar parte de diferentes cuadros clínicos, en los que el objeto es convocado-expulsado en sus rasgos identificatorios a través de la reconquista de los rasgos más personales, que, por fin, pueden surgir en ese momento. O bien aparece como un rasgo visible de la identificación alienante, y el análisis muestra de manera muy interesante la oscilación entre las diferentes identificaciones.

Pienso en un paciente homosexual que, en el momento de la ruptura de una identificación con la madre en sesión (con la que, en una especie de secreto goce, comparte la misma voz, hasta el punto de ser confundido con ella por teléfono), cambia completamente el tono de voz, mostrándome, precisamente, una voz

completamente diferente. Se trata de una aparición que sorprende y a la vez asusta al paciente porque, de alguna manera, la presencia de otro yo da cuenta de la compleja construcción histórica que lo determina, presencia de la que, al menos de momento, no parece poder tomar distancia. En un trabajo de 1915 sobre el timbre de la voz, «Anomalías psicógenas del timbre de la voz», Ferenczi había observado ya el papel de la voz en dos pacientes varones como precipitado de identificaciones de una relación no resuelta con el objeto materno. En un caso observaba que el paciente mostraba una voz de barítono cuando se concentraba en algo (podríamos decir más próximo a sus intereses), mientras que ponía una voz de soprano cuando intentaba coquetear, adoptando una voz femenina. En otro caso, Ferenczi descubre que la madre del paciente le había impuesto de hecho un destino, a través de forzamientos y reproches al hijo por usar una voz grave y masculina, rogándole que no la utilizase por resultarle insoportable, y Ferenczi añade: «Se trata, creo, de uno de esos casos nada raros que suelo definir como “diálogo de los inconscientes”, en donde de hecho los inconscientes de dos personas se comprenden y se dejan comprender recíprocamente y profundamente. La madre debe de haber percibido inconscientemente en la voz grave la señal de un despertar de la virilidad del hijo y lo ha interpretado como un impulso incestuoso hacia ella. El chico, a su vez, debe de haber sentido inconscientemente la antipatía materna hacia esta voz suya como una prohibición de sus deseos incestuosos, y para defenderse de ellos ha movilizó ideas contra la heterosexualidad» (Ferenczi, 2002: 151).

Por lo tanto, ¿cómo pensar las situaciones clínicas en las que el objeto alienante debe —por decirlo así— ser llevado a la concreción en análisis, teatralizado en el aquí y ahora, en lo que aparece a ciertos niveles como una verdadera y propia dimensión catártica y que se muestra como una total inmersión en la locura del objeto, visible en ciertas formas de transferencia psicótica, como lo describe Badaracco? Podemos construir la hipótesis de que, en tales casos, la transferencia parece jugarse no al doble nivel de transferencia en la palabra (el polo intrapsíquico de la enunciación y de lo vivido, la posibilidad, por lo tanto, de una escucha subjetiva de las propias enunciaciones, con los efectos de extrañeza, sorpresa, reflexividad y elaboración que la misma permite) y sobre el objeto (lo intersubjetivo de la relación analítica), sino que, más bien, parece plegarse únicamente sobre la realidad del objeto-analista. Este último será pues convocado en su realidad material, en su presencia continuamente invocada y frágil, en la cantidad de palabras pronunciadas, en el ritmo de su decir, en la necesidad —como es claramente visible en el análisis de

Little por parte de Winnicott— de ajustes en la posición analítica, del encuadre, de lo que en él puede suceder, del ritmo de las sesiones o de su duración, etc. Se trata, sobre todo, de la necesidad de pensar la situación analítica no tanto como un aparato psíquico entre dos, sino como un espacio en el que las carencias de reflexión, de simbolización o de imaginación de uno hacen desmerecer al psiquismo del analista, con los consiguientes problemas relativos al valor de la verdad, del convencimiento o de la sugestión que Freud fue el primero en señalar en *Construcciones en psicoanálisis*.

En otros términos, la aparición de momentos parecidos en análisis, en los que el paciente acaba por asumir comportamientos, rituales, tonalidades vocales y caras del objeto patógeno con el que se ha identificado históricamente, podría indicar la activación —en la relación analítica— de aquellos aspectos relativos a introyecciones patológicas que buscan ahora, en una dimensión de transferencia psicótica, exteriorizarse y salir fuera. El momento es psicótico, obviamente, porque la dinámica psíquica parece moverse alrededor del intento de contactar con un modo de relación particularmente perturbada y perturbadora; parece actualizarse en modalidades de confusión de identidad y de pérdida angustiosa de los límites, se muestra como una exigencia violenta de imponer a la historia presente otro tiempo, otra modalidad. Diría que es el regreso de lo idéntico, que se apodera de la escena y de la subjetividad, reduciéndolo al papel de comparsa inerme. Debemos señalar, por otra parte, que, en el intento de la escisión de aislar y proteger al yo del retorno destructivo de estos aspectos, movimientos y estados afectivos, puede decidirse una posterior modificación —debida a los procesos de aislamiento y de fijación desafectivizantes—, con el resultado de que la «monstruosidad» o la dimensión de «intratabilidad» de tales posibles irrupciones empujen al yo a un aislamiento posterior. En otras palabras, la configuración psicótica que aparece es también el resultado de los procesos de desligazón que determinan el carácter «monstruo», «destructivo», «totalmente otro».

Esta dinámica recuerdan, sin lugar a dudas, «el miedo al derrumbamiento» de Winnicott y su observación de que el análisis no puede acabar en tales condiciones si lo temido (el derrumbamiento) no es experimentado en el *hic et nunc* de la relación. Ya he mostrado, en un caso clínico publicado en otro lugar (Balsamo, 2004), la importancia de estas dramatizaciones en la sesión, que yo explicaría como la necesidad de un soporte relacional, y, además, como expresión de una falta de delimitación adecuada entre realidad interna y externa, entre realidad psíquica y

material. En consecuencia, la necesidad de pasar por esta última permite, o bien asegurarse de la verdad de lo que sucedió, de aquello que el paciente no puede aceptar confinar al espacio representativo a costa de invalidarlo, o bien el carácter extremadamente angustioso de tales percepciones o escenas, que deben ser conducidas de modo evacuativo y que terminan por actuar en el espacio mental del analista, convocado (en posición de infans) a «ver» la realidad del objeto loco. Añadiría que me parece también importante observar cómo el paciente en estas condiciones nos permite asistir a la locura del objeto incorporado en el intento de crear una diferencia, para él difícil de pensar, entre realidad histórica y psíquica, debido a lo traumático de la primera. Junto con la llamada hecha de este modo, no podemos excluir el esfuerzo llevado a cabo al mismo tiempo para convencernos de la imposibilidad de hacer algo con lo sucedido, y, por lo tanto, la necesidad de mantener activas las escisiones operantes para oponerse al riesgo del retorno de lo traumático. Como dijo en su primera sesión el paciente del caso, que mostrará después de muchos años de análisis en una sesión dramática la identificación patógena con la madre, moviéndose como ella, delirando como ella, hablando como ella: «¿Puede un analista cambiar el pasado? Mi madre era psicótica, mi padre, alcohólico, mi hermana fue asesinada por su marido porque quería separarse de él, y este, después de diez años en el manicomio, volvió a la casa en la que había matado a mi hermana, y se ahorcó. Ahora, dígame, qué puede hacer usted... quizá puede darme alguna interpretación, pero los hechos son los hechos. ¿Se acuerda de ese dicho: Historia est magistra vitae? Cuando algo sucede, sucede para siempre». ¿Qué se le podría responder a este «para siempre» traumático que define a la vez el horror y la realidad inamovible de una historia? Inamovible sobre todo porque es impensable, y señala la necesidad de protegerse de cualquier intento de dirigir la mirada hacia este agujero del ser. Desde esta perspectiva, el proceso en idéntico, del que el funcionamiento en imago representa un caso ejemplar, se presenta en análisis como límite, tope, prohibición de los procesos de retranscripción, de cambio, de creación de un espacio subjetivo. Estas cuestiones surgen sobre todo en las situaciones clínicas en las que hay mayor riesgo de reencontrar derrumbamientos importantes, jaques al reconocimiento, detenciones del desarrollo, fijaciones defensivas, protecciones masivas contra el retorno de condiciones agónicas. En este caso, el mantener una fijación de identidad adquiere la tonalidad de una nostalgia por un tiempo anterior a la catástrofe, antes de la llegada del tiempo, rastro del duelo por su pérdida en ese sentimiento de vida falsa que a veces los pacientes notan, como residuo de la ilusión de un lugar estable en un océano

fluctuante de trayectos identificatorios, de tránsitos, contaminaciones y mezclas; o, también, como una especie de punto de encuentro al que parecen aspirar, por ejemplo, las condiciones en las que predomina la sensación de ser poseídos y canibalizados por el otro, y que puede manifestarse bajo la forma de una voz que impone órdenes, alucinaciones o sentimientos de vacío existencial, de despersonalización; o, también, de forma parecida, como la búsqueda de un quid, a menudo inventado a posteriori, para afrontar el riesgo de la deconstrucción analítica, la pérdida general de sentido o la cancelación de una singularidad, individual o colectiva. Y, por lo tanto, el contactar con esta zona traumática determina la necesidad de pasar por el acto como modo de (re)presentar la incorporación psicótica.

### 3. HACER EL VACÍO

Si hasta ahora hemos razonado sobre una fenomenología clínica que parece manifestarse como ligada al exceso, al demasiado lleno, me parece importante observar también cómo en este exceso de proyecciones, de prohibiciones, de pactos narcisistas que caracterizan la dimensión identificatoria alienante, nos reencontramos en realidad confrontados a una clínica donde el vacío aparece sin embargo como predominante. Yo lo interpretaría, o bien como una ausencia de sujeto, del derecho de pensar y de existir, o bien como un intento desesperado de hacer el vacío, de llevar a cabo un proceso de diferenciación que no puede conseguirse utilizando representaciones o investimentos, esencialmente en contra de aquellos. Encontramos aquí el concepto de contraidentificación patológica o el combate secreto que se instituye en el mimetismo de una convergencia absoluta con el ambiente, del que he hablado en las páginas previas. En otros términos, el sujeto parece poder existir solo sustrayéndose, cancelándose, barrando(se). Querría poner un ejemplo clínico de este tipo de problemas (Balsamo, 2011)<sup>3</sup>, mostrando, antes que nada, cómo el vacío propuesto por el paciente es un demasiado lleno que pone al analista en riesgo de bloquear sus procesos asociativos, ejemplo de la procesualidad en lo idéntico, y de cómo la posibilidad de un trabajo sobre las identificaciones alienantes se realiza retomando la sexualidad infantil y en la escucha de los micromovimientos que el paciente lleva a cabo.

Sabina, de 36 años, es una paciente cuyos relatos insisten, desde siempre, en el tema de nada que pensar, nada que decir, en el vacío de la propia vida, en el sentimiento de inutilidad de todo lo que vive y hace, incluido el análisis. En una sesión, en la que me vuelve a hablar de su sentimiento de vacío, tiene lugar la siguiente conversación:

—Sí, pero hay dos maneras de hablarme del vacío; en una, usted hace el vacío, no viniendo o viniendo tarde a la sesión; en otra, me habla de ello aquí —inquiero.

—Estoy muerta —responde la paciente.

—Por lo tanto, ¿no puede escuchar esta otra parte de usted? —continúo preguntando.

—Es como si tuviese que luchar con una parte de mí que me quiere muerta. Ahora,

miro mis zapatos y me parecen los pies de una muerta —explica ella.

—Los zapatos/los pies. Por lo tanto, está mirando dos cosas diferentes. ¿Los pies de una muerta y los zapatos que le gustan? (efectivamente en los últimos tiempos me habla a menudo del placer de comprarse zapatos bonitos).

Permanece en silencio.

—Me sorprende mucho; es bonito esto, no soy solamente de una dimensión. Es como si dijese usted que existen cosas buenas. Hoy (han pasado en realidad cuatro años) me parece como si fuera el primer día de análisis —reflexiona la paciente al cabo de un rato.

Se queda nuevamente en silencio. Y después:

—Le quiero —afirma al irse.

Probablemente mi intento de dar cuenta de la existencia de dos estados subjetivos, de dos modalidades (ser el vacío/hablar del vacío), buscando abrir una brecha en el sentimiento de una totalidad colapsada, en la que no hay diferencias de categorías, es vivido por la paciente con angustia extrema, tanto que se refugia en un «estar muerta/hacerse la muerta», como para huir de la agresión de la propuesta. Es como si se pudiese llevar a cabo una permanencia en la relación actual a costa de identificarse —como protección— con la madre muerta. Mi insistencia sobre «este otro» aspecto de sí parece introducir una doble mirada (hacer el vacío/hablar del vacío; los zapatos/los pies), que permite reconocer —al menos en un determinado momento— la existencia de una doble direccionalidad: una identificación mimética, ser, pues, el otro, no pudiendo tenerlo, o una asunción mínima de un placer, que se manifiesta casi en sordina, en el contacto con la madre muerta. Al mismo tiempo, a través de esta seducción por parte del analista (los zapatos que le/me gustan), se vislumbra un intento de encontrar lo sexual infantil a través de la dimensión homoerótica con la madre/analista.

Gracias a la acogida/reconocimiento de la diferencia inherente a las dos modalidades, que reaparece en el doble registro de la observación pies de la muerta/zapatos de la paciente, se construye la posibilidad de recoger los diferentes sentidos del vacío. De este modo, logrando liberarse de la fascinación de lo aglutinado y de la idea de que «total, es siempre lo mismo», será del cambio perceptivo del analista de donde podrá surgir el reconocimiento de una condición diferente. Pero ¿qué se necesita para que esto suceda? Probablemente sería preciso preguntarse si la diferencia así percibida no se produce gracias al hallazgo de lo sexual infantil, cuya persistencia debemos asumir incluso en una clínica «del vacío».

Sexualidad que podemos encontrar bajo formas distintas: en la negación de la diferencia de los sexos y de las generaciones, que aparece en el intento de homologar «zapatos» y «pies», en el proceso gracias al cual la paciente se apodera del fetiche materno, en la fascinación erótica hacia la madre, en el intento de inducir una cierta seducción a través del ofrecimiento continuo de la destrucción de la imagen de sí misma, en la resistencia misma del analista a esta teoría infantil, resistencia que permite reabrir el campo de las posibilidades y salir del reino omnipotente de las madres que se bastan a sí mismas.

¿Podría pensarse acerca de esta paciente, por una parte, en una identificación masiva a la «madre muerta», en el intento de destruir cualquier pensamiento transformativo? Y también esta modalidad ¿no podría ser vista como un intento patológico de diferenciarse de aquella, a través de la «construcción» de un personaje tendente a anular constantemente la representación de la intelectualidad, del pensamiento, que parecía caracterizar con fuerza la representación de la madre, encerrada en su rígida intelectualidad? Aquí se abre un campo de investigación interesante, relativo a la utilización de las dimensiones sintomáticas como intentos de diferenciación patológica. Al mismo tiempo nos permite empezar a pensar en la posibilidad de una escucha de las identificaciones alienantes, diferente de lo recomendado por Faimberg en su célebre trabajo relativo al telescopaje de las generaciones en cuanto a la hipótesis de que estas son audibles en el descubrimiento de la historia secreta. Al contrario, lo que con frecuencia me parece secreto en estos casos es la existencia de un sujeto que debe ocultar su búsqueda del placer, su firma personal, y que, por lo tanto, es preciso localizar, mediante la búsqueda de las huellas perceptivas de lo que ha observado, percibido, pero no representado en los términos de un posible conocimiento. Me parece que esta es una de las nefastas consecuencias de la imposibilidad de «hacer ausente» al objeto primario a causa de una difícil inscripción psíquica, por lo incontrolable y paradójico que es el objeto o por una incorporación defensiva (más globalmente, por la prohibición originaria de crear un espacio libre de la colonización del objeto), que, de tal modo, evidencia ampliamente la lucha contra los procesos psíquicos más desarrollados. Como consecuencia se produce una construcción de un falso self que permite a la vez incorporar las cualidades psíquicas del objeto, alienarse a él, destruir las emociones, evitando el riesgo de cualquier resonancia que conduzca a reintroducir el objeto en el campo perceptivo del sujeto (McDougall, 1993), salvaguardando a la vez fragmentos pulsionales más auténticos, aunque constantemente negados y ocultados.

#### 4. PERSPECTIVAS DE INVESTIGACIÓN

Obviamente todo lo precedente pone en evidencia la dificultad del trabajo clínico en estas situaciones.

No puedo evitar indicar al menos dos direcciones de investigación y de pensamiento relativas al campo de los fenómenos clínicos descritos. Antes que nada, el proceso analítico, desde este vértice, puede ser visto como la puesta en movimiento de la imago, lo que permite, por lo tanto, a la facultad imaginativa-asociativa retomar su curso. El «sin tiempo» de la imago, su fijeza, la imposibilidad de salir de una identificación obligada, da cuenta suficientemente, como he expuesto, de estas formas de subjetividad imposibilitadas de ser otra cosa que lo que se les ha asignado. Nos damos también cuenta de que las modalidades de relación del sujeto con respecto a la imago son por lo menos dobles: tanto si no es consciente de la existencia de la imago y del conjunto que evidencia con sus conductas como si es consciente —en términos afectivos positivos o negativos—, pero lo cambia por un índice de realidad (una representación verídica de la historia vivida). En ambos casos se trata de reanimar la imago, por una parte, a través de reencontrar el lugar ocupado por el sujeto en su construcción y en su transmisión indefinida, y, por otra parte, a través de nuevos soportes identificatorios, de permitirle incluso la muerte.

La otra pregunta que me parece relevante es el papel de la posición analítica, en continuo riesgo de ser rechazada en su potencialidad creativa, esterilizada, porque hace presente el riesgo alienante o está engullida en una especie de nuevo mimetismo, una nueva construcción de un falso self, en una dramática entrega de la propia vida al nuevo discurso, al nuevo pensamiento propuesto en la relación analítica, repitiendo de ese modo una condición ya experimentada: ocultarse para sobrevivir. La dificultad está en diferenciar entre que el sujeto sobreviva o que sobreviva la imago. Creo que el darse cuenta de la lucha feroz que la imago lleva a cabo para no morir es una necesidad de la que debemos percatarnos claramente, evitando así cambiar el necesario «soporte», el necesario «acuerdo» que debemos crear en análisis por el objeto último, definitivo y nuevamente mortífero, de las vías de identificación del sujeto. En estos términos, cobra posterior importancia, como he subrayado, el permitir, gracias a la experiencia analítica, reencontrar y experimentar los modos en los que el sujeto ha marcado sus experiencias, sus percepciones, sus vivencias.

Aunque no escuchado, sepultado, secreto, algo ha continuado vivo en la dimensión mimética, en espera; o ha sido expulsado y depositado en otro lugar para reencontrar, en calidad de futuro posible, otra inscripción, residuo conflictivo, campo de fuerzas, sexual infantil. De aquí se deduce la relación, a mi modo de ver fundamental, entre procesos de desidentificación y procesos de historización, los únicos que evitan que el presente capture nuevamente cualquier futuro posible, incluso el presente, aparentemente saneado, de la relación analítica.

TRADUCCIÓN DE PETRA RODRÍGUEZ

## BIBLIOGRAFÍA

- BALSAMO, M., «Désidentification et résurgence de l'objet "fou"», *Topique*, 87, 2004.
- , «Analyst at work. Sabina», *The International Journal of Psychoanalysis*, vol. 92 (6), 2011.
- , «Imago, immagini, immaginazione», en D. CHIANESE y A. FONTANA (dirs.), *Per un sapere dei sensi*, Roma, Alpes, 2012.
- , «Destini dell'imago nella cura», *Notes 2*, Roma, Biblink, 2013.
- , «The area of the "poetic" in borderline states», *The Italian Psychoanalytic Annual*, 9, 2015.
- DAEHNERT, C., «The False Self as a Means of Disidentification: A Psychoanalytic Case Study», *Contemporary Psychoanalysis*, 34, 1998.
- DENIS, P., «D'imagos en instances: un aspect de la morphologie du changement», *Revue française de psychanalyse*, 4, 1996.
- FAIMBERG, H., «L'ascolto dell'ascolto», en *Ascoltando tre generazioni*, Milán, Franco Angeli, 2006.
- FERENCZI, S. (1913-1919), *Opere*, vol. 2, Milán, Cortina, 2002, pág. 151.
- GARCÍA BADARACCO, J. E., «Difficoltà di disidentificazione nelle identificazioni patologiche», en E. LEVIS (dir.), *Forme di vita forme di conoscenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 2000.
- GILLIBERT, J., «L'image de Dieu», *Revue française de psychanalyse*, XLVII(4), 1983.
- GREEN, A., *Narcisismo di vita, narcisismo di morte*, Roma, Borla, 1992.
- KANCYPER, L., *Il risentimento e il rimorso*, Milán, Franco Angeli, 2003.
- MCDUGALL, J., *A favore di una certa anormalità*, Roma, Borla, 1993.
- MANNONI, O., «La désidentification», en *Le moi et l'autre*, París, Denoel, 1985.
- PARSON, M., «La désidentification oedipienne», *Annuel de l'APF*, París, Puf, 2012.
- PONTALIS J. B., *Ce temps qui ne passe pas*, París, Gallimard, 1997.

## NOTAS

<sup>1</sup> Un aspecto parecido al mimetismo, pero de otro orden, la imitación grotesca o irónica ha sido examinada por Mannoni, quien la entendió como defensa contra la identificación. Véase O. Mannoni, «La

désidentification», en *Le moi et l'autre*, París, Denoel, 1985.

<sup>2</sup> En momentos como estos, continúa Badaracco, es como si estuviésemos delante de una «posesión demoníaca».

<sup>3</sup> El caso clínico expuesto y la reflexión teórica sobre dichos aspectos apareció en M. Balsamo, 2011. Aquí retomo algunos elementos útiles para la discusión.

# IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA Y EL TERCERO SUBYUGANTE<sup>1</sup>

THOMAS OGDEN

Estamos aún en el proceso de descubrir lo que «significa» la identificación proyectiva, no lo que la Sra. Klein expuso en 1946, intencionalmente o no.

DONALD MELTZER, 1978, pág. 39

Ofreceré algunas reflexiones sobre el proceso de identificación proyectiva como una forma de tercero intersubjetivo. En particular, describiré el interjuego de subyugación y de reconocimiento mutuos, por considerarlo fundamental en este acontecimiento psicológico-interpersonal.

## 1. EL CONCEPTO DE IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

Uso el término identificación proyectiva para referirme a una amplia gama de acontecimientos psicológicos-interpersonales que incluye las formas más tempranas de comunicación madre-infante (Bion, 1962), incursiones coercitivas fantaseadas en otra persona, así como la ocupación de la personalidad de otra persona, los estados confusionales esquizofrénicos (H. Rosenfeld, 1952) y el saludable «compartir empático» (Pick, 1985: 45). (La comprensión de la identificación proyectiva que presentaremos ha evolucionado en el curso de una serie de trabajos que he escrito en los últimos quince años [Ogden 1978ab, 1979, 1980, 1981, 1982ab, 1984, 1985, 1986, 1988, 1989a, 1994]. Hay en estos trabajos descripciones detalladas de la fenomenología de la identificación proyectiva.)

A pesar de la amplitud de los fenómenos psicológicos-interpersonales que plantea este concepto, entiendo la identificación proyectiva como una forma discreta (más exactamente, una cualidad) de la experiencia intersubjetiva. La identificación proyectiva no es una experiencia que ocurre aislada del resto de la vida emocional del individuo. Es una cualidad de la vida emocional que coexiste con una multiplicidad de otras cualidades. Por ello, contribuye a, más que define; colorea la vida emocional, más que constituir la totalidad de una experiencia. Veo la identificación proyectiva como una dimensión de toda intersubjetividad, a veces como una cualidad predominante de la experiencia, a veces solo como un sutil trasfondo.

La identificación proyectiva involucra narrativas inconscientes (tanto verbales como simbolizadas no verbalmente) que expresan la fantasía de evacuar una parte de uno mismo en otra persona. La evacuación fantaseada sirve a los propósitos tanto de protegerse de los peligros planteados por un aspecto de uno mismo como de salvar una parte de uno mismo depositándola en otra persona, que es experimentada como estando solo parcialmente diferenciada de uno mismo (Klein 1946, 1955). El aspecto de uno mismo que «reside» en la fantasía inconsciente, en la otra persona, es vivido como alterado en el proceso y, bajo condiciones óptimas, se imagina que será «recuperado» de un modo menos tóxico o peligroso. Por el contrario, en condiciones patogénicas, la parte reapropiada puede vivirse como más debilitada o persecutoria de lo que había sido previamente.

Esta serie de fantasías inconscientes se correlaciona con un conjunto de

acontecimientos interpersonales con el que establece un vínculo íntimo (Bion 1959, Joseph 1987, H. Rosenfeld 1978, 1987). La cualidad interpersonal del evento psicológico no se sigue de la fantasía inconsciente; la fantasía inconsciente y el evento interpersonal son dos aspectos de un único acontecimiento psicológico.

La cara interpersonal de la identificación proyectiva supone una transformación de la subjetividad del «recipiente», de modo tal que la yoidad [I-ness], separada del otro-como-sujeto, es subvertida (por un tiempo y en cierto grado): «Tú [el “recipiente” de la identificación proyectiva] eres yo [me, el “proyector”], en la medida en que necesito hacer uso de ti para experimentar a través de ti lo que yo no puedo experimentar. Tú no eres yo, en la medida en que necesito desconocer un aspecto de mí mismo y esconderlo en ti (disfrazado de no-yo) en la fantasía». El recipiente de la identificación proyectiva se convierte en un participante en la negación de sí mismo como sujeto separado, dando «lugar psicológico» en sí mismo, de este modo, para ser (en la fantasía inconsciente) controlado-absorbido por el proyector.

El proyector, en el proceso de la identificación proyectiva, ha entrado inconscientemente en una forma de negación de sí mismo como un yo [I] separado y, haciendo eso, ha devenido otro-para-sí mismo; ha devenido (en parte) un ser inconsciente fuera de sí mismo que es simultáneamente yo [I] y no-yo. El recipiente es y no es uno mismo en la distancia. El proyector ha devenido otro del que era hasta ese momento. La experiencia del proyector ocupando el recipiente es una experiencia de negar al otro como sujeto y de inhibir su subjetividad con su propia subjetividad, mientras la parte ocupante del self del proyector es objetivada (experimentada como un objeto parcial) y desmentida. El resultado de este proceso de negación mutua es la creación de un sujeto tercero, «el sujeto de la identificación proyectiva», esto es, ambos y ninguno (ni proyector, ni recipiente). Así, la identificación proyectiva es un proceso por el cual la subjetividad de ambos, proyector y recipiente, es negada de diferentes formas: el proyector desmiente un aspecto de sí mismo que imagina evacuar en el recipiente, mientras que el recipiente participa en la negación de sí mismo rindiéndose al (dando lugar para) aspecto desmentido de la subjetividad del proyector.

No es suficiente decir que la identificación proyectiva representa una forma de proyección o de identificación o de suma de ambas, dado que los conceptos de proyección e identificación solo se dirigen a la dimensión intrapsíquica de la experiencia. Más bien, la identificación proyectiva solo puede comprenderse en términos de una dialéctica de sujetos creándose, negándose y preservándose, cada

uno de los cuales se permite a sí mismo ser «subyugado» por el otro, esto es, negado de tal forma que deviene, a través del otro, un tercer sujeto (el sujeto de la identificación proyectiva). El aspecto distintivo de la identificación proyectiva como forma de relación analítica es que la intersubjetividad analítica se caracteriza por que su mutua (asimétrica) subyugación (que media el proceso de creación de una subjetividad tercera) tiene el efecto de subvertir poderosamente la experiencia del analista y del analizado como sujetos separados. En el marco analítico, la identificación proyectiva involucra un tipo parcial de colapso del movimiento dialéctico de la subjetividad y de la intersubjetividad que resulta en la subyugación (de las subjetividades individuales del analista y del analizado) por el tercero analítico. El proceso analítico, si es exitoso, implica la reapropiación de las subjetividades individuales del analista y del analizado que han sido transformadas a través de la experiencia de (en) una nueva creación del tercero analítico (el «sujeto de la identificación proyectiva»).

Por tanto, podemos pensar que la identificación proyectiva involucra una paradoja central: los individuos comprometidos en esta forma de relación inconsciente se subyugan a sí mismos en una intersubjetividad tercera mutuamente generada (el sujeto de la identificación proyectiva) para liberarse de los límites de quienes han sido hasta ese momento.

En la identificación proyectiva, analista y analizado se limitan y se enriquecen el uno al otro; cada uno es restringido y vitalizado. La nueva entidad intersubjetiva creada, el tercero subyugante, se transforma en el vehículo a través del cual los pensamientos pueden ser pensados, los sentimientos, sentidos, y las sensaciones, experimentadas por cada uno de los participantes individuales en este proceso psicológico-interpersonal. Para que haya crecimiento psicológico debe haber una sustitución/superación del tercero subyugante para establecer una nueva y más productiva dialéctica entre unidad y dualidad, similitud y diferencia, subjetividad individual e intersubjetividad.

Aunque Klein (1955) se centró casi exclusivamente en la experiencia de empobrecimiento psicológico involucrado en la identificación proyectiva, hoy en día entendemos que la identificación proyectiva también conlleva la creación de algo potencialmente más amplio y generativo de lo que ninguno de los participantes es capaz de engendrar (de forma aislada). La vitalización o expansión del sujeto individual no es solo una experiencia del proyector; el «recipiente» de la identificación proyectiva no experimenta exclusivamente el acontecimiento como una

forma de carga psicológica en la cual está limitado y debilitado. Esto es debido, en parte, al hecho de que no hay nunca un recipiente que no sea simultáneamente un proyector en una experiencia de identificación proyectiva. El interjuego de subjetividades nunca está enteramente de un lado; cada persona es negada por el otro mientras es nuevamente creada en la singular tensión dialéctica generada por ambos.

El recipiente de la identificación proyectiva está comprometido en la negación (subversión) de su propia individualidad, en parte por el propósito inconsciente de romper el cierre que subyace a la coherencia/estagnación del self. La identificación proyectiva ofrece al recipiente la posibilidad de crear una nueva forma de experiencia que es otra-para-él mismo y, por tanto, crea condiciones para la alteración de quien ha sido hasta ese momento y quien ha experimentado él mismo ser. El recipiente no se identifica simplemente con otro (el proyector); se convierte en otro y se experimenta a sí mismo (aquello en lo que se ha convertido) a través de la subjetividad de la nueva creación del otro/tercero/self.

Los dos sujetos que participan en la identificación proyectiva (aunque involuntariamente) tratan inconscientemente de superarse (negarse) a ellos mismos y, haciendo esto, dan lugar a la creación de una nueva subjetividad, una experiencia de yoidad (I-ness) que cada individuo aislado no hubiese podido crear por sí solo. En un sentido, participamos en la identificación proyectiva (muy a menudo a pesar de nuestro más sincero esfuerzo consciente de evitar hacerlo) para crearnos a nosotros mismos «en» y «a través» del otro-que-no-es-completamente-otro; al mismo tiempo, inconscientemente, nos permitimos servir como vehículo por el cual el otro (que no es completamente otro) se crea a sí mismo como sujeto a través de nosotros. De diferentes modos, cada uno de los individuos que entra en la identificación proyectiva vivencia ambos aspectos (ambas formas de negar o ser negado) en este acontecimiento intersubjetivo. No es suficiente decir que en la identificación proyectiva uno se encuentra a uno mismo jugando el rol en la fantasía inconsciente de algún otro (Bion, 1959). Es decir, planteándolo de manera más amplia, uno se encuentra inconscientemente a uno mismo tanto «jugando el rol en» como «sirviendo de autor de» las fantasías inconscientes de algún otro.

En la identificación proyectiva, uno inconscientemente deja en suspenso una parte de su propia individualidad separada para moverse más allá de dicha individualidad; uno inconscientemente se subyuga a sí mismo para liberarse de uno mismo. El liberarse generativo de los participantes individuales del «tercero» subyugante depende del acto de reconocimiento del analista de la individualidad del analizado (y

de sí mismo) (p. ej., por medio de la precisa y empática comprensión e interpretación de la transferencia-contratransferencia) y del reconocimiento de la individualidad del analista (y del analizado) por parte del analizado (p. ej., a través del uso que hace de la interpretación del analista).

La alegoría de Hegel (1807) del amo y el esclavo (especialmente tal y como fue trabajada por Kojève [1934-1935]) provee de un lenguaje y de una imaginación viva para la comprensión de la creación y de la negación (la superación/reemplazo) del tercero subyugante de la identificación proyectiva. En la alegoría de Hegel, «al comienzo de la historia», en el encuentro inicial de dos seres humanos, cada uno siente que su propia capacidad para experimentar su propio sentido de la yoidad (I-ness), su propia autoconsciencia, está de alguna manera contenida en el otro.

Para la autoconsciencia [en una forma rudimentaria] hay otra autoconsciencia; ella ha salido fuera de sí. Esto tiene el doble significado de que, primero, se ha perdido a sí misma, pues se encuentra a sí misma como una esencia otra, distinta; con lo que, segundo, ha cancelado lo otro, pues tampoco ve a la otra autoconsciencia como una esencia, sino que se ve a sí misma [solamente] en la otra [al comienzo] (Hegel, 1807: 128).

Cada individuo no puede simplemente devenir un sujeto autoconsciente viéndose a él mismo en el otro, esto es, proyectándose en otra persona y experimentando al otro como sí mismo. «Él debe superar su ser-fuera-de-sí» (Kojève, 1934-1935: 13). Cada individuo está destinado a permanecer fuera de sí (alienado de sí mismo) en tanto que el otro no «lo “haya devuelto” a sí mismo reconociéndolo» (pág. 13). Es solo a través del reconocimiento por otro que es reconocido a su vez como una persona separada (y por ello interdependiente), que uno deviene cada vez más (autorreflexivamente) humano. El ser de uno fuera de sí mismo (por ejemplo, ser dentro del sujeto de la identificación proyectiva) es solo una forma potencial de ser. El acto de ser uno «devuelto» (given back) por el otro no es un volver al estado original; más bien es una creación de uno mismo como sujeto (transformado, más plenamente humano, autorreflexivo) por primera vez. Una dialéctica intersubjetiva de reconocer y ser reconocido sirve como fundamento para la creación de una subjetividad individual. Si hay una falla en el reconocimiento de cada uno por el otro, «el término medio [la tensión dialéctica] colapsa... en una unidad mortífera» (Kojève, 1934-1935: 14) de un ser estático, no autorreflexivo: cada uno deja al otro solo «como cosa» y no participa en el proceso interpersonal en el que cada uno «devuelve» al otro a sí mismo, creando una subjetividad individual. (Es importante señalar que el uso del término y del concepto de intersubjetividad no es una contribución de la psicología contemporánea; más bien, es una idea de la filosofía que durante siglos ha sido usada

en el sentido en el que he descrito.)

El proyector y el recipiente de la identificación proyectiva están, involuntaria e inconscientemente, aliados en el proyecto de usar los recursos de sus individualidades subjetivas y de su intersubjetividad para escapar al solipsismo de sus propias existencias psicológicas separadas. Cada una está inmersa en el reino de su propio mundo de relaciones objetales internas, desde las cuales incluso el discurso intrapsíquico que llamamos «autoanálisis» puede ofrecer poco para el cambio psicológico duradero cuando está aislado de la experiencia intersubjetiva. (Esto no es decir que el autoanálisis no tiene valor; más bien, creo que posee severas limitaciones cuando se encuentra aislado de las esferas intersubjetivas que provee la identificación proyectiva.) Los seres humanos tienen la necesidad, tan profunda como el hambre o la sed, de establecer construcciones intersubjetivas (incluyendo la identificación proyectiva) para encontrar una salida de la interminable y fútil errancia en su propio mundo objetal interno. Es, en parte, por esta razón que consultar con colegas y supervisores juega un papel tan importante en la práctica del psicoanálisis.

La «alianza» inconsciente intersubjetiva involucrada en la identificación proyectiva tiene cualidades que son vividas por los participantes como algo parecido a un rapto, un chantaje, una seducción, una mesmerización, ser arrastrado por una atemorizante atracción en el desarrollo de una historia de horror, etc. Sin embargo, el grado de patología asociado con una determinada experiencia de identificación proyectiva no se debe medir por el grado de coerción involucrado en la fantaseada subyugación; más bien, la patología en la experiencia de la identificación proyectiva es un reflejo del grado de inhabilidad/indisposición de los participantes para renunciar al tercero subyugante por medio de un acto de reconocimiento (a menudo mediado por la interpretación) de la individualidad única y separada del otro y de uno mismo. (Por supuesto, la condición de separado siempre está en una tensión dialéctica con la interdependencia).

## 2. RESUMEN

Este capítulo trata sobre la naturaleza del interjuego de la subjetividad y de la intersubjetividad específico de la identificación proyectiva. En ella existe un colapso parcial del movimiento dialéctico entre la subjetividad individual y la intersubjetividad y de la resultante creación del tercero analítico subyugante (en el cual las subjetividades individuales de los participantes están en gran medida subsumidas). Un proceso analítico exitoso implica el reemplazo del tercero y la reapropiación de las subjetividades (transformadas) por los participantes como individuos separados (e interdependientes). Esto se logra gracias a un acto de reconocimiento mutuo que, a menudo, está mediado por la interpretación del analista de la transferencia-contratransferencia y por el uso del analizado de esta interpretación.

TRADUCCIÓN DE ARIEL LIBERMAN

## BIBLIOGRAFÍA

- BION, W. R., «Attacks on linking», *Int. J. of Psycho-anal.*, 40, 1959, págs. 308-315.
- , *Learning from experience*, Nueva York, Basic Books, 1962.
- HEGEL, G. W. F., *Phenomenology of Spirit* (trad. de A. V. MILLER) Londres, Oxford University Press, 1807.
- JOSEPH, B., «Projective Identification: some clinical aspects», en E. SPILLIUS (ed.) *Melanie Klein Today*, vol. I: *Mainly Theory*, Nueva York, Routledge, 1987, págs. 138-150.
- KLEIN, M., «Notes on some schizoid mechanism», en *Envy and gratitude and other Works*, Nueva York, Delacorte, 1946.
- , «On Identification», en *Envy and Gratitude and other Works*, Nueva York, Delacorte, 1955.
- KOJÈVE, A. (1934-1935), *Introduction to the Reading of Hegel* (trad. de J. H. NICHOLS), Itaca, Nueva York, Cornell University Press, 1969.
- MELTZER, D., *The Kleinian Development* (parte III: «The Clinical Significance of the Work of Bion»), Perthshire, Clunie Press, 1978.
- OGDEN, T., «On projective identification», *Int. J. of Psychoanal.*, 60, 1979, págs. 357-373
- , *The Matrix of the Mind: Object Relations and the Psychoanalytic Dialogue*, Northvale, Jason Aronson, 1986.
- , *The Primitive Edge of Experience*, Northvale, Jason Aronson, 1989.
- PICK, I. (1985), «Working Through in the Counter-Transference», en E. SPILLIUS (ed.), *Melanie Klein Today*, vol. II: *Mainly Practice*, Londres, Routledge, 1988.
- ROSENFELD, H., «Notes on the Psychopathology and Psychoanalytic Treatment of some borderline patients», *Int. J. of Psychoanal.*, 59, 1978, págs. 215-221.
- , *Impasse and Interpretation*, Londres, Tavistock, 1987.

## NOTAS

<sup>1</sup>\* «Projective Identification and the Subjugating Third» en *Subjects of Analysis*,

por Thomas Ogden, publicado por Jason Aronson.

Se ha traducido la expresión inglesa *subjugating* por «subyugante». En el diccionario aparecen otras opciones: dominante, que sojuzga. [N. del T.]

# IDENTIFICACIONES, SUBJETIVACIÓN Y LOS PROCESOS SIMBÓLICOS

RUGGERO LEVY

El hombre debería nombrarse no como animal racional, sino como animal symbolicum.

CASSIRER, 1964

## 1. INTRODUCCIÓN

Un libro sobre la escucha de las identificaciones y desidentificaciones en la clínica psicoanalítica es muy pertinente, pues permite retomar el tema desde una perspectiva contemporánea. La cuestión de las identificaciones toca directamente el tema de la simbolización, de la no simbolización y de la adolescencia, tan centrales en el psicoanálisis contemporáneo.

Pero ¿cuál es la relación entre identificaciones, simbolización, no simbolización y adolescencia?

En la adolescencia tiene lugar el proceso que llamaré reordenación simbólica, este implica el «desmantelamiento» del sistema de representaciones creado a lo largo de la niñez, lo que provoca la reaparición en la escena de ansiedades primitivas. Cuanto más sólidas hayan sido las internalizaciones de objetos continentales, más tranquila será la reelaboración de estas ansiedades. Cuanto más deficitarias hayan sido estas introyecciones y el entramado simbólico creado a lo largo de la niñez, más tormentoso será ese proceso.

Según mi experiencia, en función de esta reordenación simbólica se crean inevitablemente —en mayor o menor grado— insuficiencias de mentalización en la adolescencia (Marty, 1990; 1992). En este proceso, el cuerpo juega un rol central en el intento de dominar las ansiedades propias de la etapa.

## 2. LA SIMBOLIZACIÓN Y EL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN

La gran línea divisoria entre el hombre y las otras especies de animales, según Cassirer (1964), es la existencia de un sistema simbólico, intermediario, entre el sistema receptor de estímulos y el efector motor. El pensamiento media la reacción inmediata, como ya advertía Freud en «Dos principios del acaecer psíquico» (1911).

El gran aporte de Bion a la metapsicología psicoanalítica fue estudiar el desarrollo de la mente a través del prisma del conocimiento (vínculo K) (Meltzer, 1984). Como es sabido, su perspectiva es que la mente se construye a sí misma impulsada por su necesidad, verdadera sed, de simbolizaciones (elementos  $\alpha$ ) que representen la «verdad» de la experiencia emocional (Bion, 1962; 1963; 1965; 1970).

Esta idea es muy similar a lo que Marilia Aisenstein (2009) denomina, basándose en Freud, «exigencia de representación» del somático en psíquico, imperativo de la complejidad del ser humano. Green (1990) amplía esta concepción y afirma que debemos entender el psiquismo como una formación intermediaria en el diálogo entre el cuerpo y el mundo.

En lo que se refiere al proceso adolescente, no podría ser diferente. Ese proceso se constituye por la desligadura de los sistemas de representación anteriores (Cahn, 1999) construidos a lo largo de toda niñez, y por la urgencia en la creación de un nuevo sistema de representaciones que recoja el nuevo cuerpo, el self en sí mismo, los objetos y el propio mundo. Asistimos, así, a lo largo de ese doloroso proceso de deconstrucción y reconstrucción de un sistema de representaciones a la emergencia de una nueva subjetividad en el universo simbólico del sujeto, lo que convierte a la adolescencia en un gran proceso de simbolización, con todas las vicisitudes propias de tal empresa.

El nuevo cuerpo adolescente emerge de la pubertad, con sus nuevas formas, pulsiones y potencialidades, e impone una exigencia de trabajo a la mente sin precedentes. El adolescente se enfrenta con un inquietante extraño (Cahn, 1999), que necesita ser representado internamente a fin de recrear un sentimiento de familiaridad consigo mismo. Según la descripción de Piera Aulagnier (Castoriadis-Aulagnier, 1975), simbolizar significa asimilar un cuerpo extraño a un determinado sistema de representaciones. Evidentemente, en este momento, me refiero al «cuerpo extraño» en un doble sentido: como un elemento extraño que necesita ser asimilado y como un

cuerpo biológico ajeno al sujeto mismo.

Además de los sentimientos de extrañeza mencionados, se afrontan profundas angustias de aniquilación, muchas veces una sensación de muerte inminente. El self —que es una construcción simbólica— se siente amenazado.

Así que, en el proceso de reconstrucción de la subjetividad en la adolescencia, el sujeto se enfrentará no solo con ansiedades primitivas, o no simbolizadas, o a la espera de una mejor simbolización, sino también con introyecciones no suficientemente «digeridas» que serán tomadas y vividas en su concreción.

Comprendo que introyecciones e internalizaciones de objetos y de relaciones objetales se convierten en identificaciones en la medida en que pueden asimilarse al self mediante un proceso de transformación simbólica, que logra que cuerpos extraños se transformen en elementos absorbidos en el entramado simbólico que constituye el self. Este proceso permite la evolución de objetos internos primitivos, inicialmente sentidos como entidades concretas, cosas en sí mismas (Bion, 1962a; 1962b), a elementos simbólicos más abstractos e insertados en el entramado de simbolizaciones constituyentes del propio self.

### 3. LOS OBJETOS INTERNOS Y SUS TRANSFORMACIONES

Para tratar el asunto de los objetos internos, nos referiremos a la teoría psicoanalítica de Klein.

Klein (1930; 1932) conceptualiza que, desde el principio del desarrollo, el bebé, movido por las pulsiones —especialmente la de muerte— y por las defensas contra ellas, construye imagos que reflejan sus experiencias. Nótese que empezó hablando de imagos, no de representaciones y tampoco de objetos, en un primer momento. Posteriormente desarrollará su concepto de objetos internos con toda su variedad: los de la posición esquizoparanoide y los de la posición depresiva. Cuando Klein habla de imagos y objetos internos, se refiere a una construcción simbólica que va más allá de la representación del registro mnémico del objeto de la satisfacción y de la experiencia de satisfacción en sí. Se constituye en una construcción simbólica, ya con algún grado de complejidad, que refleja toda una experiencia psíquica que está siendo vivenciada por el sujeto primitivo. Esta imago será producto de la pulsión subyacente predominante, de la defensa contra ella y de la ansiedad (el afecto) presente. A diferencia de Freud, Klein admite que las simbolizaciones contenidas en el mundo interno y, al mismo tiempo, constituyentes de ese mundo, carguen, contengan, los afectos en juego. Así, cuando una determinada imago es construida ya carga en su forma simbólica el afecto involucrado en la experiencia.

Pero será Susan Isaacs (1943) quien teorizará de modo consistente sobre esas fantasías inconscientes estructurantes del inconsciente en la metapsicología kleiniana. Esta autora, además de sintetizar y teorizar con profundidad la nueva metapsicología emergente en la época, es precursora de innumerables conceptos contemporáneos posteriormente formulados por Bion y Winnicott, por ejemplo (Ogden, 2012).

Isaacs (1943) describe todo un espectro de evolución de las fantasías inconscientes más primitivas, de las más concretas hasta las más abstractas y, por lo tanto, más evolucionadas, recordando lo que vendría a ser luego el modelo de grilla de Bion (1963). Deja claro que las primeras fantasías son tan concretas que se confunden con percepciones, como en la satisfacción alucinatoria del deseo, descrita por Freud (1895; 1900; 1911). Añade que las primeras fantasías están muy lejos de las palabras y del pensamiento lógico. Posteriormente podrán expresarse con palabras y, todavía antes, mediante el juego. Así, los significados están en la mente mucho antes que los

significantes verbales. Pero estos serán el colofón de todo el proceso de simbolización. Sin embargo, Isaacs (1943) deja clara su perspectiva de que pueden existir fantasías complejas, en términos de significado, en forma visual y auditiva. O sea, de que elementos visuales o auditivos funcionen como símbolos mentales de vivencias afectivas complejas. Añade que los sueños ilustran que podemos tener una vivencia compleja dramática solo representada en términos visuales. Y por el arte sabemos que «una riqueza de significaciones puede residir en un contorno, en un color, una línea, un movimiento, una masa, una composición de forma o color, o de melodía y armonía en una música» (pág. 103).

Describe, todavía con mayor precisión, que las fantasías más remotas y rudimentarias son muy cercanas a la experiencia sensorial y representan interpretaciones afectivas de las sensaciones corporales, lo que adelanta el concepto de pictograma afectivo que sería desarrollado años después por Piera Aulagnier (2004). Subrayo este hecho, pues Isaacs presupone, en su idea, que, primitivamente, lo que ocurre no son solo registros mnémicos de la experiencia sensorial, sino que ya existe, en esos registros, un significado afectivo. Ese proceso primario domina la mente en el inicio, pero, luego, ya en el segundo mes de vida, «existe un grado muy considerable de integración en percepción y comportamiento, con señales de memoria y previsión» (Isaacs, 1943: 112), es decir, ya empieza el desarrollo del proceso secundario de ordenamiento de la experiencia.

El punto de inflexión en el recorrido evolutivo de la fantasía inconsciente está en el establecimiento y fortalecimiento del elemento visual: a partir de este comienza la discriminación interior/exterior y el carácter más simbólico de los contenidos mentales. Su descripción de cómo se inician las fantasías a partir de las primeras impresiones sensoriales, desde el inicio de la vida, recuerdan mucho el modelo de Bion. Concibe la frustración, con el carácter evanescente de la gratificación alucinatoria del deseo, como un estímulo a la adaptación y a pensar sobre la realidad externa (Levy, 2001).

Ogden (2012) ampliará la importancia que este trabajo de Isaacs asume en la evolución del psicoanálisis contemporáneo. Considera que este entendimiento del rol de la fantasía, más exactamente, el fantasear, en la vida psicológica inconsciente constituye un turning point en el desarrollo de la teoría psicoanalítica. Isaacs concibe todos los procesos y mecanismos mentales como formas de la fantasía inconsciente, que son vistas como creaciones psicológicas individuales, particulares, únicas para cada individuo.

Ogden (2012) entiende que las ideas de Isaacs constituyen una transición de la era Freud-Klein a la era Winnicott-Bion del psicoanálisis actual. En la era Freud-Klein, el objetivo del psicoanálisis era primeramente comprender qué pensamos (el contenido simbólico de los pensamientos inconscientes, los sueños, por ejemplo). En la era Winnicott-Bion, el enfoque se dirige hacia cómo pensamos (las varias formas de pensar e incluso la inhabilidad para pensar, que se reflejará en sueños, juegos y en el imaginario, así como en el estado psicótico de no ser capaz de pensar). Los trabajos de Isaacs tuvieron, según él, una función transicional entre esos dos períodos. Se pasó de la era del simbolismo a la era de la simbolización (Levy, 2001).

Después de esta pequeña digresión sobre la fantasía inconsciente, pero, más precisamente, sobre el fantasear, regresemos al tema de los objetos internos. ¿Cuál es su relación con la capacidad de fantasear? Lo que nos interesa es que los objetos internos son en realidad fantasías inconscientes, y, si las más primitivas están muy cercanas a la experiencia sensorial, concreta, así serán los objetos internos más primitivos.

Los objetos internos primitivos en las descripciones de Klein son sentidos por el sujeto como entidades vivas, con existencia propia. Por ejemplo, los objetos internos acusan, calman, confortan, exigen, prohíben, determinan (Baranger, 1980b). Además, teniendo en cuenta que la vivencia primitiva se organiza alrededor de experiencias físicas, corporales, el carácter de estos «ciudadanos» del mundo interno (Baranger, 1980a; 1981) es también de cierta «corporabilidad». Son sentidos por el niño —o por la mente primitiva— como entidades físicas que operan en su interior, se relacionan entre sí y también con él (Baranger, 1981; Heimann, 1943). Así, estos objetos internos actúan y están animados con las características sádicas, amorosas, gratificantes, frustradoras, caníbales, etc., y «son sentidos como si estuvieran al par y fueran afectados por los sentimientos y pensamientos del sujeto» (Heimann, 1943).

Pero el aspecto que me interesa destacar en el desarrollo de este texto es que, a través del proceso de transformación simbólica, estas entidades concretas se vuelven más abstractas, evolucionando en sus formas simbólicas, siendo insertadas en el entramado simbólico que constituye el self y convirtiéndose, así, en identificaciones más permanentes. Conforme a sus características, podrán asimilarse en las funciones de la personalidad usualmente asignadas al superyó o al yo, dependiendo de las cualidades atribuidas a esos objetos, más censoras o inspiracionales, o más vinculadas con habilidades o competencias.

No obstante, podrán permanecer como estructuras concretas, primitivas, casi

cuerpos extraños, al habitar el mundo interno, con los que el sujeto deberá enfrentarse.

#### 4. LAS DEFENSAS NARCISISTAS Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD EN LA ADOLESCENCIA

En la adolescencia tiene lugar un doble proceso en el que se incrementan múltiples ansiedades: por una parte, la transformación adolescente conlleva un quiebre del sistema de representaciones del self y de los objetos, lo que desencadena una acción de reordenación simbólica, con las ansiedades de disolución ya mencionadas. Por otra parte, el proceso de separación de las figuras parentales, propio de la adolescencia, produce el temor a la pérdida del objeto y de su representación. Esto es especialmente intenso cuando el desarrollo de subjetivación infantil no fue completado con éxito y el objeto no fue creado de modo consistente en el mundo interno.

Con el sistema de representaciones puesto en jaque, la salida se da a través de la acción y del cuerpo. Un sistema defensivo narcisista se pone en marcha.

Desde la mirada pulsional, vemos una regresión narcisista importante. Hay una intensa investidura libidinal y/o agresiva del propio cuerpo, lo que hace al adolescente sujeto y objeto, ayudándole a negar la separación; el adolescente «hace» existir a su cuerpo a través de las sensaciones corporales vividas. Experimenta la sensación de existir por ser sujeto y objeto de la acción («¡Yo me provoqué dolor! Yo existo», Louppe, 2001).

Desde la mirada de las relaciones de objeto, para defenderse de la ansiedad de separación o de ansiedades, todavía más primitivas, de no existencia, por identificación proyectiva se apropia del objeto, este se instala dentro de él, se convierte en él. A veces, lo agrade, agrediéndose. Así, tanto la ansiedad de separación como la ansiedad de muerte, de no existir, pueden conducir a la regresión narcisista, al borrar las diferencias entre el yo y el otro y entre representación y acto.

Se podría decir que adolescentes más cercanos a la normalidad utilizan la identificación proyectiva con una intensidad lógica, haciendo incursiones transitorias hacia dentro de objetos y escindiendo y recuperando con mayor flexibilidad aspectos del self. Sin embargo, aquellos individuos que internalizaron objetos muy perturbados o aquellos cuya destructividad no fue transformada de modo adecuado, quedando disociada en partes destructivas del self, pueden sufrir la captura de toda su personalidad en el funcionamiento de estas organizaciones patológicas.

En su libro *The Clastrum*, Meltzer (1992) describe las consecuencias que tienen las fantasías de intrusión para el psiquismo. Diferencia la identificación proyectiva, que tendría finalidades más adaptativas y de comunicación, de la identificación intrusiva, con menos posibilidades de reversibilidad, en las que el individuo se apropia del objeto, convirtiéndose este en su fantasía, en un claustro que lo apresa y no solo en un continente. En este ensayo, estudia los distintos compartimentos del objeto interno, habitualmente el objeto materno y sus orificios capaces de servir de «puerta de entrada»: el seno/mente de la madre, sus genitales o el ano. Cada uno de estos compartimentos determina una visión del mundo específica conforme a las características fantaseadas de estos ambientes. Situaciones en las que el self resulta dominado en su funcionamiento por esta intrusión determinan que todo el sentido de identidad del individuo resulte comprometido. Refiriéndose a los adolescentes, comenta que «la visión del claustro ilumina este cambio en el sentido de identidad, haciendo posible reconocer que ellos están diferentes no solo de lo que eran antes, no solo en sus cualidades mentales, sino también respecto al mundo en el que están habitando» (Meltzer, 1992: 147).

Steiner (1993), siguiendo en esta misma línea de investigación, conceptuó que estas organizaciones patológicas narcisistas, de cuño libidinal o destructivo, caracterizan refugios psíquicos. Junto con el aspecto «protector» de la organización patológica se halla el encarcelamiento que eso representa, en la medida en que, para proteger, esta organización exige sumisión y renuncia a importantes funciones del yo que usualmente resultan proyectadas en otros objetos.

Steiner (1993) considera que situaciones de abuso o negligencia en la niñez hacen muchas veces que se internalicen objetos violentamente perturbados que terminan por servir como receptáculos de la destructividad del individuo mismo.

## 5. LAS CONFUSIONES GEOGRÁFICAS Y LA IDENTIDAD EN LA ADOLESCENCIA

Al estudiar los procesos identificatorios en la adolescencia, sus relaciones con los objetos internos, se hace fundamental comprender las confusiones geográficas de esta etapa.

Meltzer (1990b) comenta que Klein y Bion realizaron ampliaciones metapsicológicas fundamentales al desarrollo teórico del psicoanálisis, que provocaron modificaciones también en la técnica psicoanalítica.

Melanie Klein, con sus conceptos de mundo interno y de interior del objeto, creó una dimensión metapsicológica nueva, la dimensión geográfica de la mente, con todas sus implicaciones, como las nociones de dentro/fuera del self y dentro/fuera del objeto (Meltzer, 1990b). Bion, además de desarrollar el estudio de lo que ocurre en estos espacios mentales, de la comunicación entre ellos y de ampliar el concepto de identificación proyectiva creado por Klein, concibió la dimensión epistemológica de la mente al caracterizar la importancia central del conocimiento, de la creación de los pensamientos y del pensar, en la estructuración del aparato mental. Más que eso, Bion propuso como finalidad central para el psicoanálisis entender la actitud respecto al conocimiento: el conflicto entre conocer y no conocer pasó a ser entendido como una de las tensiones esenciales de la mente humana. En lo que se refiere a la dimensión geográfica de la mente, Meltzer, posteriormente, detalló la geografía de esos espacios, describiendo sus ambientes internos y sus habitantes. Esas ampliaciones metapsicológicas, además de las cuatro iniciales descritas por Freud (topográfica, dinámica, genética y económica), supusieron grandes modificaciones en la teoría y en la técnica psicoanalítica, en la medida en que los psicoanalistas pasaron a estudiar las tensiones intersubjetivas, o sea, el modo en que el sujeto afecta al objeto y el objeto afecta al sujeto; es decir, la manera con la que el paciente afecta al analista, y viceversa, y el modo en que uno puede habitar al otro en determinados momentos.

Así, con el desarrollo, se forma en el psiquismo una geografía en la que se delimitan espacios que serán, por así decirlo, la noción de dentro/fuera del self y dentro/fuera del objeto, sea del objeto externo, sea del objeto interno. Incluso Meltzer realizó grandes aportaciones a la comprensión de las relaciones del sujeto con sus objetos internos (Meltzer, 1966; 1973; 1992), que se iniciaron con sus primeros trabajos sobre la masturbación anal y se completaron en sus últimos trabajos,

especialmente en sus estudios sobre el claustro. El uso de la identificación proyectiva intrusiva podrá desdibujar tal delimitación, y crear las, ya mencionadas, confusiones geográficas. Comprender bien esta dimensión del funcionamiento mental es extremadamente útil en el trabajo con adolescentes, particularmente en lo que se refiere a la estructuración de la identidad, que será el vértice de este trabajo. En definitiva, discutiré cómo procesos defensivos, tales como la identificación proyectiva masiva o intrusiva, pueden afectar al proceso de adquisición de la identidad en el adolescente.

Ya en 1967, en su libro *El proceso psicoanalítico*, Meltzer establecía una distinción importante entre el funcionamiento mental infantil y el adolescente. Alertaba de que una de las características en el funcionamiento mental adolescente, y que suponía implicaciones especiales en su atención, era que, a diferencia de los niños, el joven hace identificaciones proyectivas de partes del self, mientras que los niños lo hacen principalmente de objetos internos, más de contenidos de la mente que de partes del self. En la niñez —y seguramente en la edad adulta también—, el sentido de identidad del self está mucho más establecido. Como ya se dijo al comienzo del capítulo respecto a la reordenación simbólica adolescente, el niño, aunque inmaduro, desde su nacimiento, construye una noción sobre su identidad: es niño o niña; es pequeño; es hijo de...; es dependiente, y de ahí en adelante. O sea, las representaciones del self y de los objetos son relativamente sólidas a lo largo de la niñez, especialmente hacia el final. El proceso adolescente, en función de las profundas alteraciones corporales y psíquicas que engendra, deconstruye esta identidad adquirida, haciendo que la identidad del self se haga más fragmentada, una vez que el sistema de representaciones creado a lo largo de la niñez entra en quiebra. Eso facilita la identificación proyectiva de partes del self, lo que, a su vez, aumenta todavía más la confusión respecto a la identidad del sujeto. Aunque parezca una paradoja, la identificación proyectiva de partes del self también será un instrumento de reconstrucción de la identidad del self, de todo este nuevo proceso de subjetivación, ahora, de un nuevo sujeto, el sujeto que emerge de la adolescencia, como describiré a continuación.

En el proceso normal adolescente, la identificación proyectiva tendrá un rol destacado en el funcionamiento mental del joven: permitirá que este se libere de ansiedades y partes del self indeseables; que comparta con el grupo múltiples aspectos de sí mismo, como en un escenario donde se escenifican varios personajes de su mundo interno; le posibilitará identificarse temporalmente con otros personajes idealizados, etc. El grupo adolescente, así, pasará a tener también una función

primordial en la vida mental del joven. A través de un complejo juego de identificaciones proyectivas, se «escenificarán» diversas fantasías genitales o pregenitales. Por ejemplo, la formación de parejas, con toda la triangularidad y rivalidad posibles, o la actuación de un sadismo anal poco común. El grupo adolescente tendrá una función de continencia de aspectos parciales del self que, momentáneamente, quedarán fuera del sujeto, dándole la sensación de estar libre de ellos, permitiendo identificaciones transitorias que garantizan al joven cierta tranquilidad. Visto desde este ángulo, el grupo es un conjunto de fuerzas extremadamente dinámicas en el que los adolescentes, a través de fenómenos proyectivos e introyectivos, asumen identidades, más o menos transitorias, conforme a su psicopatología o salud mental. A pesar de que este fenómeno es universal y está presente en todos los grupos humanos, en el grupo adolescente asume una importancia y un lugar centrales, pues la mente adolescente tiene una gran plasticidad, ya que intenta consolidar el proceso de constitución de su identidad.

Si la identificación proyectiva permite, por una parte, ese «ordenamiento» defensivo de la mente mientras se consolida la nueva identidad, por otra, si se usa de manera intensa e intrusiva, en función de mayores ansiedades, podrá generar un incremento de las confusiones geográficas y obstaculizar el proceso de adquisición de una identidad estable. Lógicamente, la relación terapéutica, en su dimensión transferencial y contratransferencial, también se verá bastante afectada por esa identificación excesiva, como veremos a continuación.

## 6. UN BEBÉ SE CONVIERTE EN UN GUERRERO

Albert es un paciente adolescente que se somete a análisis por un comportamiento adictivo grave, vinculado al abuso de diversas drogas pesadas (tabaco, alcohol, marihuana, cocaína y habiendo dejado el crack hacía algunos meses) y a internet, especialmente a juegos violentos y a páginas de extrema violencia. Es adicto además a comportamientos de riesgo; frecuenta el submundo, como si fuera el líder de una pandilla de delincuentes, y busca prostitutas del más bajo nivel en ambientes sórdidos y peligrosos. Me doy cuenta de que la adicción, en realidad, es a la excitación misma que supone el entrar y salir vivo de estos ambientes. Solía decir: «siento mariposas en el estómago al llegar allá. Ruggero, no cualquiera tiene coraje de hacer eso, ¿no?».

Advierto que Albert posee una insuficiencia simbólica, pues no logra tener constancia ni en las representaciones del self, ni de sus objetos. Además, entiendo que precisa evacuar muchas emociones, incluso antes de sentirlas, pues no puede simbolizarlas y, justo por eso, no puede contenerlas. El «continente» psíquico es insuficiente.

Para ilustrar el caso, cito dos situaciones. A los 17 años, estaba en el extranjero, participando en un intercambio cultural, cuando se sintió solo, invadido por sentimientos de desrealización y despersonalización insoportables. Cuando toma conciencia de sí, está frente a un espejo tatuándose el nombre en la frente con un trozo de vidrio, con el que después, además, se cortará superficialmente el pecho en toda su extensión.

Hay un segundo episodio también emblemático. En las primeras sesiones de análisis, ya comenzamos a constatar sus dificultades para llevar adelante las actividades básicas de la vida, salir con un grupo de pares de su condición social y cultural, y también su dependencia pasiva respecto a su madre y las drogas. Falta a su sesión, la madre me llama para decirme que hubo un «accidente» con Albert. Me quedo preocupado, pero, al advertir la «calma» de la madre, me tranquilizo. En este momento ya presiento que acabaré envuelto en una tormenta de emociones.

Acude a la sesión siguiente, hasta cierto punto más alerta, despierto, pero camina cojeando y me dice que fue herido en la pierna. Me cuenta que la semana anterior, después de su sesión, resolvió que iba a «relajarse» esa noche y salió de casa «queriendo confusión. Aquel día salí de casa sintiéndome un guerrero, ¿sabes?

Llegué a la fiesta buscando pelea. De pronto vi que había un enfrentamiento entre la policía y una pandilla en frente del club. Salté a la cabeza del grupo y me encaré a la policía. La gente huía, la policía se acercó y yo tomé una valla de la calle y lo lancé contra ellos. Un policía tomó el disparador de balas de goma y disparó contra mí. Yo salí corriendo y, tras alejarme unas cuantas manzanas, un amigo me advirtió de que estaba herido. Miré y había un agujero en mi pierna. Mira...» Saca su móvil y me muestra la foto que hizo de la herida. Una herida grande, profunda. «Ahí me aterroricé, creí que iba a morirme, me quedé desesperado. Tomé un taxi y me fui al hospital. Llamé a mis padres y a mis abuelos. Bueno, ahora solo estoy fumando marihuana... El médico quiere hacer una reconstrucción plástica, pero me parece que es un trofeo, ¿no te parece?»

Esto me colocaba en una posición extraña, en la que yo sentía una mezcla de perplejidad, irritación y preocupación. Por una parte, me usaba como testigo de su «valentía» y «fuerza», pero, ciertamente, además de su testigo, yo también era un «amigo» con el que compartía su experiencia y, además, me forzaba a ocupar un rol adicional, parental, de preocupación por su integridad. Busqué, discretamente, intervenir como analista, sugiriendo, de modo totalmente estereotipado, «que precisó crear esa situación en la que se sintió valiente y corajudo y estampar esta marca en su cuerpo como una prueba definitiva de eso». No entré en el origen de sus sentimientos de desamparo, impotencia y odio en aquél momento.

O sea, el acercamiento en las sesiones —aunque mínimo— a su mundo interno y a su sufrimiento psíquico (su vulnerabilidad, su dependencia del objeto, sus ansiedades frente al mundo) parecía generar un dolor que precisaba ser evacuado antes de ser «sufrido». En este primer momento del análisis, a través de su conducta, del enfrentamiento, de la supervivencia a la situación de riesgo, busca evacuar la sensación de vulnerabilidad y dependencia: el «bebé» se convertía mágicamente en el «guerrero». Aquí, el modo de superar la emoción insoportable es su evacuación a través del pasaje al acto. La amenaza, el desamparo, el miedo a morirse, la desesperación son actuados, puestos en una escena dramática, en vez de ser sentidos, soñados y hablados. Atiendo a este lenguaje casi como si fuera una dramatización en la que se escucha un grito: «Estoy con odio, desesperado, con miedo a morirme, ¡sálvame!». Albert utiliza la identificación proyectiva intrusiva hacia dentro de un personaje, el guerrero, ya que, desde dentro de él, se siente poderoso e invulnerable. El «bebé», frágil, temeroso, asustado, es proyectado violentamente de la mente e identificado con alguien que no es él. Muchas veces fue proyectado en mí, que a

menudo me sentía con miedo, o de él o de lo que fuera a hacer.

El problema al que nos enfrentamos en este tipo de análisis es que, justamente por no soportar estas emociones, por ser impensables, estas son evacuadas en la conducta, en el cuerpo —él es el que sufre—, o están escindidas y proyectadas. Y por la incapacidad para contenerlas, forzar su reintroyección prematuramente, o forzar su «pensabilidad», solo recrearía una situación traumática, similar a lo que describe Cassorla (2012).

Mi idea era tener calma y paciencia para poder entrar junto con Albert en sus refugios narcisistas y así conocerlos, pues allí se sentía poderoso e invulnerable, como en el episodio del enfrentamiento con la policía. Pero él construía sus refugios también en casa, navegando por internet en páginas de extrema violencia. Uno de ellos consistía en vídeos de escenas reales de tortura o de canibalismo. Cuando me contó los contenidos de estas páginas, logró despertarme náuseas y cierto rechazo por su excitación con la violencia. Comprendí que sufría una adicción realmente extrema a un alto grado de excitación. Me acordé de la teoría del masoquismo mortífero de Rosenberg en la que la búsqueda del objeto se sustituye por la búsqueda de excitación, siendo que esta es capaz de llenar el vacío objetal.

Su fascinación por el mundo de la violencia llegaba al punto de haber creado una identidad fake en la web como si fuera un terrorista talibán para desde este personaje sentirse fuerte, violento y atemorizador. Estaba dominado por un modo de pensar mágico (Ogden, 2012), que tenía la función de protegerlo de las angustias de desamparo y miedo, todavía innombrables y totalmente evacuadas, o proyectadas, cuando no más lejos, en mí, pues a menudo me sorprendía el miedo ante su violencia. Sentía miedo a ser asesinado o encarcelado, o a verme involucrado en su submundo. Cuando «entraba» en este personaje, posiblemente algún objeto interno violento, amenazador, su pensamiento era casi delirante, y la atmósfera en la sesión, entre nosotros, era pesada. Pensaba en fabricar bombas, en ir luchar a Afganistán, después a Siria... Nuevamente, se imaginaba un guerrero. Vivía intensamente la manía y la hipomanía que Ogden (2012) describe, ya que, en este estado, identificado proyectivamente con este objeto, no se sentía frágil, carente y necesitado de un objeto cuidador; se sentía poderoso y temible. Su mayor placer era sentir el miedo reflejado en los otros, a quienes dirigía su mensaje con una mirada de loco.

A lo largo del trabajo analítico con Albert, voy entendiendo que sus ansiedades primitivas —totalmente desconocidas e innombradas por nosotros—, como las que anteriormente mencioné, podían ser supuestas por mí. Muchas de ellas, por estar

presentes en la atmósfera de la sesión compartida por nosotros o proyectadas en personajes que eran dobles suyos, solo podrían analizarse ahí, a distancia de él, en el espacio intermedio. Jóvenes abandonados del submundo, violentos, a los que se conectaba de modo repetitivo, frecuentaban la sala de análisis. Pasamos a analizar sus sentimientos de desamparo a través del «análisis» de estos amigos, evidentemente a partir de la atmósfera emocional de nuestro encuentro en las sesiones y del entendimiento que yo iba construyendo respecto a él. Analizamos los probables sentimientos de envidia de estos dobles, la ausencia de progenitores y, por todo ello, su violencia. Tomando como ejemplo las sesiones de análisis con niños, yo disponía a esos «amigos» como personajes de un juego, ubicados en el espacio transicional (Winnicott, 1951), siendo que allí, medio fuera, medio dentro, medio realidad y medio mundo interno, él toleraba «analizar» estas emociones. Observamos también los sentimientos de abandono y odio en estos dobles. Albert no soportaba ninguna alusión, por ejemplo, de que el talibán era un aspecto suyo, etc. El talibán, en este momento, para él no era una metáfora, simplemente era. Y así, en el espacio intermedio, fuimos ampliando su cadena simbólica y su continente. Pudimos dar significado a las emociones de estos personajes, a sus razones para tales conductas, y, de este modo, crear una red de significantes, o el elemento alfa en el decir de Bion, que le permitiera, en un segundo momento, contener y pensar sus propias emociones, inicialmente impensables.

Yo entendía que tendría que convivir con esta violencia escindida y evacuada o identificada proyectivamente en los amigos por un tiempo muy largo, mientras él hacía intrusiones para dentro de objetos violentos y temidos. La presencia de esta violencia en su vida probablemente tenía la finalidad tanto de expresar su odio a los objetos por los que se sintió abandonado como de sentirse más fuerte y poderoso, a través de mecanismos primitivos de defensa.

Se necesitaba mucha continencia y transformación en a de múltiples vivencias contratransferenciales suscitadas por el campo relacional que establecíamos. Muchas veces esto tenía lugar a costa de la contención de intervenciones interpretativas prematuras, tal y como describe Bolognini (2000; 2005). Nos referimos aquí al concepto de capacidad negativa de Bion (1962; 1970), por el cual el analista debe tolerar la angustia de la ausencia de comprensión o incluso de la ausencia de interpretación para no saturar la capacidad del paciente de tolerar el dolor mental.

En el tormentoso trabajo tormentoso con estos pacientes, en los que los estados primitivos de la mente predominan, con objetos internos arcaicos, como queremos y

debemos estar cerca y junto a ellos para conocerlos, sin poder emplear todavía el discurso asociativo, nos dejamos invadir por sus emociones, somos «arrastrados» a mundos insospechados y vivenciamos algunos horrores de la miseria humana, con toda la náusea, la repulsa y el miedo que causan. Antes de cada sesión con Albert, sentía inquietud por saber «quién» vendría a la sesión: el talibán, el líder de pandilla, el jugador o quién sería.

En pacientes regresivos, casos-límite, borderlines, veremos que es como si el proceso se desarrollara de dos maneras diferentes, sincrónicas, en la que, ora predomina la continencia y el trabajo en el transicional y ora el interpretativo propiamente dicho (Richard, 2001). Quiero poner de relieve que este trabajo en el transicional es lo que permite la expansión del entramado simbólico del paciente en el que un profundo trabajo de continencia y transformación opera la mente del analista y produce efectos en el paciente. El proceso de transformación y metaforización de las actuaciones de los personajes tiene lugar en la mente del analista y ahí permanece bastante tiempo para no causar una indigestión en la mente del paciente, evitando que estas comprensiones sean transformadas en nuevos elementos beta (o bizarros) que necesiten eliminarse nuevamente Ferro A., (2011). Lo digo para que no parezca que es un momento no psicoanalítico, de pasividad del dúo.

En *Las heridas de Vilma*, Stéfano Bolognini (2005) ayuda a su paciente a transformar sus heridas reales, memorias corporales de su historia traumática, en algún momento, en heridas simbólicas, recuerdos en el decir del autor, a través de lo que él denomina convivencia psíquica elaborativa con un objeto competente, presente y disponible.

En este sentido, podemos decir que el analista debe respetar el lenguaje en el que el paciente logra comunicarse, comprenderlo, dejarse impregnar por él, y hablar desde ese lenguaje, buscando formas más simbólicas, a través de estructuras mentales, tal y como estoy proponiendo.

## 7. HACIA LAS FORMAS SIMBÓLICAS MÁS ABSTRACTAS

En el análisis con Albert fueron necesarios casi tres años para que mostrara su violencia en la sesión, antes escindida e identificada proyectivamente fuera de la relación analítica. Creo que fue algo cercano a lo que Cassorla (2012) describe como una representación aguda; esta situación se produjo cuando ya teníamos una relación lo suficientemente continente como para que se hiciera presente en la sesión algún síntoma de su vivencia traumática de abandono. Me retrasé cinco minutos y, cuando abrí la puerta, percibí que Albert ya llevaba un rato allí, y, al verme, salió ostensiblemente enojado. En un primer momento, me sentí confuso, sin entender qué estaba ocurriendo y con fantasías de que yo sería «abandonado», de que él interrumpiría el análisis. En un segundo momento, me acordé de que él había dicho en la sesión anterior lo mucho que odiaba ser tratado como un tonto y no ser respetado por sus amigos. Tras sufrir un percance con un colega, Albert se trajo una navaja a la sesión anterior con el fin de demostrarme que no dudaría en «agujerear» al tipo si este lo agredía. Me acordé también de un episodio con una prostituta que intentó estafarlo insinuando que no había pagado y él, «con cara de loco», la amenazó con «agujerearla» si no encontraba el dinero y entonces ella lo «encontró». Se sintió abandonado e insultado por mi retraso. Se hacían presentes en nuestra relación sus vivencias de abandono y todo el odio asesino consecuente.

Por una cuestión de espacio, no entraré en los detalles de su evolución, solo decir que hubo un progreso significativo en la expresión de estas emociones primitivas, hasta que alcanzamos una etapa en la que abandonó prácticamente todas las drogas y comportamientos adictivos, excepto en momentos regresivos en los que volvía a ellos.

Para seguir ilustrando la evolución de la capacidad de pensar sobre estas emociones primitivas y transformaciones en los objetos de su mundo interno, me gustaría dar un pequeño salto hasta una situación particular del análisis de Albert, en la que experimentamos un momento clave. En este período, él adelgazó unos 15 kilos, su cuerpo no exhalaba olor a nicotina, estaba más alerta, adherido a una relación sana con un personal trainer y matriculado en un curso universitario.

Pasamos por un período intermedio en el pensamiento de estas emociones y formas primitivas de identificación que lo capturaban antes de llegar a la posibilidad de

soñarlas. Por ejemplo, pudimos entender que algunas de las imágenes y páginas de extrema violencia que frecuentaba adictivamente lo capturaban, pues servían para figurar situaciones primitivas de violencia que él todavía no podía soñar. En otros trabajos (Levy, 2012; 2015), llamé a estas imágenes pensamientos-prótesis, en la medida en que sirven para figurar ansiedades y estados mentales todavía no representados. Cuando la mente todavía no posee la función  $\alpha$  suficiente para simbolizar una determinada emoción, o cuando todavía no se constituye en un continente capaz de albergar determinados pensamientos (cargados de emociones impensables), o todavía no se es un pensador capaz de pensar determinados pensamientos, el sujeto puede agarrarse adictivamente a pensamientos-prótesis, que son imágenes ofrecidas por la cultura, pues ellas figuran tragedias por el momento impensables. Creo que muchas adicciones a videojuegos violentos tienen esta base.

Albert había estado encarcelado en períodos en los que la evacuación predominaba como forma de expulsar del psiquismo emociones impensables; ahora estábamos en un momento en el que parecía que buscaba formas que dieran figuración a estas angustias; y quizá iniciáramos una etapa en la que él mismo pudiera crear imágenes que permitieran contener y pensar las emociones no pensables, como describió minuciosamente Barros en diversos trabajos (2002; 2006; 2008).

Algún tiempo después, vivimos la siguiente situación: Albert se siente deprimido porque las vacaciones están terminando y no logró quedar con ninguna muchacha, pero no adopta la posición narcisista destructiva de denigrarlas defensivamente. Además, el año empieza y me pide que lo ayude a frecuentar la facultad, asumiendo su fragilidad y su intolerancia a las relaciones interpersonales por las emociones que estas despiertan. Retoma la voluntad de dejar la marihuana, pero habla de su dificultad por la noche y me refiere sueños de angustia que lo despiertan. «Esta noche soñé que estaba en una calle oscura, desierta, una de las calles de la “zona” por la que circulo alguna que otra vez. Yo estaba allí solo, asustado, perdido, muy angustiado. Había aquellos galones de depósito abandonados, las calles desiertas y parecía que, en cualquier momento, aparecería algún asesino, o algo así». El talibán, el «líder de pandilla» estaba siendo soñado, así como su propio temor.

Fue la primera vez que sus sentimientos de profundo desamparo, amenaza y soledad pudieron aparecer bajo la forma de un sueño en el análisis. Es un período en el que está deprimido, desanimado y duda de que pueda resolver sus conflictos. Me doy cuenta de que la arrogancia y la omnipotencia de la organización narcisista destructiva están dando lugar al contacto con los profundos sentimientos paranoides y

depresivos subyacentes, lo que antes era imposible. Entiendo que, en este momento, deja de refugiarse dentro del objeto cruel que capturaba su sentido de la realidad. Dejó de ser el talibán o el «líder de una pandilla», identidades «como si». ¡El talibán asesino estaba siendo soñado! Comenzaba a entrar en contacto con lo que antes era impensable porque estaba menos proyectivo, predominaban los procesos introyectivos, y se identificaba ahora con un objeto continente y transformativo (Bollas, 1989) capaz de convertir protoemociones en elementos oníricos, especialmente porque su sueño parece evidenciarlo.

A partir de la comprensión de un vídeo acerca de la destrucción de Sarajevo que venía siendo utilizado como pensamiento-prótesis de su conmoción al ver niños desamparados, violentados, poco a poco fuimos pudiendo hablar de su profunda soledad. Comprendemos que intentaba llenar el vacío de su soledad con marihuana y con la excitación que le provocaban las páginas de extrema violencia, ya que no sentía nada dentro de sí que lo calmara. Llegados a este momento del análisis, Albert ya tenía una novia que prácticamente vivía con él, había abandonado el hábito de la marihuana y la necesidad de ver páginas de guerra y extrema violencia así como el póquer.

Al poder poner nombre a sus sentimientos, ya se había constituido un continente (Bion, 1962) capaz de dar continencia a su violencia. Como ya he dicho, la pseudoidentidad adquirida a través de la intrusión en un objeto violento y sádico estaba siendo sustituida por una identificación con un objeto continente y transformativo. Eso le permitía establecer un contacto genuino con sus verdaderas emociones sin precisar expulsarlas y buscar refugios narcisistas.

## 8. COMENTARIOS FINALES

Estoy de acuerdo con Ferro (1995) cuando dice que el análisis de algunos pacientes termina donde empieza el de otros. Es decir, tenemos una capacidad de mentalización y expresión simbólica que va de la concreción bruta de las emociones no simbolizadas a la poesía. Cada análisis, cada par analítico, tendrá sus límites y potenciales. Este proceso de transformación simbólica será lo que permitirá que protoemociones no representadas ganen representación. Pero también será lo que posibilitará que objetos primitivos, concretos, para dentro, de los que los pacientes hacen identificaciones proyectivas intrusivas (Meltzer, 1992), puedan evolucionar hacia formas más abstractas y ser insertados, asimilados, en el entramado simbólico del sujeto y constituir la identidad del self. Así el sujeto va construyendo una nueva subjetividad que le permite verse a sí mismo y al mundo con una nueva mirada. Hasta dónde un determinado dúo podrá llegar no se sabe a priori.

Pienso que Albert, al alcanzar la adolescencia, vivió la quiebra de su sistema de representaciones del self y entró en profunda angustia. Acosado por ansiedades de separación, confusionales, de despersonalización y disolución, recurrió a un sistema defensivo de cuño narcisista. En el episodio de su intercambio, lejos de la madre, se despersonaliza, siente no existir y busca afirmar su existencia «a hierro y fuego». Concretamente dibuja su piel con su nombre para, a través del dolor, demarcar su existencia.

Para sentirse existiendo, se refugió en un mundo oscuro y destructivo, probablemente dentro de un objeto cruel, un claustro rectal. El desamparo, la impotencia, la insignificancia y el miedo estaban escindidos y proyectados. Algunos de estos sentimientos, especialmente el miedo a la muerte y muchas veces el sentimiento de impotencia, se proyectaban en mí.

Poco a poco, los personajes creados en el campo analítico fueron metaforizados y pasaron a representar elementos de su pasado, de su presente, de sus síntomas, de sus fantasías, de sus temores, con una fuerza evocativa enorme. Por ejemplo, hubo momentos en los que yo podía decirle: «ahora quien está hablando es el talibán. El talibán entra en escena cuando te sientes con mucha rabia por no ser visto por las muchachas en la noche». El talibán había dejado de ser un elemento concreto y podía metaforizarlo.

La metáfora, a través de la desarticulación que provoca entre la palabra y su sentido original y la rearticulación a un nuevo significado (Searle, 1995; Menezes, 2013) creado por el dúo, es compartida por este, enriqueciendo la comprensión entre paciente y analista. Y lo que enriquece este tipo de creación conjunta del dúo analítico, como en un squiggle game, es que parece ser la expresión en palabras del tercer intersubjetivo, conceptualizado por Ogden (1996). Como en el día en que Albert, hace poco, después de una nueva y pasajera desorganización, me dijo en la sesión: «yo parecía un bebé desesperado buscando a alguien», sin que yo en ningún momento hubiera mencionado la imagen del bebé, que había construido mentalmente.

Entendemos también que este objeto violento y cruel, además de contener su propia destructividad, se vinculaba a personas de su familia bastante agresivas y descontroladas, siendo que se identificaba por proyección con ellas y se libraba de sus sentimientos de desamparo.

De este nuevo proceso de subjetivación emergió un nuevo sujeto, con una nueva identidad, capaz no solo de contener y transformar sus propias emociones, sino también de identificarse introyectivamente con cualidades de sus objetos externos. Por ejemplo, ahora, además de estudiar un curso universitario muy cercano a la actividad profesional de su padre, abrió una empresa con él. Seguro que a la nueva identidad emergente fueron asimiladas características parentales, pero también la función analítica misma, caracterizada por la continencia, la transformación simbólica (Bion, 1970) y, por lo tanto, una ampliación de la capacidad de soñar.

## BIBLIOGRAFÍA

- BARANGER, W., «Validez del concepto do objeto e la obra de Melanie Klein», en *Apontaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- , «Conclusiones y problemas acerca del objeto», en *Apontaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- , *Posição e objeto na obra de Melanie Klein*, Porto Alegre, Artes Médicas, 1981.
- BARROS, E. M. R., «An essay on dreaming psychical working out and working trough», *The International Journal of Psychoanalysis*, 2002, 83, 1083.
- , en AVRAZADEL, J. R., *Linguagem e construção do pensamento*, Ed. Casa do Psicólogo, São Paulo, 2006.
- , y BARROS, E., «Reflexões sobre as implicações clinicas do conceito de simbolismo na vida onírica e sua relação com a perlaboração», Apresentado no Encontro Sobre Meltzer promovido pela SBPSP, agosto de 2008.
- BION, W. (1957), «Diferenciação entre a personalidade psicótica e não-psicótica», en *Estudos psicanalíticos revisados*, Río de Janeiro, Imago Editora, 1988.
- , (1959) «Ataques ao elo de ligação», en *Estudos psicanalíticos revisados*, Río de Janeiro, Imago Editora, 1988.
- , (1962a) «Uma teoria sobre o processo de pensar», en *Estudos psicanalíticos revisados*, Río de Janeiro, Imago Editora, 1988.
- , (1962b), *Aprendiendo de la Experiencia*. Editorial Paidós, México, 1991.
- , (1963), «Elements of psycho-analysis», en *Seven servants*, Nueva York, Jason Aronson, 1977.
- BOLLAS, C., (1989), «L'objet transformationnel», en *RFP*, Vol. 53, núm. 4, París, PUF.
- BOLOGNINI, S. (200) «Um bar no deserto», *Rev. de Psicanálise da SPPA*, v. 12, núm. 3, págs. 515-526, diciembre de 2005.
- , (2005) «As feridas de Vilma», *Rev. de Psicanálise da SPPA*, v. 12, núm. 3, págs. 515-526, diciembre de 2005.
- CAHN, R. *O adolescente na psicanálise – a aventura da subjetivação*, Río de Janeiro, Companhia de Freud, 1999.

- CASTORIADIS-AULAGNIER, P., *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*, Buenos Aires: Amorrortu Editora, 2004.
- CASSORLA, M. S. R. (2010) «Função-alfa implícita do analista, trauma e enactment na análise de pacientes borderlines», *LAP*, 2010, XXIV, 61-78.
- , «Em busca da simbolização: sonhando objetos bizarros e objetos iniciais», *Rev. Brasileira de Psicanálise*, 2014, v. 48, núm. 1., págs. 141-153.
- FERRO, A. (1995), *A técnica na psicanálise infantil: a criança e o analista da relação ao campo emocional*, Rio de Janeiro, Imago Editora, 1997.
- , (1998). *Na sala de análise – emoções, relatos, transformações*, Rio de Janeiro, Imago Editora.
- , (2011). *Viver as emoções, evitar as emoções*. Porto Alegre: Artmed.
- FREUD, S. (1895), «Projeto para uma psicologia científica», em E. S. B. das Obras Psicológicas Completas de S. Freud, v. 1. Rio de Janeiro, Imago Editora, 1972, págs. 381-511.
- , (1900), «A interpretação de sonhos», em E.S.B. das Obras Psicológicas Completas de S. Freud. v. IV. Rio de Janeiro: Imago Editora, 1972, págs. 131-143.
- , (1905) «Três ensaios sobre a teoria da sexualidade», em E.S.B. das Obras Psicológicas Completas de S. Freud. v. VII, Rio de Janeiro, Imago Editora, 1972, págs. 129-238.
- , (1911) «Formulações sobre os dois princípios do funcionamento mental», em E.S. B. das Obras Psicológicas Completas de S. Freud, V. XII, Rio de Janeiro, Imago Editora, 1972, págs. 277-290.
- GREEN, A. (1972) «O analista, a simbolização e a ausência no contexto analítico», em *Sobre a loucura pessoal*, Rio de Janeiro, Imago Editora, 1988, págs. 36-65.
- , (1990) «Teoria das representações (coisas e palavras)», em *Conferências brasileiras de psicanálise de André G. metapsicologia dos limites*, Rio de Janeiro, Imago Editora, págs. 33-62.
- HEIMANN, P. (1943) «Certas funções da introjeção e da projeção no início da infância», em KLEIN, M. et al., *Os progressos da psicanálise*, Rio de Janeiro, Zahar, 1978.
- ISAACS, S. (1943), «A Natureza e a Função da Fantasia», em KLEIN, M. et al., *Os Progressos da Psicanálise*, Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1978.
- KLEIN, M. (1930), «A Importância da Formação de Símbolos no Desenvolvimento do Ego», em *Contribuições à Psicanálise*, São Paulo, Editora Mestre Jou, 1981.
- , (1932), *Primeiros Estádios do Conflito Edípico e a Formação do Superego*, em

- Psicanálise da Criança, São Paulo, Editora Mestre Jou, 1975.
- , (1955) Sobre a identificação, em *Temas de Psicanálise Aplicada*, Zahar Editores, Rio de Janeiro, 1969.
- LEVY, R., «Refúgios narcisistas na adolescência: da busca de proteção ao risco de destruição – Dilemas na contratransferência», *Revista Brasileira de Psicanálise*, Vol. XXX (1), 1996. págs. 223-240.
- , *Do símbolo à simbolização: uma revisão da evolução teórica e suas repercussões sobre a técnica psicanalítica*, Porto Alegre, Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre, Monografia, 2001.
- , «Dando “pensabilidade” ao impensável: criando “andaimes” ao pensar em adolescentes com transtornos severos», *Revista Brasileira de Psicanálise*, 2012 V. 46, núm. 3, pág. 78-89.
- , (2015) «A polifonia da psicanálise contemporânea: as múltiplas linguagens do homem», em *Diálogos psicanalíticos contemporâneos — O representável e o irrepresentável* em André Green e Thomas Ogden, TALYA CANDI (Organizadora), coleção dirigida por ALBERTO M. DA ROCHA BARROS e ELIAS MALLET DA ROCHA BARROS, São Paulo, Escuta, 2015.
- LOUPPE, A., «Automutilations transitoires a l’adolescence», *Revue Française de Psychanalyse*. Tomo XLV, págs. 463-475, 2001.
- MENEZES, L. C., «A linguagem e a potência da metáfora no trabalho de interpretação e de construção na análise», *Revista Brasileira de Psicanálise*, 2013, Vol. 47, núm. 2, págs. 49-54.
- OGDEN, T. O. (1996), *Os Sujeitos da psicanálise*, São Paulo, Casa do Psicólogo, 2003.
- , «Reading Susan Isaacs – toward a radically revised theory of thinking», em *Creative readings: Essays on seminal analytic works*, Londres, Routledge, 2012a.
- OGDEN, T. H., «Sobre três formas de pensar: o pensamento mágico, o pensamento onírico e o pensamento transformativo», *RBP*, 2012b, V. 46, págs. 193-214.
- MELTZER, D., «The relation of anal masturbation to projective identification», *International Journal of Psycho-Analysis*, 1966, 47, págs. 335-42.
- , (1973), *Os Estados Sexuais da Mente*, Rio de Janeiro, Imago Editora, 1979.
- , «Seminários de Novara», *Quaderni di Psicoterapia Infantile*, Roma, Bokla, 1978.
- , «Símbolo, signo, epítome e quintaessência», em *Vida onírica*, Madrid, Tecnipublicaciones, 1984.
- , (1988) *A Apreensão do Belo*, Rio de Janeiro, Imago Editora, 1995.

- , *Metapsicologia Ampliada - Aplicaciones Clínicas de las Ideas de Bion*, Buenos Aires, Spatia Editorial, 1990b.
- , *The Claustrophobic Phenomena. An investigation of Claustrophobic Phenomena*, Perthshire, The Clunie Press, 1992.
- OGDEN, T. H., «Reading Susan Isaacs – Toward a Radically Revised Theory of Thinking», en *Creative Readings: Essays on Seminal Analytic Works*, Londres, Routledge, 2012.
- , «Sobre três formas de pensar: o pensamento mágico, o pensamento onírico e o pensamento transformativo», RBP, 2012b. V. 46, págs. 193-214.
- RICHARD, F., *Le processus de subjectivation a l'adolescence*, París, Ed. Dunod, 2001.
- STEINER, J., *Psychic Retreats - Pathological Organizations in Psychotic, Neurotic and Borderline Patients*, Londres, Routledge, 1993.
- WINNICOTT, D. W. (1951), «Objetos transicionais e fenômenos transicionais», en *O Brincar e a Realidade*, Río de Janeiro, Imago Editora, 1975.

# EL PODER DE LAS IDENTIFICACIONES Y DE LA DESIDENTIFICACIÓN EN EL CAMPO ANALÍTICO

LUIS KANCYPER

En psicoanálisis, y no solo en psicoanálisis, la experiencia es la fuente de todo saber pero es incapaz de fundamentar ningún saber. Esta es la razón por la cual Freud construyó una metapsicología y por la cual quienes vinimos después recurrimos a ella. Metapsicología: conceptos fundamentales del psicoanálisis, en el sentido que decimos los fundamentos para referirnos a los cimientos de una casa, lo que hace que se sostenga en pie con firmeza. El resto de los conceptos no son más que los andamios; cuando el edificio está terminado, se quitan, pues solo son una molestia que impide el libre acceso al interior.

En medicina, muchos deploran hoy la ausencia de los grandes médicos clínicos. Aquellos que palpaban el cuerpo, escuchaban a sus pacientes y no se contentaban con someterlos a una serie de exámenes y análisis de laboratorio.

El nacimiento de la clínica es el título de uno de los primeros libros de Michel Foucault. ¿Tendremos que hablar ahora de la «muerte de la clínica»?

¿Qué hace un psicoanalista? Palpa la psique, el cuerpo sufriente, el cuerpo inquieto, desgarrado, a veces fragmentado de la psique. La psique es un órgano.

J. P. PONTALIS, PALPAR

La metapsicología, término creado por Freud para designar la psicología por él fundada, considerada en su dimensión más teórica, representa el ámbito de reflexión más fecundo para repensar los problemas clínicos.

Bebe de dos fuentes principales: la profundización de los fundamentos teóricos y la práctica clínica. En estos tiempos regidos por la velocidad, la inmediatez, la tecnología y el desencanto debemos preguntarnos acerca de la eficacia de nuestros modelos teóricos y replantearnos si la metapsicología vigente da cuenta de la incidencia de los determinantes sociales y de los recambios de los ideales en las nuevas formas de mutación de la subjetividad.

¿Cómo reconceptualizar y retrabajar las nuevas manifestaciones de la clínica y los nuevos acontecimientos en el interior del corpus de la teoría? La metapsicología, aquella «sabia bruja», requiere recrearse permanentemente, dado que, en efecto, es fundamentalmente posescritura (Nacherzählung) de algo que se ha observado en la escucha clínica. La metapsicología y la clínica son fundamentales, a la vez que son diferentes y complementarias, puesto que la experiencia clínica sin la metapsicología anda a tientas, y la metapsicología sin la clínica es hueca.

En el caso clínico que presentaré a continuación me adentré por los laberintos de la

psique de Agustín para palpar sus angustias, síntomas e inhibiciones, intentando escucharlas desde el poder que ejercen las identificaciones y el intrincado trabajo de elaboración de la desidentificación de las identificaciones primarias y secundarias, normales y patológicas, desde un doble ángulo que pone en evidencia las dos dimensiones que ineluctablemente habitan a la vez en el alma humana: la intrapsíquica y la intersubjetiva, señalando sus respectivas diferencias, tensiones, articulaciones y superposiciones.

El discurso de este paciente me asombró enormemente y despertó en mí la necesidad de generar nuevos términos clínicos y metapsicológicos que, como andamios conceptuales, me permitieran fundamentar la dirección de la cura.

A partir de la palpación de lo inédito e insólito que irrumpió en mi experiencia clínica en el proceso analítico de Agustín se generaron los siguientes temas:

- a) «Amistad de transferencia» para diferenciarla del amor de transferencia y de las otras transferencias, edípica, narcisista y fraterna, que se presentifican durante un proceso analítico.
- b) La fantasía inconsciente básica en el campo intersubjetivo y pigmaliónico de la pareja.
- c) Las autoimágenes narcisistas intrapsíquicas: sus manifestaciones y transformaciones.

## 1. IDENTIFICACIÓN-DESIDENTIFICACIÓN

Dicen Baranger, Goldstein y Goldstein respecto de las identificaciones:

Al principio las identificaciones no tienen historia. Observamos sus resultados en nosotros mismos como rasgos de carácter, como conductas o situaciones repetidas que van moldeando nuestro destino. Esta «mudez» de las fuentes de la identificación se asemeja a las situaciones traumáticas, y el analizante cuando toma conciencia de las mismas durante el proceso psicoanalítico se percata no solo del sufrimiento que éstas le provocan, sino también de qué parte de ese sufrimiento proviene del poder actuante de las identificaciones (1989: 902).

De ello surgen varios interrogantes:

— ¿Cómo diferenciar y palpar las identificaciones primarias, que se caracterizan por ser «directas, inmediatas y más tempranas que cualquier investidura de objeto» (Freud, 1923: 33), de aquellas otras que se originan como una solución tendente a superar situaciones traumáticas?

— ¿Cómo resituar históricamente las identificaciones en el tiempo y en el espacio de los traumas que habrían operado como origen y fuente inconsciente en la conformación y el mantenimiento atemporal de las mismas?

— ¿Cómo integrarlas, finalmente, al sujeto, para que las identificaciones no permanezcan desmentidas y escindidas fuera de la circulación psíquica, impidiendo así que evolucionen y que se reestructuren?

Las marcas identificatorias no desaparecen, y la activación o desactivación de sus efectos estructurantes, alienantes y patógenos varía según sean compensadas, contrarrestadas o suplementadas con los aportes provenientes de otras identificaciones, configurando entre todas un producto inédito: un conjunto modificado de identificaciones combinadas y heteróclitas que a la vez resulta ser un agente autoproducido de nuevos efectos.

La posibilidad de historizar el reordenamiento de las identificaciones modificadas por la creación del nuevo conjunto identificatorio otorga al sujeto una oportunidad imperdible para que, en lugar de permanecer en una posición plañidera, como una pasiva e injusta víctima de un destino inexorable y clausurado al cambio psíquico, pueda él mismo, través del intrincado y minucioso trabajo elaborativo del proceso de la desidentificación, continuar escribiendo nuevas páginas de su propia historia en reestructuración interminable.

## 2. AGUSTÍN

«¡Qué complicados son los cambios psíquicos! Caminan con pasitos titubeantes de bebé.» Estas palabras fueron formuladas por Agustín, de 43 años, que había consultado por padecer intensas angustias que se manifestaban a través de un estado depresivo desencadenado, en lo manifiesto, por una atormentada relación de pareja y por presentar, además, constantes dificultades laborales que no lograba resolver.

Agustín inició el tratamiento hace cinco años a razón de tres sesiones semanales. Me había investido desde el principio en el lugar de sus padres, ante cuyas expectativas no sentía estar «a la altura», situación que, inconscientemente, había transferido sobre su mujer, Paula, de 40 años, madre de sus tres hijas.

Por momentos yo ocupaba —identificación primaria mediante— el lugar de un padre cruel y quejoso, en otros, el de una madre insatisfecha y controladora.

El «estar a la altura de» operaba en el analizante como un ideal tan desmesurado e imposible de ser satisfecho que lo retenía en un compulsivo tejido de comparaciones patogénicas intrasubjetivas e intersubjetivas.

Sin embargo, en el transcurso del segundo año de su proceso analítico comenzó a instalarse de un modo gradual y progresivo una transferencia opuesta a la edípica, fraterna y narcisista, signada por un clima afectivo distendido y confortable. Lentamente, las figuras edípicas fueron reemplazadas por otras figuras, los amigos, con quienes mantenía desde su infancia y hasta el presente relaciones cordiales y leales. Agustín manifestaba con dolor la escisión de sus dos funcionamientos psíquicos: con sus amistades compartía un mundo placentero, y otro mundo atormentador había padecido antes con sus padres y ahora con su esposa, ante quien se posicionaba como un objeto devaluado al situarla como un sujeto autoritario calificador/descalificador que lo exponía a ser puesto a prueba permanentemente. Así, sentía que ante su mujer tenía la obligación de revalidar sus títulos como hombre, bajo la amenaza de la angustia de abandono. En cambio, con sus amigos, recuperaba su forma humana.

A continuación transcribiré cuatro fragmentos de sesiones de Agustín, en los que se pone de manifiesto cómo se reactivaban los poderes de las identificaciones inconscientes en sus diferentes vínculos en las transferencias edípicas y de amistad.

## *2.1. Recuperar la forma*

P.: Yo tengo dos mundos: uno con mis padres y otro con mis amigos. En uno me siento juzgado y en el otro no. Admito que siempre tuve problemas con la jerarquía. Recuerdo que en el colegio, cuando me tocaba un profesor bueno, era el mejor de todos. Cuando me tocaba uno duro, me costaba más estudiar, pero me preocupaba mucho hasta llegar a ser también el mejor.

Yo siempre me exigí un montón, y no podía perdonarme si no estaba «a la altura de». Creo que el perdón alivia. Cuando uno perdona se pierde el vapor de la olla de presión y la presión se libera. Pero a mí siempre me ha costado pedir perdón. Creo que fue por orgullo, porque sería reconocer que me equivoqué en algo, y entonces eso significa para mí que no estoy «a la altura de» ser el mejor. Sería para mí como una especie de caída de mí mismo como Dios, porque perdonarse sería reconocerse a uno mismo que no es un ideal ni un ser divino. El tema es que no me perdono a mí mismo. Tampoco acepto mis debilidades y ser un cobarde en muchas cosas.

Si me perdonara, no me diría: «sos un boludo», y no empezaría a buscar el porqué. En cambio yo me ofendo con mucha facilidad. Me pongo tenso y termino culpando a los otros. Creo que esta exigencia mía tiene que ver con las palabras punzantes y con la mirada de odio de mi madre, que me taladraba la cabeza. Yo sigo cayendo frente a las cataratas de sus quejas y de sus reproches. Cuando le digo que caigo es que de pronto ella es tan severa e insistente que de pronto me siento aturdido y asustado. Me deja licuado.

A.: Si lo deja licuado, pierde en ese momento su propia consistencia y, por ende, su forma.

P.: Sí, no hay duda. ¿Será por eso que antes de verla ya me pongo tenso y a la defensiva? En cambio cuando veo a mis amigos me distiendo con ellos. Con ellos recupero mi forma.

## *2.2. El test permanente*

P.: Las cosas con un amigo son como un libro abierto. No hay que aparentar ni ocultar. Con un amigo no hay necesidad de ser otro y uno no tiene que estar «a la altura de». No hay miedo a decepcionar. A mí no me interesa saber cómo mis amigos

me ven. Cada uno tiene su vida y su historia.

Yo siento que el amigo está allí para ayudarme en momentos difíciles. Y es lo que precisamente me falta con mi mujer y con mis padres.

Con mi mujer borro algunos de mis aspectos. Soy menos espontáneo. Siento que ella es para mí como un test permanente. Para mí estar con ella es una prueba y siento que tengo que estar «a la altura de» sus expectativas todos los días. Ella es exigente consigo misma y con todo el mundo. No se puede permitir debilidades. Con un amigo, en cambio, las debilidades de uno hasta pueden ser tomadas con humor y otras, incluso, lo reivindicaban a uno. Con los amigos no hay expectativas impuestas. Nadie ejerce presión sobre el otro. Un amigo no presiona, comparte, acompaña. Con ellos es pasar un buen rato, los temas aparecen solos y la manera de tratar los temas es divertida y agradable. Estar con ellos es mirar las cosas con sentido del humor.

En otra sesión comenta:

P.: El amigo es para sacarme la presión del crítico interno mío. El amigo desdramatiza, te da un baño de realidad, pero con humor. Pero mi mujer es posesiva. Solo quiere que me ocupe de sus problemas y trata de aislarme de ellos. Cuando estoy con mis amigos y no con ella me siento culpable. Siempre está comparándose con modelos exagerados. Ella no dice: «me gusta comer frutillas», dice: «adoro», «extraordinario», «brillante». Y yo, si quiero que me quiera, también tengo que ser extraordinario, brillante y fantástico. Con ella vivo en un examen permanente, con mis amigos no. Con mis amigos me pasa justo al revés. Con ellos tengo valores compartidos, sentido del humor y si las cosas no salen tan bien, no importa. Con ellos lo bueno es ser humano y con mi mujer con ser humano no alcanza, nunca le alcanza lo que soy. Tengo que ser un superman.

### *2.3. Revalidar los títulos*

P.: Para mí estar con un amigo es un lugar distendido, donde no hay prejuicios ni presiones. Recuerdo que en mi adolescencia tenía la sensación de que mi madre metía una suerte de control que me era agobiante. Tenía la sensación de estar metido en una prisión dorada.

Adentro había de todo y demasiado. Recuerdo que yo me «colgaba», me «tildaba», cuando me empezaba a hablar mal de mi padre. Me desconectaba de ella pero quedaba tenso por dentro, sin forma propia. Y así me alejaba de lo que me decía. Por

fuera parecía conectado, pero yo no escuchaba. Estaba frío y distante. No la confrontaba. Le tenía miedo y me volvía a colgar. Porque, en vez de mandar hacia fuera la corriente de 220, me desconectaba de ella porque temía que me vuelvan 580 voltios con su mirada de odio y con sus palabras de amenaza.

La otra manera que yo tenía para evitarla era estudiar mucho y ser muy agradable. Cuando no le respondía me anestesiaba un poco porque tenía miedo de explotar. Me siento un cobarde porque jamás la he enfrentado.

En vez de explotar me implosiono y me enfermo con frecuencia. Ante ella me siento incapaz y juzgado. Y con mi mujer me pasa casi lo mismo. También con ella siento que tengo que revalidar los títulos.

Ya estoy harto de estar en esta misma situación.

Parece que me paso la vida pegado de un imán a otro imán con las mismas características.

En estos fragmentos de sesiones se pone de manifiesto que entre Agustín y los amigos existe lo que Goethe llama *Wahlverwandschaft*, una afinidad electiva recíproca en la que convergen una multitud de factores, un conjunto complementario de afectos y representaciones: compasión no posesiva, ternura, admiración, alegría, humor, generosidad, confianza, tolerancia, lealtad, bonhomía y respeto por la alteridad, sin descartar la ambivalencia afectiva amor/odio y los juegos de poder que inevitablemente se presentan en todo vínculo humano. Dice el poeta Arturo Serrano Plaja: «Por amistad quiero decir descanso, acogedor albergue, hospedería, burladero interino de la lucha».

El burladero es una valla que se pone delante de las barreras de las plazas y corrales de toros, separada de ellas lo suficiente para que pueda refugiarse el lidiador burlando al toro que lo persigue. La amistad opera en ese mismo sentido, como un refugio y un descanso que preservan al sujeto de las embestidas originadas en las realidades psíquica y externa, y representa, además, un potente antídoto contra el surgimiento del fanatismo.

Resulta elocuente en los fragmentos de sesiones anteriormente presentados el influjo ejercido por las diferentes identificaciones en la escisión entre el funcionamiento psíquico que Agustín mantenía en sus relaciones con los amigos, y aquel otro tan opuesto que desplegaba con su mujer y padres, en los que se resignificaban de un modo compulsivo sus puntos de fijación inconscientes.

Si bien estas situaciones traumáticas endogámicas se reeditaban en la transferencia, el paciente me investía e identificaba con evidente preeminencia en el lugar del

amigo, configurando una situación analítica singular que denominé amistad de transferencia.

### 3. AMISTAD DE TRANSFERENCIA

Recordemos que para Freud:

el principal recurso para domeñar la compulsión de repetición del paciente y transformarla en un motivo para el recordar reside en el manejo de la transferencia. Volvemos a esa compulsión inocua y, más aún, aprovechable, si le concedemos su derecho a ser tolerada en cierto ámbito: le abrimos la transferencia como la palestra donde tiene permitido desplegarse con una libertad casi total y donde se le ordena que escenifique para nosotros todo pulsionar patógeno que permanezca escondido en la vida anímica del analizado.

De las reacciones de repetición que se muestran en la transferencia los caminos consabidos llevan luego al despertar de los recuerdos, que, vencidas las resistencias, sobrevienen con facilidad (1914: 156).

Agustín entra alegre al consultorio y, antes de recostarse en el diván, me sorprende con una pregunta insólita: «Doctor, ¿qué edad tiene usted?», y, sin esperar mi respuesta, se dirige inmediatamente al diván y mientras se acomoda dice:

P.: Siempre me costó atreverme. Yo pienso que la mirada del otro me va a rebajar. Hoy cuando entré, lo miré y me salió espontáneamente preguntarle acerca de su edad. En otra ocasión le hubiera preguntado con más vueltas para no lastimarlo, para que no piense que la mía es una pregunta indiscreta. Antes yo buscaba justificación a mis preguntas. Siempre antes de venir a la sesión tenía la angustia de si usted me iría a sorprender con algo no previsto.

A.: Su angustia ante lo imprevisto conmigo ¿tiene alguna relación con el tema de la vergüenza, que surgió al final de la sesión anterior?

P.: Sí, yo siempre fui y sigo siendo vergonzoso y tímido. Yo era muy sensible a las burlas en el colegio. Generalmente no me burlaban, estaba muy bien con mis amigos, pero cuando tuve diez años y me mandaron a estudiar solo a Inglaterra fue mi momento más difícil. Éramos pocos los alumnos franceses y los ingleses nos burlaban diciéndonos que éramos frogs, ranas, porque los franceses comen ranas. Yo sentía que estaba solo sin poder defenderme. No tenía idioma suficiente y se burlaban de mí.

Tengo suerte de no haber tenido ningún daño físico importante, porque no sé si lo hubiera soportado bien.

Y la verdad me sorprende este tema porque a la vergüenza la tenía siempre escondida en mí y no sé muy bien de dónde proviene. No sé cuál es el mecanismo de la vergüenza. Probablemente la imagen que tiene uno mismo de sí, yo creo que la vergüenza en mí tiene que ver con que yo he sido el elegido de mi madre. Y después mi vergüenza desencadena en mí la timidez con las chicas porque con los amigos no sentía tanta vergüenza. Creo que la vergüenza en mí tiene que ver también con el tema de los miedos. El miedo en mí toma gran parte de mis energías y parte de mi energía está puesta allí por haber sido injustamente el preferido de mi madre.

A.: ¿Por qué dice «injustamente»?

P.: Yo digo injustamente porque el preferido tendría que haber sido mi padre para ella, pero no fue así. Me acuerdo de que cuando alguien me decía que yo era el preferido de ella me ponía colorado, me daba vergüenza.

A.: Vergüenza para que no se desvele el secreto y el pacto que se había establecido entre su madre y usted.

P.: Si bien todo hijo aspira a eso de ser el preferido de la madre, a mí me afectó muchísimo todo eso y me daba vergüenza con mi padre, con mi hermano y con la vida en general. Creo que por eso yo tenía un ideal en todo, y pensé que todas las cosas me iban a resultar favorablemente, que todas las cosas me vendrían así fácilmente y por eso sufría tanto cuando no me venían las cosas como yo pretendía. Yo creo que ese también es el drama de mi hija mayor por miedo a desilusionar a la madre. Por eso siempre tuve miedo a decir «no».

A.: ¿Cuál era entonces el peligro si decía «no»?

P.: Porque la gente puede llegar a decepcionarse de mí. El no es la ruptura de una suerte de lazo de seducción o de la ruptura de un ideal. La peor vergüenza para mí era la de hacia adentro. La de hacia afuera con los demás la tapaba bien.

A.: Entonces, volviendo al comienzo de la sesión, ¿por qué usted quiere saber ahora qué edad tengo yo?

P.: No sé, le pregunté porque de alguna manera cada vez me siento más cercano, más abierto con usted. Algo parecido a lo que yo soy con los amigos.

A.: Bien, entonces dígame qué edad usted considera que yo tengo.

P.: Yo creo que usted tiene entre 45 y 48 años.

Su respuesta me dejó notablemente perplejo, y, luego de una breve pausa, le pregunto: «¿Y usted qué edad tiene?»

P.: Yo cumplí 43 hace poco. A mí no me hubiera gustado analizarme con una persona mayor.

A.: ¿Una persona mayor de qué edad?

P.: Y... de 60 para arriba.

A.: ¿Por qué?

P.: No sé, creo que porque de alguna manera es como ponerme en alguna situación de inferioridad y de incomodidad con una persona mayor para hablar de mis temas.

A.: Entonces no va a poder continuar analizándose más conmigo. Tendríamos que interrumpir.

Se sobresalta y me pregunta con un tono asustado y a la vez imperativo: «¿por qué usted me dice eso?»

A.: Porque yo tengo más de 60 años.

P.: No, no puede ser.

Y estallamos los dos en una risa estridente. Gira su cabeza para mirarme y su cara se enciende de vergüenza hasta el cuello. Deja de mirarme, se tapa la cara con ambas manos y reflexiona con asombro: «La verdad, me sorprendió muchísimo que usted me hubiera contado una intimidad, pero, además [vuelve a reírse], me doy cuenta de que soy bastante malo para adivinar las edades. Me impresiona la diferencia entre su edad real y la que yo me imaginaba».

Se hace visera con una mano como para proteger los ojos de una luz demasiado fuerte.

A.: Parece que usted me adjudica una edad más horizontal, yo 46 o 48 y usted 43, como si fuéramos dos amigos de una misma generación... [me interrumpe].

P.: Pero a mi papá no me atrevo a hacerle preguntas íntimas. Cuando le hago algunas preguntas son muy superficiales y él tampoco me las contesta con claridad. Mi padre tiene toda una mística con la historia familiar. No se le puede preguntar. Con él no se puede hablar ni de sexo ni de sus antepasados. Nunca me habló de cuando era joven o chico, como si no hubiese tenido infancia. Él hizo como un borrón de su familia y su hermano es todo lo contrario de él. Mi tío busca la genealogía y yo empecé, hace poco, a buscar la genealogía de mi apellido por internet.

#### 4. SEXUALIDAD Y RELACIÓN DE DOMINIO EN EL CAMPO ANALÍTICO: LA AMISTAD DE TRANSFERENCIA

Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza.

FREUD, NUEVOS CAMINOS DE LA TERAPIA PSICOANALÍTICA (1918: 160)

Green (1996) sostiene que resulta notable comprobar cómo en la práctica clínica de los últimos años se asiste a la poca presencia de la pulsionalidad en los materiales clínicos, que suele ser reemplazada por un cambio de paradigma: el que prefiere tomar como referencia la teoría de las relaciones de objeto, minimizando y hasta ignorando las manifestaciones sensuales y tiernas de la pulsión sexual y de las relaciones de dominio que se presentifican inexorablemente en el seno del campo analítico con niños, adolescentes y adultos.

Dos razones explican este estado de cosas. Por un lado, las indicaciones de análisis se desplazaron hacia pacientes más regresivos que los neuróticos, es decir, hacia estructuras no neuróticas (casos límite, personalidades narcisistas, caracteres patológicos, depresiones, síndromes psicósomáticos, etc.), donde el papel etiopatogénico de la sexualidad se ha tornado menos evidente. En cambio, la implicación de desórdenes referible al yo es mucho más manifiesta y fue abundantemente estudiada. Por otro lado, la sexualidad es menos ostensible porque los analistas, de un modo más o menos inconsciente, se ocupan de desdibujar su papel. Vale decir que, aun cuando esté presente en el material, en los fantasmas, los sueños, o la transferencia, el analista minimiza y hasta ignora esas manifestaciones, teniéndolas por contingentes o defensivas (Green, 1996: 672-673).

En consecuencia, se crea un baluarte «distráido» de la sexualidad y del poder, que proviene de la colusión de las resistencias del analizante y de las contrarresistencias del analista, como si se hubieran puesto de acuerdo entre sí para no ver lo que pasa con el carácter potencialmente traumático de la sexualidad humana y de las relaciones de dominio en la dinámica transferencial-contratransferencial.

Las categorías que usamos habitualmente para diferenciar en la situación analítica las formas de transferencia (transferencia positiva, transferencia negativa y transferencia erótica), en realidad, son descriptivas y se basan en los matices del amor y del odio. La categorización que propongo, en cambio, se fundamenta en las estructuras involucradas con sus diferentes identificaciones, distinguiendo la transferencia y contratransferencia narcisista de la edípica, y a esta de la fraterna.

Dentro de esta última, diferencio además a la amistad de transferencia-contratransferencia.

La amistad de transferencia, como contrapunto a la noción de amor de transferencia (Freud, 1915), es una transferencia positiva sublimada que favorece la alianza terapéutica. Se manifiesta en la dinámica del campo analítico en el seno de una atmósfera (*Stimmung*) afectiva confortable, tierna, distendida e intensa a la vez.

Recordemos que Freud (1912) sostiene en «Sobre la dinámica de la transferencia» que:

es preciso decidirse a separar una transferencia «positiva» de una «negativa», la transferencia de sentimientos tiernos de la de sentimientos hostiles, y tratar por separado ambas variedades de transferencia sobre el médico. Y la positiva, a su vez, se descompone en la de sentimientos amistosos o tiernos que son susceptibles de consciencia y la de sus persecuciones en lo inconsciente. De estos últimos, el análisis demuestra que de manera regular se remontan a fuentes eróticas, de suerte que se nos impone esta intelección: todos nuestros vínculos de sentimiento, simpatía, amistad, confianza y similares que valorizamos en la vida se enlazan genéticamente con la sexualidad y se han desarrollado por debilitamiento de la meta sexual a partir de unos apetitos puramente sexuales, por más puros y no sensuales que se presenten ellos ante nuestra autopercepción consciente. En el origen solo tuvimos noticia de objetos sexuales y el psicoanálisis nos muestra que las personalidades de nuestra realidad objetiva meramente estimadas o admiradas pueden seguir siendo objetos sexuales para lo inconsciente en nosotros (págs. 102-103).

En efecto, en la amistad de transferencia tanto el analista como el analizante se sumergen —transferencia-contratransferencia positiva sublimada mediante— en una entrega franca y profunda, preservando, al mismo tiempo, la asimetría funcional del proceso analítico.

En cambio, el vínculo afectivo que comanda al amor de transferencia tiene la naturaleza de un enamoramiento compulsivo, tenso y desafiante, con aspectos plenamente sensuales y hostiles inconciliables con la tarea del análisis, que no vacila en llevarlo a un dilema sin salida.

En el amor de transferencia, el analizante reproduce de manera palpable como algo presente el vínculo inconsciente de su historia íntima en vez de recordarla.

El amor del paciente no se conforma con obedecer; se vuelve exigente, pide satisfacciones tiernas y sensuales; reclama exclusividades, desarrolla celos y muestra de manera cada vez más íntima su otra cara, la prontitud para la hostilidad y la venganza cuando no puede alcanzar sus propósitos. Al mismo tiempo, como todo enamoramiento, esfuerza hacia atrás los demás contenidos anímicos, extingue el interés por la cura y por el restablecimiento; en suma: no podemos dudar de que se ha reemplazado a la neurosis y nuestro trabajo ha tenido por resultado suplantarse una forma de enfermedad por otra (Freud, 1926: 211).

Mientras que, por lo general, el analizante ha vivenciado el arquetipo del amor de transferencia en su infancia en el vínculo con uno de sus progenitores, en la amistad de transferencia se pone de nuevo en escena (*aufführen*) una antigua pieza, correspondiente al vínculo exogámico con los amigos y compañeros de la infancia y

adolescencia en sus connotaciones tanto positivas como negativas, abriendo desde aquí el camino hacia la historización de los fundamentos infantiles y adolescentes de los procesos identificatorios en el analizante relacionados con los afectos y representaciones ligados a la temática de la amistad.

Brun (2004) subraya la pasión de las amistades en la infancia y sus efectos resignificados en las relaciones intersubjetivas a lo largo de toda la vida y en la persona del analista.

Estos vínculos anudados en la infancia dejan huellas duraderas. ¿Quién de nosotros deja desaparecer de su memoria al o a los personajes de estos primeros años de aprendizaje de la vida? Con el tiempo, uno se da cuenta de que guían ciertas elecciones posteriores y de que los modos en que se interrumpen se vuelven a encontrar en otras rupturas. La pérdida de los compañeros equivale a una pérdida psíquica que se reaparece en sueños posteriores y los juegos de poder en la amistad suelen desplazarse más adelante en sustitutos o en el psicoanalista (pág. 1082).

La búsqueda y necesidad de un amigo investidas sobre la figura del analista en la dinámica transferencial se fundan en el encuentro con un otro exogámico, con un «extranjero» confiable y complementario en una relación signada por la presencia de una entrega recíproca; el amigo asume el lugar identificatorio de un doble aliado que opera en flagrante oposición a la lógica trágica, pues esta se halla comandada por un doble ominoso que subyace en la dinámica de la lucha narcisista, fraterna y edípica, en la que el otro es investido e identificado como un enemigo o rival originando fratricidios, filicidios y parricidios relatados desde los albores de la historia de la humanidad.

El amigo, en consciente e inconsciente contraste con el hermano, con quien subyace una tensión suscitada por las rivalidades infantiles, no busca homogenizar al otro en la imagen propia, sino poder alojarlo con confianza en tanto extranjero. La presencia del amigo revela, en definitiva, la irreductibilidad de apoderamiento de la alteridad del otro y, parafraseando a Freud, podríamos aseverar que en la amistad se trata de poder triunfar allí donde el paranoico fracasa.

También podríamos señalar que, en la situación analítica, el analista investido e identificado con la figura del amigo se irá convirtiendo en las sucesivas fases del proceso analítico en una presencia confiable y leal, capaz de sobrevivir al ejercicio de destrucción imaginaria a la que la someten el amor-odio y la pulsión de dominio en la dinámica transferencial-contratransferencial del campo analítico.

Por todo ello considero importante no descuidar el valor heurístico de la instrumentación del concepto de la amistad de transferencia en el proceso analítico, que se caracteriza «por el trabajo activo que realiza el analizado cooperando con el

analista: un esfuerzo de sinceramiento hasta el límite de lo posible; de escuchar al analista y decirle tanto “sí” como “no”, dejarse regresar y progresar» (Baranger, Baranger, Mom, 1982: 545).

En efecto, la amistad de transferencia opera como un indicador clínico particular que se manifiesta cuando se genera una atmósfera de intimidad no intimidante en el campo dinámico entre analizante y analista y suscita, como consecuencia, hacer conscientes ciertos deseos reprimidos y escindidos que, por dolor, culpa o vergüenza, habían sido acallados secretamente, al infligirle al analizante una intolerable vejación psicológica.

La dinámica fluctuante de la amistad de transferencia suele marcar dentro de las diversas fases de un proceso analítico la apertura de un acceso: la aventura de inmersión en las raíces más íntimas de nuevos aspectos de la verdad histórica del sujeto. Se trata de un momento puntual, en el que el analizante puede hacer un esfuerzo de sinceridad para superar los múltiples secretos y mentiras con los cuales ha convivido para poder «arreglarse» con sus conflictos y los manifiesta en el presente de la situación analítica con coraje y franqueza: la parresía.

Foucault (2010) rastreó en la literatura y la filosofía grecorromanas una función, la «parresía», y una posición del sujeto, el «parresiastés», caracterizadas por «una relación específica con la verdad a través de la franqueza», cuyo efecto es la crítica y autocrítica, y cuyo costo es el riesgo individual. Este término está tomado del griego: *pan rhema*, y significa literalmente «decirlo todo»; por extensión, «hablar libremente», «hablar atrevidamente con franqueza», sin medir el peligro.<sup>1</sup>

La parresía (traducida en lenguas romances como «el hablar francamente» y al latín como la *libertas*) es exactamente la antiadulación, en el sentido de que alude a quien habla con apertura y con confianza a otro, de tal manera que a través de este pueda, a diferencia de lo que ocurre con la adulación, constituir una relación consigo mismo que sea autónoma, independiente, plena y satisfactoria.

El juego de la parrhesia se establece a partir de una suerte de pacto en el que intervienen simultáneamente dos corajes: «el coraje de la verdad en quien habla y asume el riesgo, pero es también el coraje del interlocutor que acepta recibir como cierta la verdad ofensiva. La práctica de la parresía se opone al arte de la retórica» (2004: 126).

Considero que la presencia de la amistad de transferencia y de sus diferentes oscilaciones revela el vencimiento de la presión del juego intrincado de las identificaciones y resistencias del analizante y de las contrarresistencias del analista,

que obstaculizan la progresión de la búsqueda libre, comprometida y valerosa del conocimiento del sí mismo en la dinámica del campo analítico y propicia un aumento en la empatía psicoanalítica (Bolognini, 2004).

Considero significativo destacar que, cuando la amistad de transferencia se manifiesta en el proceso analítico, el analista, por más que sea investido e identificado como un amigo confiable y franco, no responde en acto a las demandas de satisfacción de amistad del analizante, si bien existe el riesgo de que se difuminen las fronteras de su asimetría funcional como analista para diluirse en un plano de «compinche» o «compañero de ruta», socavando entonces el sentido y los fines del psicoanálisis.

Por ese motivo, resulta esencial no confundir a la amistad de transferencia con una transferencia amistosa idealizada y aduladora, en la que se escinde el peso ejercido por la sexualidad y su imbricación con las relaciones de dominio.

## 5. LA FANTASÍA INCONSCIENTE BÁSICA PIGMALIÓNICA EN LA PAREJA DE AGUSTÍN Y PAULA

Agustín y Paula se conocieron en la adolescencia, en el colegio al que asistían. Desde el comienzo se configuró entre ellos, de un modo inconsciente, un campo dinámico pigmaliónico en donde ella demandaba no solo ser «rescatada» de sus orígenes por Agustín, sino que aspiraba a subir a través de él varios peldaños en la escala social.

Pretendía sin ambages que Agustín la preservara de todo conflicto, llegando este al extremo de operar como su agente incondicional, que la vigila y la salva hasta de la invencible muerte.

Ambos suscribieron un compromiso identificatorio en el que Paula se posicionó como una ingenua y dócil Galatea, reclamando e imponiendo condiciones a Agustín; y este había tomado el lugar de un consignatario idealizado y poderoso y a la vez eximio escultor con la misión de cincelarle a ella una nueva vida, plena de riquezas y de placeres mundanos. Al final, Agustín permaneció como rehén de ese pigmaliónico compromiso reivindicatorio que no alcanzaba a materializar, estableciéndose entre ellos, como consecuencia de esa permanente frustración, una relación sadomasoquista de acreedores y deudores regida por una estructura subrepticia: una fantasía inconsciente básica signada por un vínculo de rescate, transformación y control omnipotente del objeto.

La fantasía inconsciente básica (Baranger, 1992) es un montaje fantasmático compartido, intersubjetivo original que se genera naturalmente en toda relación que se trama a lo largo de un tiempo prolongado, y en el que cada uno se identifica y asume un cierto papel estereotipado. Por ello, resulta necesario no desdibujar su elocuente poder e intentar desde el principio la detección de los efectos generados por la singularidad de esta fantasía del campo intersubjetivo que subtiende la dinámica del vínculo. Esta fantasía opera como un nuevo objeto de estudio que, como tercero analítico intersubjetivo (Ogden, 1994), es independiente de cada uno de los participantes. Además adquiere vida propia, subyace a la relación de la pareja, y contribuye en cada momento a estructurarla o a desestructurarla.

Michel de M'Uzan (1995) describe a esta fantasía de la intersubjetividad como si fuera una quimera psicológica, un nuevo organismo con sus propias modalidades de funcionamiento.

El término quimera hace alusión a que, pese a su apariencia de realidad, es

producto de la imaginación y se usa a menudo como paradigma de lo fantástico. En contextos técnicos, este término se emplea metafóricamente para describir cosas que tienen atributos combinados procedentes de fuentes diferentes.<sup>2</sup>

En la configuración de una pareja se suele formar de un modo autónomo a la razón de sus integrantes, para decirlo en palabras de M'Uzan, «una suerte de organismo nuevo, en cierto modo un monstruo, una quimera psicológica con sus propias modalidades de funcionamiento» (pág. 10). La quimera opera así como una estructura que desde lo inconsciente detenta un alto poder ominoso desplegando sus alas, se halla por encima de sus integrantes, a la vez que los engloba, y rige básicamente el destino de la pareja.

Pero la fantasía inconsciente básica del campo no se reduce solo al ejercicio de un poder regresivo, ominoso y omnipotente de una quimera, tal como la que describe M'Uzan, sino que también se presenta como una estructura portadora de otros aspectos prospectivos, estructura que suele movilizar un campo dinámico constructivo, propiciando entonces el despliegue de las capacidades creativas potenciales que subyacen de un modo latente a los integrantes que participan en la dinámica de ese campo intersubjetivo.

En efecto, aprehender durante el proceso analítico la historia del desarrollo de la fantasía inconsciente básica que estructura el campo pigmaliónico posibilita revelar nuevos aspectos de las diferentes identificaciones y contraidentificaciones en las dinámicas intersubjetiva e intrapsíquica del analizante. Los Baranger, en definitiva, en lugar de buscar factores externos, ponen el acento en la noción de estructura y su relación con una nueva figura de la intersubjetividad representada por la fantasía inconsciente básica.

Siembran una cantidad de interrogantes sobre la clínica, la teoría y la técnica y dejan abierta la siguiente pregunta, que nos invita a la reflexión, «¿De dónde recibe esta estructura el poder para producir efectos propios de movilización y transformaciones, más allá de las contribuciones particulares de los integrantes?» (Baranger, 2004: 521).

Intentaré orientar mi respuesta, a partir de este material clínico, aduciendo que su poder estaría condicionado por una multiplicidad de elementos imbricados en el montaje fantasmático compartido, entre los cuales separo tres: la satisfacción pulsional, el poder escindido de los mitos y la gravitación ejercida por las identificaciones que intervienen en la configuración y el mantenimiento de esta estructura intersubjetiva.

La dirección de la cura gira, en consecuencia, alrededor del *durcharbeiten*, de un trabajo de elaboración multifocal, relacionado con la complejidad de los efectos suscitados a partir de la dinámica conjunta de los dos centros en la situación analítica: lo intersubjetivo y lo intrapsíquico operando en interacción, tensión y organización recursivas.

A continuación presentaré una sesión de Agustín perteneciente a su cuarto año de análisis individual y luego desarrollaré una pormenorizada lectura clínica y metapsicológica de la misma. El material clínico de esta sesión me suministró la base para poder centrarme en el desvelamiento de la omnipotente fantasía básica pigmaliónica bipersonal de la pareja que había organizado subrepticamente de un modo atormentador y que regía los días y las noches de Agustín y de Paula a lo largo de 27 años.

## 6. SÍSIFO Y LA ROCA

P.: Yo estoy agotado de compensar los estados de ánimo de mi mujer. Yo creía que tenía que salvarla a ella de los otros. Ella siempre se sentía una víctima de la injusticia de todo. Pero eso es agotador y uno termina cansado. Es frustrante porque no hay ningún reconocimiento. No sirve de nada. Yo dediqué mi vida a aliviarle la vida a ella y claramente mi mujer sigue estando en un mismo escenario. Recita el argumento de siempre: que todo está mal y se queja permanentemente. Me parece que yo funcioné como su compensador para aliviarle su roca y esta vuelve a rodar y a caer. Me parezco a Sísifo que nunca termina de empujar una roca enorme cuesta arriba, pero con la diferencia de que esta roca es la de mi mujer, que se queja. Su queja y su permanente cara de culo son una roca, me pesan y esta roca hay que llevarla entre las montañas. Yo quiero dejar a la roca, ponerla en el valle e irme a disfrutar al mar. Quiero dejar las montañas atrás.

A.: ¿Qué son esas montañas?

P.: Son los problemas permanentes de mi mujer. Yo la conocí a los 16 años. A los 23 me casé y en abril cumpla 20 años de casado y recién hoy acepto que cada uno tiene su paisaje. Ella es un paisaje montañoso y el mío es una pradera que tiene lomas. Veo a mi pradera con pasto bien verde, casi como de película, porque es un pasto virgen que tiene una nueva vida para algo distinto.

A.: ¿Está dispuesto a dejar de ser el condenado Sísifo que en este caso levanta y empuja la roca de otro?

P.: Antes quería dejarlo y no sabía cómo, pero ahora me cansa a mí y a mis músculos. Yo siempre estuve en servicio y en la carrera militar llegué a ser teniente.

A.: Ya antes de conocer a su mujer funcionaba en su familia de origen como un pequeño gran teniente.

P.: Sí, de mi mamá. Ella siempre se quejaba de mi papá y de mi hermano. De mi papá, que no le daba tranquilidad económica, y de mi hermano, que era un vago y que no estudiaba. Yo estudié siempre mucho. Armé un curriculum vitae importante en varias universidades, pero era un currículum vacío. Adentro había polvo. Yo era un parecer, un disfraz.

A.: Parece que recién hoy puede admitir que cada persona posee un paisaje diferente, pero ¿usted intentaba transformar el paisaje de su mujer e imponerle el

suyo?

P.: Sí. Siempre lo intenté y, como no lo lograba, me ofendía, me resentía con ella. El resentimiento envenenó mi vida, no sirvió para nada. Solo me sirvió para generar el círculo vicioso de la venganza.

El rencor es como una infección. Duele, carcome, avanza y hace que toda la persona esté dedicada a él. No permite hacer otra cosa. Hasta hace no mucho tiempo, si el otro no cambiaba como necesitaba que fuera, cortaba con esa persona y me ofendía. Recién hoy puedo ver que el resultado de la suma de dos rencorosos ni llega a ser cero, es negativo. Nadie gana. ¡Cuánto tiempo se pierde en ese ser altanero! Cada uno tiene sus razones para ser como es. Yo también.

En esta sesión asistimos al comienzo del abandono de una creencia psíquica de Agustín imposible de materializar en la realidad efectiva, que a su vez generaba, por la reiterada frustración, un campo dinámico intersubjetivo patológico con Paula, signado por una atmósfera afectiva tensa e irrespirable: Agustín creía que estaba condenado a cumplir con una omnipotente misión autoimpuesta. Inconscientemente se había identificado con el heraldo indiscutido, nombrado para compensar, sanar y transformar la vida de los otros.

Sin embargo, no se contentaba solo con el propósito de rescatar a Paula y transformarla, sino que además se autoimponía el deber de resucitarla cuando ella caía en estados reiterados de depresión. En esta fantasía extrema de omnipotencia de salvar y resucitar al otro Agustín satisfacía para su sí mismo propio «toda una serie de emociones pulsionales: tiernas, de agradecimiento, concupiscentes, desafiantes, de autonomía» (Freud, 1910: 166) en la que confluían los influjos míticos de Narciso, Edipo, Sísifo y Pígameo a través de la puesta en acto del ejercicio de su propia pulsión de dominio (Bemächtigungstrieb).

Entre Agustín y su mujer, Paula, se había cristalizado «un montaje fantasmático compartido, que implicaba zonas importantes de la historia personal de ambos participantes y que atribuía a cada uno un rol imaginario estereotipado» (Baranger, Baranger, Mom, 1982: 529), generador de una fantasía inconsciente básica bipersonal pigmaliónica, en la que se entrelazaban las historias conscientes e inconscientes de ambos. Así, Paula-Galatea, envuelta en una soberbia imperial, clamaba resarcimientos para ser salvada y neoengendada con la finalidad de desmentir y a la vez transformar sus resentidos orígenes; y Agustín, a semejanza de Pígameo, se identificaba con el rol de un escultor épico que prometía cincelarla para ser finalmente neoengendada por él, satisfaciendo de este modo a su propio yo ideal

que, como un hacedor divino, contempla embelesado la realización innovadora de su obra.

## 7. NARCISO, PIGMALIÓN Y GALATEA

En trabajos anteriores (Kancyper, 1990, 2003, 2010) relacioné el mito de Narciso con el de Pigmalión y Galatea señalando sus diferencias y describiendo además los tres tiempos del pigmalionismo en las obras de Borges, Ibsen y Moliere.

En el caso clínico de Agustín observé que, a través del pigmalionismo, satisfacía en su relación de pareja no solamente sus pulsiones narcisistas y edípicas, sino también sus pulsiones de dominio y de muerte. Es en este sentido que describiré la dimensión sadomasoquista que subyace enmascarada tras los ropajes omnipotentes de Pigmalión-Agustín en sus vínculos con Paula-Galatea.

Recordemos que, en «Una dificultad del psicoanálisis», Freud señala que «al estado en que el yo retiene junto a sí a la libido lo llamamos narcisismo, en memoria de la leyenda griega del joven Narciso, que se enamoró de su propia imagen especular» (1917: 131). Podemos denominar pigmalionismo al estado en que la libido recae sobre el objeto para engendrarlo o transformarlo a partir de un modelo ideal, objeto que cautiva al mismo sujeto porque este permanece finalmente enamorado de su propia creación. Este nuevo acto psíquico le confiere al creador una satisfacción singular pues se enlaza con un goce narcisista extraordinariamente elevado, en la medida en que —a través del rodeo del producto concebido por el hacedor— demuestra al yo el cumplimiento de sus antiguos deseos de omnipotencia (Kancyper, 1982).

Pigmalión, a diferencia de Narciso que se satisface autoeróticamente, reconoce al otro en su alteridad pero luego la desmiente para configurar con este una relación narcisista intersubjetiva. Ambos participan de una connivencia inconsciente entre los sistemas narcisistas y edípicos en juego al servicio de alcanzar la materialización de la fantasía de un neoengendramiento.

Esta fantasía surge como un intento frustrado entre ambas partes para desmentir los orígenes y recuperar la perfección y omnipotencia perdidas de la infancia y de esta manera suturar los labios de las heridas narcisistas. La fantasía de neoengendramiento tiene por presupuesto y fundamento la construcción de una neotemporalidad, como una prueba de que ha desaparecido toda permanencia entre aquel que uno fue y que uno invistió y aquel en que uno se convierte. La relación vincular entre Pigmalión y Galatea oscila entre el amor narcisista y el amor objetal, no logrando sino a medias la

transformación del primero en el segundo, siendo finalmente un producto de transacción que se podría describir como narcisización del amor de objeto u objetalización del amor narcisista.

### *7.1. Los tres tiempos del pigmalionismo*

- a) Tiempo del hacedor: corresponde a la fase del engendramiento de un sujeto diseñado según la programación de los ideales de su hacedor. Sujeto que operará en un futuro como un simple objeto que oscilará entre lo animado e inanimado y que deberá responder exactamente a las proyecciones de las partes escindidas negativas y/o positivas de Pigmalión. En esta relación alienante-alienado, ambos permanecen expuestos a la fuerza destructiva que instrumenta su acción de muerte sobre los dos participantes; y además, para sostener este sistema de fascinación, el hacedor dictamina una serie de imposiciones, regidas por la pulsión de dominio, que componen el segundo tiempo del pigmalionismo.
- b) Tiempo del control omnipotente sobre el objeto engendrado: el hacedor ejerce una relación de dominio sobre el otro en la esfera del poder y del deber. «La finalidad de esta relación de dominio es siempre el deseo del otro, en la medida en que resulta fundamentalmente ajeno y por su propia naturaleza elude cualquier forma de ser capturado. Las organizaciones perversas y obsesivas representan dos modelos de este tipo. En la perversión el deseo del otro es capturado a través de la seducción; en la neurosis obsesiva el deseo se destruye en efecto por una operación de destrucción» (Dorey, 1986: 203).
- c) Tiempo del fracaso del pigmalionismo: se asiste al derrumbe del sistema pigmaliónico, que se sustenta sobre los cimientos de la idealización y de la omnipotencia. Por lo tanto, su aparición se halla condicionada a las vicisitudes del proceso de la desidealización del yo, del objeto y del vínculo objetal, y puede manifestarse bajo dos formas: como desidealización gradual y paroxística.

Agustín manifiesta en la sesión anteriormente transcrita una desidealización gradual de su sobrevalorada misión de rescate de Paula. Asistimos, entonces, al inicio del abandono del tercer tiempo del pigmalionismo.

A continuación de ello, experimento sorpresa cuando Agustín admite que además había asumido la misión de operar como el astuto Sísifo para conjurarla de la muerte.<sup>3</sup>

La versión construida por Agustín acerca de su mítico Sísifo solía resignificarse en el preciso momento en que miraba y a la vez vigilaba la expresión sufriente y

crispada de su mujer. Entonces se apoderaba inmediatamente de él la creencia psíquica de haber sido ungido para neutralizar, contrarrestar y encadenar, a semejanza de Sísifo, los indetenibles efectos tanáticos que recaían sobre la «roca» de Paula, que, a su vez, solían exteriorizarse como un estado de tensión desbordante y pletórico de quejas, reproches y litigios. Esta situación generaba entre ambos un campo dinámico patológico, en el que se perdía la demarcación de las fronteras de la soberanía intrapsíquica de cada uno de ellos, originándose una estructura ominosa que, como tercer elemento intersubjetivo, regía la dinámica de la relación.

En este montaje fantasmático compartido convergían dos historias: la antigua queja de Paula que, identificada con la historia de quejas y de reproches de su propia madre, se posicionaba como una víctima de un infausto origen y clamaba por ser rescatada, y la propia de Agustín que, por sus propios traumas acumulados e identificaciones no procesadas, se ubicaba en el lugar de un padre-hijo idealizado que reivindicaba, apacigua y tolera los sufrimientos de otro hasta el límite de lo intolerable, posición que el analizante denominó «aguantador profesional». Esta fantasía inconsciente solía resignificarse en el preciso momento en que se desencadenaban las angustias desorganizantes en Paula, cuyos efectos, signados por la desesperación y por el deseo de morirse, se expandían e inmiscuían en él.

En efecto, la inestabilidad psíquica de Paula reanimaba un estado angustioso infantil de desamparo y de muerte también en Agustín, ante la amenaza potencial de que llegara a ser el abandonado si la roca de la queja llegaba a aniquilar a su mujer. En consecuencia, Agustín podría llegar a estar expuesto al peligro de un renovado estado de vulnerabilidad, ya acontecido en su propia historia infantil de abandonos recurrentes y traumáticos por parte de su madre.

## 8. IMPLICACIONES TÉCNICAS

La creencia psíquica pigmaliónica de Agustín llevaba a un inexorable fracaso del segundo tiempo del control omnipotente del objeto. Ponía en evidencia la relación pigmaliónica entre los procesos inconscientes de la idealización del sí mismo propio y del objeto, y sus consecuencias en el resurgimiento interminable del resentimiento. Para que este se torne terminable, el sujeto requiere atravesar un pormenorizado trabajo de elaboración de la desidealización de las creencias psíquicas pigmaliónicas, sostenedoras de un sentimiento infantil de megalomanía, que no pueden ser abandonadas sin volverse antes conscientes. Por abandonadas no me refiero simplemente a aceptar el hecho de su pérdida, sino a aceptar todos los cambios necesarios operados en las creencias e identificaciones omnipotentes y de inmortalidad sobre la organización del mundo que surgen a partir de dicha pérdida, que se manifestaba durante el proceso analítico como un estado de depresión narcisista «que ocurre en el transcurso de un tratamiento y en el cual el paciente tiene un sentimiento de la pérdida de la parte más importante de sí mismo: su mundo delirante. Se siente desposeído no solamente de un objeto y de una potencia idealizados, sino de la parte más preciosa de su personalidad. Freud subrayaba que la actitud narcisista patológica está acompañada por una tendencia expansionista hacia la apropiación del espacio y de las cosas del mundo circundante» (Resnik, 1977).

Este aspecto de autoidealización narcisista en el tipo de relación de objeto mantiene un nexo íntimo con la fantasía de rescate de la mujer. Recordemos que, en «Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre» (1910), Freud describe varias condiciones exigidas del objeto de amor en el hombre, siendo una de ellas del tipo de rescatar a la amada. «El hombre está convencido de que ella lo necesita, de que sin él perdería todo apoyo moral y rápidamente se hundiría en un nivel lamentable. La rescata, pues, no abandonándola y... para mantener a la amada en la senda de la “virtud” mediante unos tratados que él mismo redacta» (pág. 162).

Más adelante señala que, en realidad, «el motivo del rescate tiene su significado y su historia propios, y es un retoño autónomo del complejo materno o, mejor dicho, parental» (pág. 165).

En efecto, mediante la fantasía del rescate, el niño se ubica imaginariamente en un lugar privilegiado entre los padres, desafiando así el poder del padre y de los

hermanos y triunfando además sobre ambos, «en tanto que casi siempre dirige a la madre su intencionalidad tierna» (pág. 166).

A partir de esta sesión, Agustín comenzó a «sacar la cabeza del campo patológico que había configurado con Paula y a respirar el placer de una identidad separada, irrepetible, mortal» (Ferro, 2004: 92), procesando un intrincado trabajo de duelo: la resignación gradual de su autoidealización narcisista, edípica y fraterna se manifestaba, por un lado, en el abandono de su avidez narcisista témporo-espacial y su sed de inmortalidad, y por otro lado, luego de recordar y aceptar su hostil rivalidad contra su padre y hermano, en la admisión de su propia participación en la connivencia con su madre en su infancia y adolescencia para consolarla y además llevarla sobre sus hombros con la convicción de rescatarla y sanarla de sus padecimientos.

Esta alianza identificatoria de fascinación mutua entre una madre sufridora y un hijo sanador de sus angustias operaba como un vínculo hipnótico que «contiene un suplemento de parálisis que proviene de la relación entre una persona de mayor poder y otra impotente, desamparada» (Freud, 1921: 109) y solía provocar en Agustín un estado emocional incontenible, similar a un estanque que a menudo se anega, alimentado por muchos arroyos y canales, cada uno con su propia fuente y con sus propios afluentes de culpas y vergüenzas: una situación infantil que probablemente haya comandado su elección inconsciente de la pareja.

## 9. DE LO INTERSUBJETIVO A LO INTRAPSÍQUICO

La creencia pigmaliónica de Agustín cumplía además una función defensiva, porque, al ejercer una presión compulsiva sobre Paula a través de la vigilancia permanente en la dimensión de la intersubjetividad, eludía la revisión intrapsíquica de los efectos reiterados provenientes de sus pulsiones, de sus identificaciones y de sus propios traumas, frustraciones y carencias.

En efecto, el analizante «desplazaba sobre lo inconsciente del otro la atención que sustraía de su inconsciente propio» (Freud, 1921: 22). Y, en la medida en que se hacían conscientes las angustias, vergüenzas, culpas y resentimientos de su mujer aumentados a escala gigantesca, lograba mantener inconscientes los embates de sus propios afectos hostiles, sofocados y escindidos, que lo atormentaban sin tregua.

Como Sísifo, Agustín se sentía condenado y ciego en una tarea torturante en la que se satisfacían inconscientemente sus propias pulsiones narcisistas, pigmaliónicas y, a la vez, sadomasoquistas. Narcisistas porque se posicionaba como el hacedor todopoderoso que, ante las instancias ideales de su sí mismo propio, da cumplimiento a la satisfacción de llegar a materializar en la realidad externa su afán de «Unicato, fantasía sempiterna del anhelo de ejercer un poder irrestricto sobre el otro y sobre el cosmos» (Kancyper, 2010). Pigmaliónicas y sadomasoquistas porque, enmascarado tras los ropajes épicos de un héroe imbatible, desmentía su servidumbre masocosádica ante la mujer, regida por sus angustias inconscientes de desamparo (Hilflosigkeit) y de castración que se sustraían al gobierno de su voluntad y de su razón.

Agustín en el final de la sesión que transcribí más arriba hizo un insight acerca de cuán vana era la esperanza de transformar a Paula y cuán vano el rencor consecuente cuando no lograba hacerlo. Asumía así, finalmente, las grietas en su control omnipotente del objeto y la derrota y el abandono de su epopeya pigmaliónica al enunciar que siempre intentó moldearla a su imagen y semejanza.

Finalmente, estimo que el pigmalionismo representa una de las exteriorizaciones más elocuentes de los aspectos tanáticos del narcisismo porque, al cancelar el entre en la dinámica de la intersubjetividad, ultraja en forma totalitaria el Selbstgefühl, el sentimiento de dignidad humana del propio sujeto y al mismo tiempo del otro. Así, en el pigmalionismo, la mudez de la pulsión de destrucción se torna audible en la

dinámica de la interubjetividad a través del sadismo y de la crueldad sobre Galatea ejercidos en el primer tiempo, y el masoquismo adolecido por el propio hacedor en el segundo tiempo.

En este sentido, el pigmalionismo se sitúa en las antípodas extremas de la amistad, dado que, en esta, al contrario del pigmalionismo, se produce un desasimiento de los objetos primarios y su transformación y pasaje hacia otros exogámicos con los cuales se origina una atmósfera afectiva diferente, menos regresiva, asfixiante y dependiente de aquella otra que se estructuró en el pasado con los objetos endogámicos, que suplementa, en algunos casos, y, en otros, complementa, funciones fallidas con los padres y hermanos.

«La experiencia de la amistad configura una alternativa porque incorpora una tercera dimensión en el vínculo con el otro. Esa terceridad que crea intersticios, el entre, implica reconocer y consentir las diferencias que se recortan de lo semejante, definiendo así el territorio de lo verdaderamente intersubjetivo» (Miguel, 2010: 102).

En este sentido estimo que la amistad es la exteriorización del triunfo de un combate pulsional: la victoria sonora de la solidaridad de Eros sobre el accionar mudo e indiferente de la pulsión de muerte y del narcisismo. El amigo en definitiva intenta rescatar al otro de un estado regresivo brumoso, que lo retiene en la repetición histórica de un ayer, acompaña al amigo en su soledad, destrabando inhibiciones y promoviendo a la vez la búsqueda y conquista de nuevos horizontes de invención.

## 10. LAS AUTOIMÁGENES NARCISISTAS

Todo hombre es discípulo de sus autoimágenes narcisistas.

L. K.

Las autoimágenes narcisistas son una representación figurativa que pone de relieve el sentimiento de sí, el sentimiento de la propia dignidad (Selbstgefühl) y, al ser inconscientes, son creadas independientemente de la voluntad y de la razón del sujeto.

Son imágenes clave porque nos permiten descifrar algunos de los procesos psíquicos que funcionan y se combinan entre sí y que comandan la vida anímica de los sujetos. Así, dada su elevada significatividad psíquica, se ubican en el ápice de las escenificaciones imaginarias que identifican a cada ser humano. Son, además, imágenes-detalle porque ponen de relieve el estilo del ser, su sustancialidad y su autovaloración.

Benjamin (2007) practicó la pasión por los detalles. Su originalidad se manifiesta en este trabajo de atrapar lo verdaderamente significativo en lo pequeño y trivial. Y el analista, en este mismo sentido, se posiciona como un cazador atento para capturar lo fugitivo de las autoimágenes narcisistas, aparentemente banales, pero que condensan una generosidad representativa que revela, en su microscopía de lo obvio, lo que singulariza a todo sujeto.

Estas imágenes-ápice narcisistas son como un aura que irradia luminosidad a su alrededor. Se hallan dotadas de la capacidad de mirar y de mirarse. Al respecto señala Benjamin: «Quien es mirado o se cree mirado levanta los ojos. Advertir el aura de las cosas es dotarlas de la capacidad de mirar». Así, al advertir el aura de las autoimágenes narcisistas, se echa luz sobre aquello que subyace en la tenebrosidad de lo inconsciente y que ejerce sus influjos estructurantes y a la vez desestructurantes en la psicología individual y social.

El sujeto, al contemplar la riqueza que se atesora en la pequeñez del detalle de las autoimágenes narcisistas, se hace pequeño y grande a la vez al descubrir un silencioso universo que contiene y expresa el mundo interior. En este sentido, las autoimágenes narcisistas se transforman en una caja de sorpresas apenas se las registra, y nombran una pluralidad de contenidos psíquicos inconscientes que organizan libretos de realización de deseos: identificaciones, traumas, fantasías, creencias psíquicas y

afectos reprimidos y escindidos.

En efecto, la posibilidad de desmontar pieza por pieza los elementos ocultos y latentes que han intervenido y que aún participan en la configuración de las autoimágenes narcisistas da acceso a un trabajo pormenorizado de elaboración y de transformación de las mismas que, al volverse conscientes, le posibilitan al sujeto contrarrestar, precisamente, la condena de un inexorable destino, signado por una ciega e ineluctable repetición.

Las autoimágenes narcisistas tienen una capacidad performativa. Las palabras tienen fuerza material, crean las cosas. Por el solo hecho de decir algo, la acción se realiza. Lo que dice que se va a hacer, o lo que se alega que se hizo, se da por sucedido. En el mismo momento que se enuncia, «yo digo» equivale a «yo hago». Agustín no dice «soy blando como una manteca» o «hueco como un pastel de chocolate con merengue», sino que es y actúa a partir de esas representaciones figurativas. Agustín se identifica y autovalora inconscientemente de ese modo y sus acciones se realizan con una fe ilimitada en esas palabras, cuya fuerza material desencadena inmediatamente hechos o incluso los reemplaza.

Así, se cumple con lo que se denomina la condición performativa del habla, el hecho de hacer cosas con las palabras antes de referirse a las cosas mismas.

En las autoimágenes narcisistas se incluyen zonas importantes de la historia y personalidad del sujeto. Es por intermedio de las mismas y de sus transformaciones cuando se las comprende e interpreta que se produce la dinámica del proceso del cambio psíquico, a partir de lo cual podemos deducir, entonces, los elementos actuantes desde su propio inconsciente, determinante de su funcionamiento psíquico y de su destino.

Las autoimágenes narcisistas comienzan a tener existencia en un psicoanálisis cuando el analista las reconoce como tales, y adquieren su estatuto pleno cuando la anteriormente no-nombrada, no-fecha, no-explicitada autoimagen tiene un papel etiológico determinante en una serie de acontecimientos y de trastornos ulteriores. Así, las autoimágenes narcisistas son inseparables del proceso de historización, dado que permanecen mudas hasta que *nachträglich* se les permite hablar. Momento puntual en el proceso analítico en el que se genera un giro (*wendung*) significativo en la realidad psíquica que posibilita al analizante pasar de operar como un mero «hijo de sus obras» (Cervantes, 1981: 58), erigidas de un modo silencioso a espaldas de su voluntad y de la razón y que han comandado inconscientemente su destino, a poder constituirse, en la medida de lo posible, en un agente activo del reordenamiento de las

identificaciones que subyacen en sus autoimágenes narcisistas y en un autor creativo de la reescritura de su propia biografía.

## 11. MANTECA

P.: A mí la comparación de mi mujer me envenenaba. Yo era demasiado sensible a su opinión y a su mirada. Reaccionaba de mala manera, me ponía en su juego y no podía ponerme en la otra vereda como ahora.

A.: ¿Esta situación le recuerda alguna escena vivida en su casa de origen?

P.: Sí. Creo que es un estigma en mi vida. Salvo en los últimos años que a mi papá le fue mucho mejor en los negocios. Antes, mi mamá lo comparaba con un ser flojo, que se derrite con facilidad, le decía «sos una manteca». Y ella nos transmitió que mi papá era un blando y esto nos provocó mucha inseguridad a mi hermano y a mí.

Yo siempre tuve temor de ser burlado, de ser una manteca.

Mi mujer me sigue comparando con el ideal que tiene de lo que es para ella un hombre. Para ella, ese hombre es el macho, es un hombre de mano de hierro con guante de terciopelo. Además tiene que ser una persona desagradable e inteligente, exitoso en el trabajo y en los deportes, que aplasta y desprecia a los demás.

En cambio ser bondadoso lo ve como una debilidad, como una falta de carácter. Y ahora que lo comento, me estoy dando cuenta de que ahora no me importa tanto lo que piense mi mujer.

Yo era muy sensible y eso también lo vivía como ser una manteca. Blando es una palabra que siempre me dolió mucho cuando mi mamá se lo decía a mi papá. También le decía: «Sos como una violeta», como aquel que no sabe defenderse aunque sea inteligente.

A.: ¿Blando tiene que ver también con la dureza del pene?

P.: Sí, también pero no es mi caso precisamente. Pero siempre fui dependiente de que piensen que intelectualmente soy un blando. Por eso se me ocurre que, de alguna manera, toda mi vida me destacué mucho en los estudios y en el deporte y hasta elegí hacer el servicio militar para asegurarme de que no era un blando para mí mismo y para los ojos de mi mujer.

Mi madre jamás transmitió admiración alguna hacia mi padre y yo sentí la injusticia por él y sentí cómo que recaían en mí muchas expectativas de mi mamá y de mi papá y me llené con toda la responsabilidad de ser el que iba a traer el honor a la familia. Yo siempre sentí una competencia enorme. Quería mostrar que era el mejor de todos los primos hermanos. El que más éxito tenía que tener en el colegio y

en los deportes. Siempre me sentí que tenía que dar más y más y no podía descansar; lo peor es que no me costaba mucho serlo.

Yo creo que usaba una suerte de talento solamente para mostrarles a los demás que era el más capaz, y al final no me quedaba nada para mí. Solo me quedaba el sabor de ser el mejor pero para los ojos de los otros. ¿Se acuerda cuando en la primera sesión le dije que yo soy un curriculum vitae pero no sé qué hay, y no sé si hay algo adentro? ¡Cómo envidio, en el buen sentido de la palabra, a la gente que se realiza en lo que le gusta! Un pintor, un maestro, un psicoanalista que disfruta de su compromiso con su profesión.

Siempre tuve un complejo de hacer de todo un poco pero nada a fondo.

Siempre tuve miedo de llegar a ser desenmascarado. Siempre me sentí como un tronco hueco; teniendo miedo de que se vea mi interior gelatinoso. Por eso cuidé de mi corteza para que no se descubra mi inseguridad, mi blandura.

Y ahora que traigo todo esto y lo cuento me siento mejor. Me siento más sólido por dentro. Se me están yendo también los miedos que me llevaban a seducir a las mujeres para ser aceptado. Creo que viví mucho tiempo decepcionando a mis padres al casarme con mi mujer porque tampoco ella estaba a la altura de sus expectativas.

A.: Pero no alcanzaba a ser aceptado por usted mismo, y además parece ser que la palabra manteca funcionó y funciona dentro de usted como un meridiano, como un Greenwich blando.

[Se ríe]

P.: Creo que mi meridiano pasaba por el medio de mi persona y me cortaba en dos. La palabra manteca es el grado cero de mi referencia. Todo lo que yo hacía era en más o en menos de la manteca-Greenwich.

Considero que manteca es la representación figurativa que desvela el sentimiento de sí de Agustín. Es una de sus autoimágenes narcisistas más significativas, a partir de la cual identifica al otro y lo promueve para que opere ante él como «modelo, objeto, auxiliar o rival» (Freud, 1921).

Es así que Agustín fomenta que sus pares funcionen como modelo, auxiliar u objeto. En cambio, promueve que su mujer asuma el lugar del brazo ejecutor de un rival agravante generando entre ambos un campo persecutorio, comandado además por el arsenal propio de las identificaciones y de los traumas no procesados del partenaire que se resignifican durante la comparación.

## 12. PASTEL DE CHOCOLATE Y MERENGUE

P.: Yo tengo una analogía de mi persona con unos pasteles que mi abuela belga preparaba en su casa y los llamaba: tête du noir. Este es un término despectivo, como decir cabecita negra y yo me sentía así conmigo mismo. Yo quería encontrar dentro de ese pastel un chocolate sólido con mucha manteca, un chocolate amargo, negro y lo que encontraba era merengue blanco. A mí el merengue me da una sensación desagradable, intolerable, me crispa el ruido que hace, es como el ruido de la tiza en un pizarrón. Yo siempre busqué algo sólido dentro de mí y no lo encontré. El merengue es frágil, se rompe y no queda nada, se vuelve polvo. El tête du noir en la parte externa parece rico, también mi currículum vitae es muy rico, tengo un montón de títulos universitarios, pero por dentro me desprecio a mí mismo.

Siento que tuve fallas de solidez interna. Pero, además de despreciarme, yo no sabía hacia dónde iba, no sabía quién era y lo que me gustaba. Siempre tuve esa duda.

A.: Observo que habla utilizando verbos en tiempo pasado.

P.: Sí. Yo lo siento como que este desprecio mío quedó en el pasado. Ahora hay secuelas. Me veo como otra persona. No es que no tenga nada de lo otro, lo otro lo veo más distante. Ya no tengo los mismos miedos y las mismas vergüenzas. Yo me autoimpuse esa estampilla de autodesprecio, otras me han sido impuestas.

A.: ¿Cuáles?

P.: Que soy un maniático, un obsesivo, un mandón. También que soy muy inteligente y muy, muy capaz. Que soy el mejor de los nietos y el mejor de los hijos. Yo fui el primer nieto para mis dos abuelos y siempre recayó sobre mí la mirada del heredero, del primero. También me pesaron mucho las comparaciones, siempre sentí la presión de tener que estar en el máximo nivel.

### 13. AMISTAD Y TRAICIÓN

A continuación transcribiré una sesión de Agustín en el momento en que su amigo Andrés rompe una sociedad que habían conformado juntos y que daba exiguas ganancias. Su socio se aleja en forma intempestiva para emplearse en una empresa extranjera, ante lo cual Agustín manifiesta ofensa y dolor, efecto de la desidealización paroxística de su amigo íntimo.

P.: Siento que Andrés al aceptar su cargo de gerente en una empresa me traicionó. Me duele mucho su falta de lealtad, pero mi alejamiento de él me ha liberado, me he sacado un tutor, porque yo estaba adherido a él.

Y hoy me doy cuenta de que deposité demasiada capacidad mía en el otro y al final me descuidé. La falta de confianza en mí mismo hizo que yo pusiera de costado mi propia capacidad. Yo pensaba que junto a otro y en una misma plataforma nos íbamos a salvar los dos. Y así fue que esperé demasiado, y di demasiado a mi amigo.

A.: ¿Qué entiende por esperar demasiado y por dar demasiado?

P.: Yo esperaba que estar con alguien me iba a potenciar. Como si un amigo fuera un catalizador que entra en la reacción, provoca la acción pero no está en el producto final. Y digo doy demasiado, porque confío demasiado en que las cosas van a estar mejor cuando tengo a alguien que me cuide las espaldas para sentirme más tranquilo.

Yo siempre pensé que solo no podía sostenerme y ahora pienso justo al revés. Porque estoy solo es que puedo. No necesito tener a alguien conmigo. Lo que sí necesito es tener claridad y equilibrio en la meta que voy a emprender.

Cuando dos alpinistas suben juntos, no porque uno esté con alguien va a ser la garantía de que uno va a lograr escalar la montaña. Yo de joven solo me daba manija cuando había un entorno competitivo, ahora no quiero superar a los otros, sino superarme a mí mismo.

A.: ¿Qué es lo que quisiera superar en usted mismo?

P.: Poder estar solo, pero no en el sentido de soledad, sino que tengo que entender que cada uno es una entidad, que cada uno es único y tiene que buscar su objetivo.

A.: Tal vez usted sienta que yo, aquí, me ofrezco como un tutor para que usted permanezca finalmente adherido a mí.

P.: No, ese es mi padre, que me ofrece plata y más plata para que no me vaya del país, pero con él nunca se puede ni hablar ni discutir. El pronto dice que espere, que

todo va a estar bien, mientras que aquí el proceso con usted es distinto. A veces usted y yo no nos ponemos de acuerdo en varios temas; pero además yo vengo por voluntad propia y pongo toda mi verdad sobre la mesa.

No, usted no es un tutor con cintas adhesivas, sino alguien que me ayuda a rearmar mi rompecabezas. ¿Se acuerda de que años atrás decía que yo era un currículum vacío, que sentía que tenía cosas dentro de mí pero que estaban desparramadas y que nunca tuve un padre que me ayudara a ordenar mis cosas? Creo que con mis propias hijas lo que trato de hacer es ayudarlas a ordenarse. Le repito, yo antes me preocupaba de no ser dominado por los otros, de no ser burlado, de no dar la impresión de ser un don nadie.

A.: Pero parece que por el temor a ser dominado, a ser burlado por los otros, postergó su crecimiento propio, no se focalizó en su realización personal y construyó en cambio un ministerio de defensa propio.

P.: [Se sonríe] Sí, yo viví defendiéndome y no construyéndome [pausa].

Lo que pasaba es que yo no sabía qué es lo que quería. Ponía ante los demás una pantalla que escondía mi falta interna de consistencia y de claridad.

A.: ¿Recuerda cuando años atrás se comparaba a un pastel que por fuera tenía chocolate amargo, pero por dentro solo tenía el sabor y la consistencia del merengue que usted rechazaba?

P.: Pero ahora siento que tengo otra consistencia dentro de mí. No es una roca porque una roca no es flexible, sino que tiene un material sólido y de buen sabor, por lo menos para mí. Ahora, por dentro hay chocolate negro y me gusta saborearlo. Siento que me gusto más como estoy. Y también con la gente me siento bastante mejor, salvo con mi mujer, que es la única a la que no llego a gustar. Creo que es también porque ella tampoco se gusta ni se valora lo suficiente a sí misma.

#### 14. FIN DEL ANÁLISIS: OCÉANO Y PUERTO

P.: Esta semana se terminan las sesiones con usted, pero yo sigo dialogando en una sesión virtual con su presencia y con la mía.

Dentro de mí se armó un diálogo cómodo que fluye, todo lo opuesto de lo que me ocurre con mi mujer, con ella me siento tenso e incómodo. Con ella tengo que estar a la defensiva, no me puedo relajar ni confiar.

Aquí, y a diferencia de lo que me sucede con mi esposa, mantengo un diálogo de amistad con humor. Y pensar que hace ocho años yo lo veía como a un tutor o a un maestro y yo me sentía un niño vergonzoso. Siento que lo tengo dentro de mí como si fuera un radar que me permite captar los desarreglos, las tensiones y después intento arreglar lo posible. Con el radar puedo captar cuándo se acerca un avión enemigo, me permite detectar situaciones. Ahora, cuando se me presenta un obstáculo, no me hago el distraído, trato de buscar soluciones.

[Pausa, se distiende en el diván. Luego bosteza y continúa con un tono de voz más relajado]

P.: Siento que estoy llegando al final de un largo viaje, de una travesía.

Las aguas del río de la Plata ya se están mezclando con las aguas del océano Atlántico y me alejo alegremente para abrirme a la vastedad del mundo, sabiendo que este consultorio está como un puerto al que puedo retornar si lo necesito.

En la penúltima sesión me abona todo el mes, incluso me adelanta el pago de la sesión previa a la despedida del proceso analítico.

Le pregunto por qué se adelantó con el pago y me responde que el dinero era parte del ceremonial del tratamiento y que para él nuestra despedida no es ceremoniosa ni formal.

P.: Con un buen amigo no hay despedidas, sino un hasta pronto.

Entre amigos no veo la despedida como algo difícil, sino como algo normal.

Tengo la satisfacción de un trabajo bien concluido a término con usted. Esta ha sido una experiencia importante para mi vida que termina bien, que ha sido para mí de una gran ayuda y como pasa entre dos amigos que después de estar juntos cada uno se va a su casa y se despiden en realidad con alegría.

No siento en este momento que pierda algo, sino que gané mucho. No es el fin sino el comienzo de una etapa nueva de mayor madurez.

[Pausa breve].

Al final de la sesión me comenta con un tono vivaz: «¿Sabe, doctor? Ayer recibí un llamado telefónico de un amigo mío de España para saludarme para las fiestas de Navidad. Qué bueno es sentir que uno tiene amigos verdaderos».

## 15. ÚLTIMA SESIÓN

Agustín entra sonriendo y me entrega un obsequio.

P.: Le traje un vino para brindar. Con mis mejores amigos suelo comprar este vino y espero que le guste. No creo, doctor, que sea la última vez que nos veamos, sino que lo llamaré para contarle cómo estoy y qué me está pasando. Quiero decirle que siento mucha admiración por usted porque desde el principio se formó entre nosotros una relación de confianza y de no-ocultamiento. Yo cuando venía a las sesiones nunca sabía bien qué iba a pasar. Pero me gustó estar acá. Yo creo que usted supo administrar las llaves del flujo de las sesiones. Quiero comentarle que durante estos años conseguí muchas cosas, pero, a diferencia de mi padre, usted estuvo a mi lado con mucha presencia pero sin el peso de juzgar. Creo que con el humor se consiguen muchas cosas, no con la ironía sino con el humor fino. Llegué a conocerme a mí mismo y a no juzgarme tanto.

Cuando se despide en la puerta dice: «Quiero decirle que yo, que nunca me he tratado previamente, pienso que el análisis funciona porque me voy como otra persona».

16. EPÍLOGO: «LO QUE HAS HEREDADO DE TUS PADRES ADQUIÉRELO PARA POSEERLO»  
(GOETHE, *FAUSTO*, PARTE I).

Freud citó estos versos en dos oportunidades en su obra para poner en evidencia el nexo íntimo que se trama entre el pasado y el presente en la vida anímica individual y en la psicología de las masas. En *Totem y Tabú* (1912), para señalar cómo gravita en la psicología de los pueblos la memoria del pasado y para establecer «la manera en que la continuidad de la disposición se establece en la vida anímica de las generaciones que se relevan una a la otra» (pág. 160).

En *Esquema del psicoanálisis* (1938) cita el mismo verso para subrayar cómo opera un ancestral vivenciar filogenético en las diferentes estructuras psíquicas enunciadas en la segunda tópica del aparato psíquico.

De este modo el superyó ocupa una suerte de posición media entre ello y mundo exterior, reúne en sí los influjos del presente y el pasado. En la institución del superyó uno vivencia, digamos así, un ejemplo del modo en que el presente es traspuesto en pasado (pág. 209).

El imperativo goethiano de adquirir lo heredado para recién luego poseerlo implica un trabajo de elaboración complejo: tomar en cuenta y asumir el vínculo histórico de pertenencia intergeneracional e intrageneracional, la discriminación, selección y reordenamiento de los elementos que intervienen en la constitución de las identificaciones, traumas y patrones culturales recibidos y la reestructuración activa y apropiación por parte del sujeto de su pasado en el presente con la inclusión de nuevos aportes de modelos identificatorios suplementarios. Así, se podrá mantener abierta la esperanza en la posibilidad de efectuar un cambio psíquico que se opone, precisamente, a una ineluctable y ciega condena de un destino herrumbrado.

Adquirir lo heredado no se reduce, por lo tanto, a una mera repetición de los ecos del pasado, requiere en cambio un trabajo de reelaboración activo que apunta a asumir y reordenar la memoria de alteridad identificada e incrustada en el campo del sujeto y recomponerla con otros modelos nuevos.

Real y efectivamente, «Lo que has heredado de tus padres, adquiérelolo para poseerlo» no da por sentada una pasiva operación filiatoria del sujeto, sino que «necesita de ciertos enviones de la vida individual para despertar una acción eficaz» (Freud, 1912: 160).

Porque aquello que se hereda requiere ser subjetivado y cuestionado, adquirido y poseído, para que se vayan produciendo los sucesivos y graduales procesos de desalienación, separación y recomposición de los anteriores modelos identificatorios en una renovada reestructuración.

La recomposición de las identificaciones presenta una ineluctable imprevisibilidad, escapa a toda ordenación o deseo voluntarista.

El desasimiento de las identificaciones y la desidentificación de las mismas es una operación necesaria del desarrollo humano pero también resulta ser hondamente dolorosa, y el crecimiento de la sociedad descansa, en gran medida, en la admisión y confrontación de la nueva generación con lo transmitido e impuesto por las generaciones precedentes.

El proceso del reordenamiento de las identificaciones es, en definitiva, la prosecución de la obra pedregosa y lenta de la reelaboración, del *durcharbeiten*, que, al conjugar los influjos del pasado y del presente, y al recrear y remodelar lo heredado con nuevos aportes, posibilita que las identificaciones tomen otro sesgo, empiecen a renovarse y logren ser finalmente transformadas e integradas en una reescritura imprevisible .

Pero este trabajo del desvelamiento de las identificaciones y su posterior proceso de desidentificación suele, por regla general, tropezar en la dinámica del campo analítico con diversos obstáculos.

Al respecto resulta interesante la observación de Badaracco (1990: 98), quien sostiene que:

El proceso de desidentificación se presenta siempre como algo doloroso y es vivido como peligroso. Estando la identidad muy ligada a la identificación, se pueden experimentar vivencias de desorganización y de despersonalización, angustias sin nombre, estados confusionales y temor a la locura y a la muerte. El paciente puede sentirse vacío. Acostumbrado a convivir con esas identificaciones asfixiantes dentro de su aparato psíquico, comienza a sentir un sentimiento de soledad, o extrañeza, como si no supiera realmente quién es.

Se trata de una situación altamente angustiante que suscita variadas resistencias en la dinámica del campo analítico. Recordemos que Freud señala, en *Recordar, repetir y elaborar* (1914: 157), que

En la práctica, esta reelaboración de las resistencias puede convertirse en una ardua tarea para el analizado y en una prueba de paciencia para el médico. No obstante, es la pieza del trabajo que produce el máximo efecto alterador sobre el paciente y que distingue al tratamiento analítico de todo influjo sugestivo.

Considero que poner en descubierto en un proceso analítico el poder detentado por el sistema heteróclito de las identificaciones inconscientes en la estructuración normal y

patológica en la vida anímica, y el oscuro, lento e intrincado proceso de la desidentificación constituye, sin ambages, uno de los factores sustantivos sobre los que se afirma y se palpa la eficacia terapéutica del psicoanálisis.

## BIBLIOGRAFÍA

BADARACCO, J. G., «Las identificaciones y la desidentificación en el proceso analítico», *Revista de Psicoanálisis*, t. XLVII, 1, 1990.

BARANGER, W., BARANGER, M. y MOM, J. M., «Proceso y no proceso en el trabajo analítico», *Revista de Psicoanálisis*, t. XXXIX, 4, 1982.

BARANGER, W., GOLDSTEIN, R. y GOLDSTEIN N., «Acerca de la desidentificación», *Revista de Psicoanálisis*, t. XLVI, 6, 1989.

BARANGER, M., «La mente del analista: de la escucha a la interpretación», *Revista de Psicoanálisis*, T XLIX, 2, 1992.

—, «La teoría del campo», en F. Lewkowicz (comp.), *Verdad, realidad y el psicoanalista*, Londres, IPA, 2004.

BENJAMIN, W., *Infancia en Berlín hacia 1900*, Barcelona, Alfaguara, 2007.

BOLOGNINI, S., *La empatía psicoanalítica*, Buenos Aires, Lumen, 2004.

BRUN, D., «La pasión en la amistad», *Revista de Psicoanálisis*, t. LX, 4, 2003.

CERVANTES, M. DE, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Planeta, 1980.

DOREY, R., «La relación de dominio», *Libro anual de Psicoanálisis*, 1986.

FERRO, A., «Comentario», en F. Lewkowicz (comp.), *Verdad, realidad y el psicoanalista*, Londres, IPA, 2004.

GOETHE, W., *Las afinidades electivas*, Madrid, Alianza, 2000.

FOUCAULT, M., *Discurso y verdad en la antigua Grecia*, Barcelona, Paidós, 2004.

—, *El coraje de la verdad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

FREUD, S. (1910), «Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre», en *Obras completas*, tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

—, (1912), «Sobre la dinámica de la transferencia», en *Obras completas*, tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

—, (1914), «Introducción al narcisismo», en *Obras completas*, tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

—, (1914), «Recordar, repetir y reelaborar», en *Obras completas*, tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

—, (1917), «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia», en *Obras completas*, tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

—, (1918), «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica», en Obras completas, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

FREUD, S. (1921), «Psicología de las masas y análisis del yo», en Obras completas, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

—, (1923), «Una dificultad en psicoanálisis», en Obras completas, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

—, (1926), «¿Pueden los legos ejercer el análisis?», en Obras completas, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

—, (1930), «El malestar en la cultura», en Obras completas, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

—, (1938), «Esquema del psicoanálisis», en Obras completas, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

GOETHE, W., Las afinidades electivas, Madrid, Alianza, 2000.

GREEN, A., «Apertura para una discusión sobre la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo», Rev. de Psicoanálisis, LIII, 3, 1996.

GRIMAL, P., Diccionario de mitología griega y romana, Barcelona, Paidós, 1982.

KANCYPER, L., «Desidealización y cambio psíquico», Congreso y Symposium Interno, APA, 1990.

—, «Narcisismo y Pigmalionismo», Rev. de Psicoanálisis, t. XLVIII, 5/6, 1990.

—, Jorge Luis Borges o la pasión de la amistad, Buenos Aires, Lumen, 2003. [Jorge Luis Borges o la passione dellamicizia, Roma, Borla, 2006].

—, Resentimiento terminable e interminable, Buenos Aires, Lumen, 2010.

—, Amistad, una hermandad elegida, Buenos Aires, Lumen, 2014.

Kereny, L., Los dioses de los griegos, Caracas, Monte Avila, 1999.

MIGUELEZ, L., Astillas en el tiempo, Buenos Aires, Letra Viva, 2010.

MORIN, E., Introducción al pensamiento complejo, Barcelona, Gedisa, 2007.

M'UZAN, M., La boca del inconsciente, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.

OGDEN, T., «The analytical tirad: working with intersubjective clinical facts», International Journal of PsychoAnalysis, 75, 1, 1994.

PONTALIS, J. P., Al margen de la noche, Buenos Aires, Paidós, 2011.

RESNIK, S., «Acerca de la depresión narcisista», Rev. de Psicoanálisis, t. XXXIV, 1, 1977.

<sup>1</sup> Foucault resume el concepto de parresía de la siguiente manera: «De manera más precisa, la parresía es una actividad verbal, en la cual un hablante expresa su relación personal con la verdad, y corre peligro, porque reconoce que decir la verdad es un deber para mejorar o ayudar a otras personas (tanto como a sí mismo). En parresía, el hablante usa su libertad y elige la franqueza en vez de la persuasión, la verdad en vez de la falsedad o el silencio, el riesgo de muerte en vez de la vida y la seguridad, la crítica en vez de la adulación y el deber moral en vez del autointerés y la apatía moral (pág. 29)».

<sup>2</sup> En la mitología griega, Quimera (del latín Chimæra) era un monstruo con cabeza de león, torso de cabra y parte posterior de dragón o serpiente, hija de Tifón y de Equidna (mitad mujer, mitad serpiente), que vagaba por las regiones de Asia Menor aterrorizando a las poblaciones y engullendo rebaños y animales.

<sup>3</sup> Recordemos que Sísifo es considerado, según Grimal, como «el más astuto de los mortales y el menos escrupuloso. La leyenda de Sísifo comprende varios episodios, cada uno de los cuales es la historia de una astucia. Cuando Zeus hubo raptado a Egina, la hija de Asopo (dios del río homónimo), pasó por Corinto y fue visto por Sísifo. Así, cuando Asopo se le presentó en busca de la doncella, Sísifo le prometió revelar el nombre del raptor a condición de que el dios-río hiciese brotar una fuente en la ciudadela de Corinto. Asopo consintió en ello y Sísifo le dijo que el culpable era Zeus. Ello valió a Sísifo la cólera del señor de los dioses. Una versión pretende que Zeus lo fulminó y lo precipitó a los Infiernos, condenándolo a empujar eternamente una roca enorme hasta lo alto de una pendiente. Apenas la roca llegaba a la cumbre, volvía a caer, impelida por su propio peso, y Sísifo tenía que empezar de nuevo. Pero este castigo, ya contado en la Odisea, pasaba por tener otra explicación. En efecto, Zeus, irritado por la denuncia de Sísifo, le había enviado al genio de la muerte, Tánatos, para que lo matase. Pero Sísifo sorprendió a Tánatos y lo encadenó, por lo cual durante un tiempo ningún hombre murió. Fue preciso que Zeus interviniese y obligase a Sísifo a liberar a Tánatos, con objeto de que este pudiese seguir cumpliendo su misión. La primera víctima fue, naturalmente, Sísifo. Pero, en vez de resignarse a su suerte, este, antes de morir, ordenó en secreto a su esposa que no le tributase los honores fúnebres. Cuando llegó a los Infiernos, Hades preguntó por qué no se presentaba en la forma ordinaria, Sísifo se quejó de la impiedad de su mujer y obtuvo del dios, indignado, permiso para volver a la tierra a castigarla (supuestamente) y restituirla al camino recto. Una vez en la tierra, Sísifo se guardó de

volver a los Infiernos, y vivió hasta una edad muy avanzada; pero, cuando murió definitivamente, Hades, queriendo impedir una nueva evasión, le impuso el castigo por el cual se recuerda el mito de Sísifo que no le dejaba tiempo ni posibilidad ninguna de huir» (Grimal, 1982: 485).

BION COMO UN KLEINIANO. UNA ELABORACIÓN DE LA  
FANTASÍA DE LA MENTE EN «ATAQUES AL VÍNCULO»<sup>1</sup>

RACHEL B. BLASS

## 1. LEYENDO A BION HOY

En años recientes se ha escrito mucho acerca del pensamiento de Bion, los autores difieren de manera importante en cuanto a cuál es la esencia de su contribución y qué es lo que la hace valiosa (por ej., Eigen, 1981; Ferro, 2005; Mawson, 2010; O'Shaughnessy, 2005; Paul Sandler, 2010; Symington y Symington, 1996; Taylor, 2011; Vermote, 2011). Esto puede, en parte, ser una consecuencia de la complejidad de sus ideas y de su peculiar, y por momentos enigmático, modo de escribir. Sin lugar a dudas, también se relaciona con el hecho de que, en sus últimos años, su pensamiento cambió de modo radical. Como podemos observar en el título de la colección de ensayos *Volviendo a Pensar* y en las reflexiones contenidas en su último capítulo, Bion, suficientemente consciente de tales cambios, consideraba necesario que los mismos fueran señalados a sus lectores. Mientras algunos autores consideran que lo nodal de sus contribuciones al psicoanálisis se encuentra en sus trabajos previos a este cambio, otros piensan que solo en estos últimos propone una innovación espectacular (Blass, 2011a).

El cambio manifestado en los últimos trabajos de Bion hace pensar en el alejamiento de un marco tradicional de pensamiento londinense de línea kleiniana hacia otra cosa. Aunque hay mucho menos consenso en cuanto a qué es esa «otra cosa», dos ideas principales son reseñadas a menudo en escritos recientes sobre Bion. La primera se centra en la preocupación de Bion por la atención materna deseable. De acuerdo con esta idea, el pensamiento de Bion acerca de la «contención» implica un modelo sobre el desarrollo psicológico temprano y la patología, centrado principalmente en el déficit ambiental. Describe la tarea materna durante el desarrollo y el daño que se produce cuando se verifica un fallo para llevarla a cabo. A su vez, la situación analítica se considera como una especie de correctivo ante el maternaje deficiente que el paciente recibió durante su infancia, una situación en la que el analista queda a cargo de ese rol materno de contención que ha faltado, con el esfuerzo de tener que corregir el daño provocado por esta ausencia. Entendido de este modo, Bion se parece a Winnicott en ciertos aspectos importantes, minimizando las diferencias entre el holding de Winnicott y la «contención» de Bion (Hamilton, 1996). A veces, retratado de este modo, Bion se nos presenta como un psicólogo cognitivo, que trata de ayudar y animar al paciente a poner palabras a su experiencia, una capacidad que no se ha

podido desarrollar de modo adecuado debido a un ambiente materno deficiente. La otra idea principal, a partir del cambio registrado en los últimos trabajos de Bion, enfatiza su preocupación por la «inefable esencia del ser» y por cómo la situación analítica abre una posibilidad que deja de lado todos los intentos de comprensión del paciente y todas las ideas teóricas en que se basa esa comprensión (Vermote, 2011). En lugar de comprender al paciente y al analista, lo que se necesita es una especie de presencia espontánea que nos abre a nuestra propia existencia (De Bianchedi, 2005; Ferro, 2005). Estas ideas se apartan radicalmente de la perspectiva kleiniana tradicional y de lo que se considera esencial al psicoanálisis: la fantasía inconsciente y su interpretación en el encuentro analítico, manteniendo una actitud analítica neutral que permita la comprensión de la transferencia y la identificación proyectiva y que, en última instancia, conduzca a la integración de las partes escindidas del self (Klein, 1975).

La perspectiva de que las contribuciones importantes de Bion se dan a raíz de sus ideas acerca del «cuidado materno» y de la «apertura a la experiencia» se ha hecho cada vez más popular. Esto se vincula en parte con el esfuerzo por validar las nuevas ideas de las teorías americanas intersubjetivistas y relacionales. Considerando lo que es esencial y valioso en Bion, las nuevas teorías nos permiten sostener que su pensamiento, aunque innovador, está en la línea del pensamiento psicoanalítico tradicional y naturalmente surge a partir de él y sigue sus pasos, por lo que Bion se consideraría una figura destacada entre los analistas tradicionales del grupo kleiniano londinense (por ej., Greenberg, 1994; Levine, 2000: 971). Además, las nuevas teorías nos permiten plantear que, en el desarrollo de sus ideas relacionales, no se han pasado por alto, sino que se han incorporado, las contribuciones relacionales que fueron introducidas por ese grupo. La popularidad de estos escritos de Bion puede estar unida al deseo de ampliar el alcance del psicoanálisis, de modo tal que se incluyan ideas místicas y posturas espirituales que, en años recientes, han ido ganando popularidad en la sociedad en general (Lasch, 1990).

El creciente énfasis en la importancia de las últimas ideas de Bion puede restar importancia o desdibujar sus destacadas contribuciones a los fundamentos del pensamiento y la práctica kleiniana. De manera continuada, estos cimientos resultan empañados, al ser reinterpretados a la luz de lo que son considerados los nuevos planteamientos bionianos. Además, la popularidad contemporánea de Bion tras la expansión del alcance de sus ideas y el hecho de que fueran consecuentemente adoptadas por una amplia gama de escuelas hace que se le puedan adscribir a Bion

ideas que son conceptos generales de la doctrina kleiniana y freudiana. Por ejemplo, Bion tiende a ser considerado el analista que desarrolló las nociones de epistemofilia y la teoría del pensamiento, cuando estas están sólidamente ancladas tanto en el pensamiento de Freud como en el de Klein (Blass, 2006).

A la luz de todo esto, encuentro un valor especial en estudiar a Bion considerándolo un kleiniano. Es decir, pienso que es importante considerar que Bion ocupa un lugar destacado en el pensamiento kleiniano tradicional, valorando su contribución desde la perspectiva kleiniana londinense. Mientras que, sin duda, los trabajos posteriores de Bion divergen de la aproximación tradicional kleiniana, estos no deberían restar importancia (o, contrariamente, exagerar) a aquello que él incorporó al pensamiento y a la práctica tradicional.

Al considerar a Bion como kleiniano, este debería ser estimado teniendo en cuenta su contexto general. Al ser visto a la luz de ciertas dimensiones fundamentales del pensamiento kleiniano, la importancia de su enfoque se hace más manifiesta. En el razonamiento que desarrollo a continuación, primero detallaré estas dimensiones del pensamiento kleiniano y luego pasaré a describir las contribuciones de Bion, partiendo de su escrito «Ataques al Vínculo».

## 2. EL CONTEXTO KLEINIANO DE LAS CONTRIBUCIONES DE BION<sup>2</sup>

¿Cuáles son las dimensiones esenciales y fundacionales del trabajo kleiniano que necesitan ser consideradas para apreciar la contribución de Bion? Una manera de hacer frente a esta pregunta es examinar qué es lo que distingue el trabajo de Klein del de Freud. En este contexto es posible comentar las ideas influyentes que Klein introdujo respecto al desarrollo temprano, sus diferentes fases, el papel de la destructividad y de la identificación proyectiva. Sin embargo, en sí mismas, estas ideas parecen simplemente añadir temas (por ejemplo: temas preedípicos a los edípicos planteados por Freud), pero no variar de forma significativa el modo en que consideramos la naturaleza humana y el proceso analítico. No resulta sencillo valorar la forma en que estas definen una aproximación analítica kleiniana. Hay quienes han sugerido que la dimensión que diferencia y define el trabajo de Klein es su enfoque relacional en comparación con el enfoque biológico, individualista, abstracto y metapsicológico de Freud (De Bianchedi et al., 1988). Pero tales divisiones son muy generales y básicamente insostenibles. Uno podría ver que la misma Klein reconoció esto. Por ejemplo, en cuanto a la naturaleza primigenia de las relaciones objetales, Klein dice:

la diferencia entre la visión de Freud y la mía es menos amplia de lo que podría parecer a primera vista... En varios contextos él expresa implícitamente y explícitamente opiniones que sugieren una relación con un objeto, el pecho materno, que precede al autoerotismo y al narcisismo (1952: 435).

Ella continúa con una cita de Freud (uno de sus artículos de la Enciclopedia, 1922) sobre cómo el autoerotismo es un desplazamiento del apego al pecho. Y luego se refiere a que, en *El Yo y el Ello*, Freud plantea que:

Freud luego define que la primera y más importante de las identificaciones que permanece escondida detrás del Yo Ideal es la identificación con el padre, o con los padres, y los coloca, tal como él lo expresa, en «la prehistoria de cada persona». Estas formulaciones se acercan a lo que he descrito como los primeros objetos introyectados. (1952: 435).

Mientras se puede argumentar que la naturaleza del interés de Klein por la transferencia, la relación analítica y la interpretación de los contenidos inconscientes

la distingue de la aproximación freudiana en cuanto a la técnica, aquí también los puntos comunes entre ambos son considerables (Strachey 1934; Blass, 2011b).

De hecho, Klein se diferencia de Freud por el énfasis que ella pone en ciertos aspectos de su pensamiento y práctica, restando importancia a otros, así como por la adición de otros temas (la fantasía, las defensas, las fases). Sin embargo, desde mi perspectiva, la contribución más singular de su pensamiento, la más radical, es la que propone una variación importante en la naturaleza del trabajo analítico, y esta tiene que ver con su modo de pensar la fantasía inconsciente. Es debido a su pensamiento acerca de la fantasía que la contribución de Bion resulta más evidente.

### 3. LA FANTASÍA INCONSCIENTE

En un estudio reciente acerca de la relación entre Freud y Klein (Blass, 2014), he sostenido que una característica fundamental de la noción de fantasía en Klein, que la distingue de la noción planteada por Freud, es que en Klein las fantasías son consideradas como los bloques de construcción básica de nuestra mente (Isaacs, 1943). Las fantasías acerca de los objetos y de las relaciones entre ellos no son simples pensamientos que se albergan en nuestras mentes y que nos afectan en cuanto a cómo nos sentimos y cómo actuamos, sino que son la materialidad de la que se constituye nuestro yo y nuestra propia mente. Es decir, los cambios en nuestras fantasías tienen un impacto directo y concreto en los estados de nuestra mente. Esta posición se basa en dos ideas fundamentales: primero, que tanto yo como mis objetos somos yo. Por ejemplo, en mi relación con un objeto materno en mi mundo interno, tanto yo como el objeto materno son partes de mí y están compuestos por diversas partes de mí mismo. La segunda idea es que mis objetos son mi mente. Por lo tanto, si en mi fantasía he atacado al objeto materno, no solo una parte de mí está siendo atacada, sino que una parte de mi mente puede verse dañada.

Freud, por otro lado, tiende a plantear que las fantasías internas sobre las acciones y pensamientos de los objetos, que son parte de nuestra experiencia, se diferencian más de nosotros mismos. Son como representantes internos de objetos externos o diferentes, o tal vez agentes extraños dentro de nosotros mismos («otros»). Por consiguiente, para él, los estados de nuestra mente son una respuesta a lo que nosotros imaginamos que un objeto interno puede hacer o sentir en respuesta a nuestros deseos, y, en menor medida, es un derivado directo de lo que sentimos hacia el objeto. En la mente del niño, siguiendo a Freud, el objeto interno (y más tarde el superyó) puede retirarle su amor y nunca devolvérselo si el niño es sádico (pero no significa que el sadismo por sí mismo implique la destrucción del objeto). De hecho, para Freud también, nuestra mente está constituida por relaciones internalizadas e internas y, como Freud, Klein también está interesada en las fantasías que tienen en cuenta la posible reacción del objeto. Pero hay, sin embargo, una diferencia cualitativa muy importante,<sup>3</sup> que debería ser considerada.

En el artículo de Susan Isaacs «Acerca de la naturaleza y función de la fantasía», el

vínculo entre la fantasía y el estado de la mente se describe muy claramente. En la primera versión del artículo, Isaacs escribe «simples creencias acerca de los objetos internos... llevan a efectos reales... cambios profundos en el carácter y la personalidad del yo» (Isaacs, 1948: 92). Y ella explica que los efectos atañen a la propia capacidad de pensar. Aclara que:

Cuando el niño siente que ha descuartizado a su madre, su vida mental se escinde y se desintegra, muestra una ansiedad aguda, se siente confundido y se comporta caóticamente, no puede ver, oír o controlar lo que hace o dice, etcétera. No es que, primero, su vida mental se desintegra y después interpreta esto como que ha descuartizado a su madre; es porque quiere desmembrar a su madre, pretende hacerlo, intenta hacerlo y en su imaginación lo hace, por lo que siente que su propio yo está escindido y desintegrado, y muestra en su comportamiento esta «desintegración mental» que podemos describir, identificar y de la que podemos hablar.

Nosotros, en nuestro propósito de comparar una mente con otra y realizar generalizaciones, podemos ver lo que le ocurre al niño, el modo en que se comporta, y puede ser descrito como «desintegración mental». Pero el niño lo experimenta como que «tengo a mi madre dentro de mí hecha trocitos».

ISAACS, 1943: 275-276

En otras palabras, nuestras fantasías acerca de los objetos afectan a nuestros sentimientos, a nuestro comportamiento y a nuestro yo, pero también a la propia mente en la que existen (en la fantasía). Klein escribe:

Creo que el yo es capaz de escindir al objeto —al interno y al externo— sin que medie un proceso de escisión correlativo dentro del yo. Por lo tanto, las fantasías y los sentimientos acerca del estado del objeto interno influyen de forma vital en la estructura del yo. Cuanto más prevalece el sadismo en el proceso de incorporación del objeto, y cuanto más se siente que el objeto está hecho pedazos, el yo se experimenta más en peligro de escisión en relación con la internalización de los fragmentos del objeto.

Por supuesto, los procesos que he descrito son y están relacionados con la vida de la fantasía de los niños; y con las ansiedades que estimulan los mecanismos de escisión que también son de naturaleza fantástica. Es en la fantasía donde los niños escinden al objeto y al self, pero el efecto de esta fantasía es de características muy reales, ya que conduce a sentimientos y relaciones (y posteriormente, a procesos de pensamiento) que en realidad se desconectan unos de otros (1946: 6).

Luego, agrega:

Los diversos modos en que se escinde el yo y los objetos internos dan lugar al sentimiento de que el yo está hecho pedazos. Este sentimiento equivale al estado de desintegración (ibíd.: 10).

La introducción de Klein al concepto de «identificación proyectiva» que se centra en la fantasía de poner partes de uno en otro está íntimamente relacionada con estas ideas. Al describir este proceso, Klein explica que:

En lo que al yo respecta la escisión excesiva y la expulsión en el mundo externo de partes del self hacen que este se debilite considerablemente. En cuanto a los componentes agresivos de los sentimientos (proyectados) y de la personalidad, estos están íntimamente relacionados en la mente con el poder, la potencia, la fuerza, el conocimiento y muchas otras cualidades deseadas (1946: 8).

Y con la excesiva proyección de partes buenas,

Las partes buenas de la personalidad se sienten perdidas, y, de este modo, la madre se transforma en el yo ideal; este proceso también tiene como resultado el debilitamiento y el empobrecimiento del yo (ibíd.: 9).

Mientras que, en este contexto, Klein habla acerca del impacto en el yo, el yo para Klein (tal como para Freud) es también la sede del funcionamiento mental (Blass, 2012). Es por ello que «el yo se encuentra dividido en trozos... se encuentra en un estado de desintegración».

La perspectiva de Klein sobre la fantasía tiene un gran impacto no solo en cuanto a la comprensión de la persona, sino también en la situación analítica. Klein, como Freud, se interesa por la elucidación de la interpretación de la transferencia. Pero lo que Klein añade a Freud, en cuanto al significado de la fantasía, cambia las implicaciones que esta tiene. El analista en la transferencia es visto no solo en términos de objetos proyectados y de las fantasías del paciente en relación con ellos. El analista es más bien visto en términos de partes proyectadas del self. Esto implica que el analista se acopla no solo en relación con cómo se adecúa a la historia relacional inconsciente del paciente, sino con cómo esa verdad relacional dentro de la mente del paciente toma vida en la situación analítica, y con cómo esa historia sobre las relaciones del paciente, que se encuentra dentro de la mente del paciente, es vivida a través del impacto que genera en el analista (colocando partes de su self en él, controlándolo, fusionándose con él). La historia también tiene que ver con la experiencia vivida en la que el analista no encaja de manera completa en la historia relacional del paciente; es decir, se refiere al hecho de que el analista tiene su propia mente. Esta experiencia es a la vez tan dolorosa como deseada.

Este interés más enfocado en la mente significa que, junto con el pensamiento, el poder responder, por ejemplo, a la pregunta «¿Quién soy yo en la transferencia?» permite al analista interesarse tanto por la parte de la mente que el paciente está poniendo en él como por la manera en que esta está afectando a su pensamiento.

#### 4. LAS ELABORACIONES DE BION SOBRE LA FANTASÍA KLEINIANA EN «ATAQUES AL VÍNCULO»

##### *4.1. La fantasía de «ataque al vínculo»*

En «Ataques al vínculo», Bion articula una fantasía central que se suma de un modo significativo a las ideas de Klein acerca de la fantasía y el pensamiento. Aquí encontramos una de sus contribuciones más importantes al enfoque kleiniano tradicional. Lo que es sorprendente en esta fantasía y resulta especialmente innovador es que se centra fundamentalmente en la mente. Es decir, la fantasía no es tanto sobre los objetos que constituyen la mente y que, por lo tanto, impactan de manera directa en el funcionamiento de la mente (la propia y la de los otros). Se trata más bien de la fantasía acerca de la propia mente. Así como hay fantasías acerca de la madre y su pecho, también hay, según sugiere Bion, fantasías sobre la mente, acerca de nuestro modo de pensar. Y mientras otros destacados kleinianos, tales como Herbert Rosenfeld y Hanna Segal, cogen caminos similares casi al mismo tiempo que Bion, este desarrolla de modo claro esta idea en lo más medular de la tarea analítica.

En «Ataques al vínculo», la fantasía de la mente se centra en una de sus principales imágenes de ella. Esta es la imagen de la mente como una fuerza conectiva, una suerte de mecanismo cuya función es juntar, vincular, pensamientos, ideas y sentimientos. El uso del verbo vincular es aquí significativo. En relación con otros verbos que expresan el acto de conectar pone de relieve la distinción entre las partes asociadas (en contraste, por ejemplo, con unir) y muestra una tendencia natural a juntarse en una unidad más grande (como eslabones de una cadena). También connota fuertemente el acto de conectar considerándose al mismo tiempo comunicativo (como una conexión vía satélite) y físico (como cuando «se unen brazos»). En realidad, el significado del verbo vincular proviene de la lengua inglesa hablada después de la conquista Normanda (1066) y se refiere a estar «físicamente conectados».

Realmente en la elaboración de Bion sobre la fantasía es obvio que la mente y sus funciones son consideradas tanto desde el punto de vista físico como emocional. Bion

plantea: «El prototipo para todos los vínculos a los que me quiero referir tratan del pecho o del pene primitivos» (1959: 308). Él se dirige explícitamente a los lectores de Klein y de su visión de la fantasía, de la identificación proyectiva y del complejo de Edipo, y enfatiza que lo que habría que añadir es la conexión entre la fantasía de atacar al pecho y una fantasía más general de atacar aquello que vincula creativamente a los objetos, a las ideas y a los sentimientos de un modo que permite que se logre un pensamiento significativo y emocionalmente conectado (en contraste con el pensamiento que solo es lógico, matemático y estéril) [pág. 315]).

Es interesante el modo en que Bion da cuenta de cómo ya ha discutido estas ideas en su artículo «La diferenciación de las partes psicóticas y no-psicóticas de la personalidad» y que aquí simplemente se dedica a ilustrarlas más a fondo. Esto es cierto y apunta al poder que tiene el concepto de «Ataques al vínculo». Crea una imagen en la que destaca y describe una fantasía fundacional, que uno tiende a asociar no con la primera elaboración formal que aparece en sus escritos, sino con el artículo titulado «Ataques al vínculo». El título parece captar la esencia misma del fenómeno que pretende describir, y, parece indicar que, por lo tanto, poco más queda por decir sobre él. La realidad es, sin embargo, que las elaboraciones de Bion acerca de la fantasía son importantes tanto en «La diferenciación de las partes psicóticas y no-psicóticas de la personalidad» como en «Ataques al vínculo». A continuación realizaré un comentario acerca del primero de estos artículos.

#### *4.2. «Ataques al vínculo» en la «Diferenciación de las partes psicóticas y no-psicóticas de la personalidad» (de Freud a Klein)*

En «La diferenciación de las partes psicóticas y no-psicóticas de la personalidad», Bion hace un esfuerzo por comprender el pensamiento psicótico y esto le lleva a las raíces freudianas de la fantasía sobre los «ataques al vínculo». Esto puede encontrarse en la idea de Freud de que en la psicosis el yo se retira de la realidad que le perturba. Bion explica que esta retirada es, en realidad, una fantasía destructiva, que (de acuerdo con el modo kleiniano de pensar la fantasía) tiene un efecto real en la mente. Él dice:

La retirada de la realidad es una ilusión, no un hecho, y proviene de la utilización de la identificación proyectiva utilizada en contra del aparato mental descrito por Freud. Tal es el dominio ejercido por esta fantasía que es evidente que no se trata de

una fantasía, sino de un hecho, para el paciente, que actúa como si su aparato perceptivo pudiese disociarse en diminutos fragmentos que pueden ser proyectados en sus objetos (1957: 267).

Posteriormente, Bion anuda esta fantasía de destrucción de la realidad a la fantasía kleiniana de los ataques sádicos al pecho. Aquí queda claro el modo en que, para Bion, el objetivo central de estos ataques no es la destrucción del objeto per se, sino de la propia mente. Enuncia: «El psicótico fragmenta sus objetos, y al mismo tiempo lo hace también con toda esa parte de su personalidad que le permitiría tomar conciencia de esa realidad que odia, en fracciones cada vez más diminutas» (Bion, 1957: 268). Es después de describir cómo esta fragmentación afecta la experiencia psicótica de la realidad que Bion introduce su nueva noción acerca del vínculo y de la fantasía de ataques al vínculo. Escribe:

Si consideramos que uno de los objetivos del paciente al usar la fragmentación y la identificación proyectiva es librarse de su percepción de la realidad es claro que puede llegar a lograr la máxima ruptura de la realidad con la mayor economía de esfuerzo si pudiese hacer uso de estos destructivos ataques al vínculo, cualquiera sea el medio por el que se conecten las impresiones de los sentidos con la conciencia (pág. 268).

Continúa:

No solo es atacado el pensamiento primitivo que une las impresiones sensoriales de la realidad con la conciencia sino que, gracias al uso extendido que hace el psicótico de la destructividad, los procesos de fragmentación se extienden a los vínculos dentro de los propios procesos de pensamiento (pág. 269).

En otras palabras, al introducir la noción de «ataques al vínculo», Bion ofrece una lectura kleiniana de los procesos de retirada de la realidad que, de acuerdo con Freud, caracterizan el modo de ser psicótico. Su naturaleza kleiniana puede ser reconocida en el cambio que propone de la descripción de retirada como un proceso cognitivo o un mecanismo de defensa en lugar de una descripción del mismo como fantasía en la que un agente motivado instiga un ataque a su víctima. La naturaleza kleiniana de la lectura bioniana también puede ser reconocida en el hecho de que la fantasía destructiva tiene un impacto inmediato en el estado mental, en el funcionamiento mental. Pero solo es cuando consideramos cómo y por qué tiene su efecto en la mente cuando la innovación aportada por Bion se hace evidente. Aquí se puede observar cómo las fantasías destructivas que preocupan a Bion impactan la mente no por estar compuesta de objetos (por ejemplo: la madre, el pecho) dañados por haber sido

atacados; más bien estas fantasías afectan a la mente, ya que es la mente misma la que es atacada. Es decir, así planteado no se trata de que «la madre se encuentre despedazada» y, por lo tanto, la mente se vea desintegrada (tal como Isaacs sugirió siguiendo a Klein). Más bien, y de un modo más sencillo, la mente —habiéndose sido objeto de ataques— se encuentra despedazada. En otras palabras, la noción de Bion de «ataques al vínculo» desarrolla la idea de que tenemos fantasías internas no solo de personas, sino de partes del cuerpo, de nuestro self y de nuestro yo, así como también de nuestra mente pensante y de los procesos de pensamiento de la que es portadora.

#### *4.3. La elaboración de la fantasía en «Ataques al vínculo» (Ilustración clínica y nociones iniciales de contención)*

El trabajo «Ataques al vínculo» fue escrito con la intención de poner de manifiesto el significado de este desarrollo en relación con la fantasía, y Bion lo plantea así principalmente de dos maneras: (1) con el uso de extensas ilustraciones clínicas en las que muestra diferentes modos en los que los vínculos pueden ser atacados y (2) a través de la introducción de la idea de contención que se desprende de ello.

## 5. ILUSTRACIÓN CLÍNICA

Como se mencionó previamente, en «Ataques al vínculo», Bion comienza con una afirmación en la que plantea que su pensamiento se fundamenta en las ideas de Klein sobre las fantasías tempranas, el splitting, la identificación proyectiva y el complejo de Edipo (Bion, 1959: 308). Siguiendo esta formulación, Bion explica que, ya que el rol del analista depende del vínculo a través de la comunicación verbal, la fantasía de atacar al vínculo, a la que él se refiere en este trabajo, es más accesible en la situación analítica. Luego continúa intentando demostrar esta formulación con una gran cantidad de ejemplos.

Por ejemplo, describe a un paciente que, después de enunciar durante treinta minutos una serie de hechos acerca del mundo, aparentemente en un intento de mantener el contacto con la realidad, le dice a su analista, Bion, que este no será capaz de comprenderlo. Bion, como respuesta, interpreta al paciente sus sentimientos de que él (Bion) no quiere asumir aquello que el paciente desea depositar en él. Todo esto parece estar atravesado por reconocibles pensamientos kleinianos ligados a la identificación proyectiva. Pero luego asistimos a un cambio en la descripción. El paciente responde a la interpretación de Bion diciendo que había «dos nubes de probabilidades en la habitación». Bion toma esto como una observación del paciente en relación con la realidad de su pensamiento. El paciente, de acuerdo con Bion, se pregunta si lo que él está experimentando como la maldad de Bion es realmente un hecho o si lo está imaginando. Además, piensa esto porque él es conocedor de su envidia y el odio que le produce la capacidad de su analista para comprender.

Podemos ver que lo que Bion nos está sugiriendo es que la relación del paciente con el pensamiento del analista, en cuanto a la comprensión (en este caso sería la relación de odio), determina su relación con el analista (la visión de este como malo). Esta ilustración resalta la novedad que aporta el pensamiento de Bion. Anteriormente vimos como Isaacs introdujo la idea de que la desintegración mental es el resultado de un ataque al objeto, no la causa del ataque (como pudo ser pensado previamente al desarrollo de la noción kleiniana de fantasía). Aquí Bion adelanta la idea de que el ataque al objeto debe ser considerado como una consecuencia y no como una causa. Pero no es una consecuencia de la desintegración mental per se (que en sí no es más que un acontecimiento cognitivo), sino de un ataque a la mente, un acto incitado por

la destrucción y dirigido hacia los procesos de pensamiento del analista.

En los otros ejemplos ofrecidos por Bion, este presenta una variedad de modos en los que diferentes aspectos del vínculo, en cuanto a los procesos de pensamiento involucrados, están dañados en la fantasía. El tartamudeo evita el uso del lenguaje que permitiría establecer una conexión entre el paciente y el analista. El sueño es un estado descontrolado de identificación proyectiva, lo que implica un ataque destructivo a la unión de la pareja parental. El que se puede lograr fragmentando lo que puede ser percibido visualmente en la fantasía e impidiendo «el estado mental de los padres copulando» que está involucrado en el pensamiento. La comprensión creativa se relaciona «con el odio y es transformada en sexualidad hostil y destructiva desvirtuando la pareja paciente-analista que se esteriliza» (pág. 310). El analista es percibido como alguien que se opone a la comunicación al rechazar las identificaciones proyectivas. El juicio puede entonces enajenarse y, por lo tanto, su dirección resultar no fiable, y ser experimentada como un pecho enigmático e intimidatorio, tal como podemos ver en el caso de las nubes probabilísticas. El pensamiento creativo que tiene lugar entre el paciente y el analista puede llegar a ser envidiado.

Es importante enfatizar que, mientras en estas descripciones clínicas Bion tiende a hablar de la mente como de un objeto, su foco de atención, en estas descripciones acerca de los ataques al vínculo, se refiere a los ataques de la mente como una función. Él escribe:

Empleo el término vínculo ya que pretendo discutir la relación del paciente con una función en lugar de considerar al objeto que subvierte la función; mi interés no se relaciona con el pecho, o con el pene o con el pensamiento verbal, sino con su función de proveer una vinculación entre dos objetos (pág. 312).

## 6. PRIMERAS NOCIONES SOBRE CONTENCIÓN

La atención que Bion presta a las funciones del vínculo lo conduce hacia otra poderosa fantasía que aparece en este fecundo artículo, la de contención. Mientras que la fantasía de contención se desarrolla solo muy parcialmente en este escrito y será necesario esperar a que su aparición se haga presente de modo más completo en *Aprendiendo de la experiencia* (1962), su mención aquí es significativa, ya que destaca la relación entre el concepto de «ataques al vínculo» y el de «contención». En este momento, cuando Bion hace uso del término contención, se refiere a la fantasía en la que, por medio de la identificación proyectiva, partes dolorosas y no pensables de nuestro self pueden ser depositadas en la mente del objeto, pudiendo ser modificadas en ella para retornar posteriormente a nosotros de un modo que ya pueden ser toleradas y pensadas. En una variante importante de esta fantasía el objeto puede ser sentido rechazando estas partes proyectadas o evacuándolas de modo rápido y quizá agresivo.

Un estudio cuidadoso del texto revela que Bion considera la contención como una fantasía sobre un tipo de proceso de vinculación que permite que el pensamiento pueda tener un lugar. Es —como las fantasías sobre otros tipos de procesos de vínculo a los que Bion se refiere (por ejemplo, el juntar ideas opuestas)— una fantasía sobre una realidad cognitiva. Pero, en esta exposición acerca de la contención, la realidad parece ocupar una significación especial. Esto se debe a que, específicamente en relación con la contención, Bion llega a esclarecer la temprana relación que subyace entre la madre y el bebé.

Bion plantea:

La situación analítica construyó en mi mente la impresión de ser testigo de escenas extremadamente tempranas. Notaba que el paciente se había sentido en su infancia cuidado por una madre que había respondido de un modo obediente a las demandas afectivas del niño. Esa respuesta obediente contenía un elemento de impaciencia «No sé qué le ocurre a este niño». Mi deducción es que, para comprender lo que el niño necesitaba, la madre debería haber tratado el llanto del bebé como algo más que una demanda de presencia. Desde el punto de vista del bebé, ella debería haber acogido en su interior, y por consiguiente experimentar, el miedo del niño a poder morir. Es este temor el que el niño no puede contener. Él se esforzó en disociarlo junto a la

parte de la personalidad en que lo alojaba y proyectarlo en su madre. Una madre comprensiva es capaz de experimentar el sentimiento de terror con el que su bebé trata de lidiar, haciendo uso de la identificación proyectiva, y pudiendo a la vez mantener una actitud equilibrada. Este paciente se había visto obligado a lidiar con una madre que no podía tolerar esos sentimientos y que respondía, bien negándoles el acceso, o alternatively transformándose en presa de la ansiedad del niño por efecto de las introyecciones de los sentimientos del niño. La última reacción considero que debe de haber sido poco frecuente: la negación (rechazo) debe de haberse planteado como el rasgo dominante (Bion, 1959: 313).

Aquí Bion parece adoptar un modelo en que la patología se basa en déficits ambientales. Parece estar afirmando que los estados patológicos de la mente surgen directamente de la ausencia propiamente dicha de un maternaje adecuado y, más aún, que la tolerancia de la experiencia, más que con la comprensión per se, tiene que ver con lo que conllevan los cuidados maternos adecuados. Visto de este modo, Bion parece estar adelantando (ya en este temprano momento de sus escritos) el tipo de modelos que consideramos en sus textos más recientes como una de sus contribuciones más importantes. Sin embargo, dos temas deberían ser tenidos en cuenta en este contexto. Primero, Bion pensó que las dimensiones ambientales a las que se refería tenían que ser consideradas junto con su modelo orientado por la fantasía. Escribió:

Por un lado, contamos con la disposición innata del paciente a una destructividad excesiva, odio y envidia; y, por otro lado, con el ambiente que, en el peor de los casos, niega al paciente el uso de los mecanismos de disociación (splitting) y de identificación proyectiva. En algunas ocasiones los ataques destructivos al vínculo entre el paciente y el ambiente o entre diferentes aspectos de la personalidad del paciente tienen su origen en el paciente; en otros, en su madre, aunque, en este último caso y en pacientes psicóticos, nunca podemos considerar que los mismos solo estén del lado de la madre.

La madre no es nunca la causa directa de patología. El mundo interno sí lo es.

La segunda cuestión que debe ser tomada en cuenta es que Bion recalca que la necesidad ambiental, en este caso, es para comprender el sentido de las ideas de vínculo a través de la comunicación verbal —esto es lo nuclear de «Ataques al vínculo»—. Una comprensión de estas características es lo que los analistas kleinianos han considerado siempre como lo elemental del método psicoanalítico. Bion considera la situación del paciente desde el punto de vista de que unas

necesidades ambientales reales no afectan a la labor analítica. Su pensamiento no implica de ningún modo que el analista deba satisfacer déficits de cuidado materno a través de medios no analíticos. Lo que pretende plantear de modo preferente es que el analista debe interpretar con sensibilidad para que el paciente pueda comprender los significados que provengan de su mundo interno.

Bion se centra en este artículo en los ataques sobre el comprender aplicados a la comprensión que proviene también de la continencia. Sus elaboraciones en cuanto a este particular son útiles. Explica que los tempranos rechazos (negaciones) de las identificaciones proyectivas del niño (tanto si proceden de la madre como del niño) conducen a una destrucción del vínculo entre el bebé y el pecho, que limita seriamente el deseo y la habilidad para pensar y aprender. Además, debido a la envidia y a la voracidad, pueden desarrollarse fantasías acerca de la reticencia del objeto a contener proyecciones, aun cuando ese no sea el caso (por ejemplo, aun cuando el analista, en realidad, contenga las proyecciones). También es posible creer que el pecho es voraz y que desea contener las proyecciones con el único propósito de destruirlas, una dinámica que puede ser observada en la creencia que sostienen algunos pacientes de que el analista se esfuerza por comprenderlos con el objetivo de enloquecerlos.

En todas estas dinámicas hay una fuerte ligazón entre el pecho y la mente. El paciente busca un pecho que pueda pensar y que ejerza de continente para sus identificaciones proyectivas, es ese pecho con capacidad de pensamiento el que es atacado al experimentar un fracaso en la búsqueda.<sup>4</sup>

## 7. PENSAMIENTOS FINALES

He sostenido que la tradición kleiniana se define por una noción muy específica de la fantasía. Sostiene que nuestra mente es nuestros objetos y, por consiguiente, las fantasías relacionadas con nuestros objetos (por ejemplo, trocearlos en pedacitos, proyectarlos) tiene un impacto inmediato en nuestro pensamiento. Por lo tanto, Klein y sus seguidores elaboraron toda una serie de fantasías y han analizado su efecto potencial en nuestra capacidad para pensar y saber. Bion tomó esta idea y extendió su significación. No solo nuestros objetos fantaseados constituyen nuestra mente y ejercen influencia en nuestro pensamiento, sino que tenemos fantasías que afectan directamente a nuestras mentes y a nuestro pensamiento. Nuestras mentes y sus funciones son también, en un sentido, objetos de nuestras fantasías. Los pensamientos pueden ser deseados, envidiados, odiados y, como se enfatiza en «Ataques al vínculo», atacados, lo que produce efectos muy nocivos en nuestra capacidad para pensar.

En su elaboración sobre la fantasía, Bion da «más cuerpo» (casi en términos literales) a nuestra comprensión acerca del pensamiento. Bion subraya que se requiere una conexión entre ideas y emociones y una unión creativa entre ideas opuestas en una articulación de características edípicas. Pero, en algunos momentos, también implica una determinada actitud materna: la madre y posteriormente el analista deben poder contener —para introyectar, modificar y devolver— sentimientos intolerables proyectados en ellos. Como hemos podido observar, Bion explica que la actitud materna es en realidad necesaria a lo largo del desarrollo del niño para que su pensamiento evolucione. Pero este interés, junto con el factor ambiental —al menos en este momento de su pensamiento—, no resta valor a su preocupación por la fantasía (por ejemplo, la comprensión maternal es el pecho); tampoco transforma el papel del analista, quien continúa siendo tradicionalmente kleiniano, cuya misión sigue siendo comprender la fantasía e interpretarla. Más bien la elaboración de los procesos involucrados en la contención, tal como son descritos en «Ataques al vínculo», profundiza nuestro conocimiento de los significados en juego en la comprensión e interpretación, de las profundas y dinámicas fuerzas y cualidades de la experiencia involucrada.

A lo largo de los años, otros destacados analistas kleinianos han desarrollado

nociones acerca de la fantasía, utilizando términos semejantes, entre los que destacan, en particular, la fantasía de la mente y los procesos de pensamiento. Por ejemplo, podemos subrayar el trabajo de Hanna Segal acerca de la fantasía de una identificación proyectiva ilimitada como una especie de coito mental descontrolado (Segal, 1997), las teorizaciones de Herbert Rosenfeld sobre los aspectos comunicativos de la identificación proyectiva (Rosenfeld, 1971) y los estudios de Betty Joseph acerca de los ataques de los pacientes al conocimiento (Joseph, 1983). «Ataques al vínculo» es una contribución de fundamental importancia para articular de forma clara estos desarrollos, elaborándolos y tomándolos como una aportación central dentro de la tradición kleiniana en psicoanálisis.

TRADUCCIÓN AL CASTELLANO DE ELIZABETH PALACIOS

REVISIÓN DE LA TRADUCCIÓN DE PETRA NIEVES RODRÍGUEZ

SEGUNDA REVISIÓN DE ELIZABETH PALACIOS

## BIBLIOGRAFÍA

BION, W. R., «Differentiation of the Psychotic from the Non-Psychotic Personalities», *Int. J. Psycho-Anal.*, 38, 1957, págs. 266-275.

—, «Attacks on Linking», *Int. J. Psycho-Anal.*, 40, 1959, págs. 308-315.

BION, W. R., *Learning from Experience*, Londres, Tavistock, 1962.

BLASS, R. B., «A Psychoanalytic Understanding of the Desire for Knowledge as Reflected in Freud's Leonardo da Vinci and a Memory of his Childhood», *Int. J. Psycho-Anal.*, 87, 2006, págs. 1259-1276.

—, «Introduction to “on the Value of ‘Late Bion’ to Analytic Theory and Practice”», *Int. J. Psycho-Anal.*, 92, 2011a, págs. 1081-1088.

—, «On the Immediacy of Unconscious Truth: Understanding Betty Joseph's “Here and Now” through Comparison with Alternative Views of it outside of and Within Kleinian Thinking», *Int. J. Psycho-Anal.*, 92, 2011b, págs. 1137-1157.

BLASS, R. B., «The Ego according to Klein: Return to Freud and Beyond», *Int. J. PsychoAnal.*, 93, 2012, págs. 151-166.

—, «On “The Fear of Death” as the Primary Anxiety: How and Why Klein Differs from Freud», *Int. J. Psycho-Anal.*, 95, 2014, págs. 613-627.

DE BIANCHEDI, E. T., SCALOZUB DE BOSCHAN, L., DE CORTIÑAS, L. P. y DE PICCOLO, E. G., «Theories on anxiety in Freud and Melanie Klein: Their metapsychological status», *Int. J. Psycho-Anal.*, 69, 1988, págs. 359-368.

DE BIANCHEDI, E. T., «Whose Bion? Who is Bion?», *Int. J. Psycho-Anal.*, 86, 2005, págs. 1529-1534.

EIGEN, M., «The Area of Faith in Winnicott, Lacan and Bion», *Int. J. Psycho-Anal.*, 62, 1981, págs. 413-433.

FERRO, A., «Bion: Theoretical and Clinical Observations», *Int. J. Psycho-Anal.*, 86, 2005, págs. 1535-1542.

FREUD, S., «Psycho-Analysis», *Collected Papers 5*, Londres, Hogarth press, 1922, pág. 119.

—, «Negation», *Standard Edition*, vol. 19, 1925, págs. 233-240.

GREENBERG, J., «The Changing Paradigm of Psychoanalysis», *Int. Forum Psychoanal.*, 3, 1994, págs. 221-226.

HAMILTON, V., *The Analyst's Preconscious*, Hillsdale, Nueva York y Londres, The Analytic Press, 1996.

—, en prensa, en E. O'SHAUGHNESSY y C. BRONSTEIN (eds) *Attacks on Linking Revisited*. Psychoanalytic Ideas and Application Series (of the IPA Books), Londres, Karnac Press.

ISAACS, S. (1943), «The Nature and Function of Phantasy», en P. KING y R. STEINER (eds.), *The Freud-Klein Controversies 1941-45*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991.

—, «The Nature and Function of Phantasy», *Int. J. Psycho-Anal.*, 29, 1948, págs. 73-97.

JOSEPH, B., «On Understanding and not Understanding: Some Technical Issues», *Int. J. Psycho-Anal.*, 64, 1983, págs. 291-298.

KLEIN, M. (1946), «Notes on some Schizoid Mechanisms», en M. KLEIN, *Envy and Gratitude and Other Works, 1946-1963*, Londres, Hogarth, 1975, págs. 1-24.

—, «The Origins of Transference», *Int. J. Psycho-Anal.*, 33, 1952, págs. 433-438.

KLEIN, M. *Envy and Gratitude and Other Works, 1946-1963*, Londres, Hogarth, 1975.

LASCH, C. (1979), «Afterward: The Culture of Narcissism Revisited», en *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectation*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1991.

LEVINE, H. B. (2000). *Standing in the Spaces: Essays on Clinical Process, Trauma, and Dissociation*: Phillip M. Bromberg. Hillsdale NJ: Analytic Press, 1998. 368 pp. *Psychoanal Q.*, 69:789-793.

MAWSON, C., *Bion Today*, Hove, Brunner Routledge, 2010.

O'SHAUGHNESSY, E., «Whose Bion?», *Int. J. Psycho-Anal.*, 86, 2005, págs. 1523-1528.

ROSENFELD, H. (1971), «Contribution to the psychopathology of psychotic states: The Importance of Projective Identification in the Ego Structure and Object Relations of the Psychotic Patient», en E. B. SPILLIUS (ed.), *Melanie Klein Today*, vol. 1: *Mainly Theory*, Londres, Routledge, 1988, págs. 117-137.

SANDLER, P. C., *The Language of Bion: A Dictionary of Concepts*, Londres, Karnac, 2010.

SEGAL, H., «Changing Models of the Mind», en C. BRONSTEIN (ed.), *Kleinian Theory. A Contemporary Perspective*, Londres, Whurr Publishers, 1997, págs. 157-164.

STRACHEY, J., «The Nature of the Therapeutic Action of Psychoanalysis», *Int. J. PsychoAnal.*, 15, 1934, págs. 127-159.

SYMINGTON, J. y SYMINGTON, N., *The Clinical Thinking of Wilfred Bion*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996.

TAYLOR, D., «Commentary on Vermote's "on the Value of 'Late Bion' to Analytic Theory and Practice"», *Int. J. Psycho-Anal.*, 92, 2011, págs. 1099-1112.

VERMOTE, R., «On the Value of "Late Bion" to Analytic Theory and Practice», *Int. J. Psycho-Anal.*, 92, 2011, págs. 1089-1098.

## NOTAS

<sup>1</sup> «Attacks on Linking Revisited» editado por Catalina Bronstein (publicado por Karnac Books en 2016)

<sup>2</sup> En esta sección y en la siguiente se ofrecen descripciones de lo que es esencial al pensamiento kleiniano y que ya se ha planteado con anterioridad (especialmente en Blass, 2014).

<sup>3</sup> Para aclarar un poco más este punto, podríamos decir que Freud permite que nuestras fantasías moldeen cómo somos y cómo pensamos a través de los procesos de identificación (por ejemplo, con un objeto ideal en el narcisismo, con uno agresivo en la depresión). Sin embargo, en Freud hay una distinción más clara que en Klein entre uno mismo y el otro con quien me identifico. El objeto agresivo, con el que parte de mí está identificado, no es realmente el yo. Esta idea acerca de la identificación, en sí misma, tiene que ver con la diferencia. De modo semejante, en Freud, cuando a través de una fantasía se puede expulsar de uno mismo todo lo malo (Freud, 1925: 237), lo malo generalmente se expulsa al mundo externo de un modo tal que un objeto externo —no interno— se percibe como la fuente de peligro (como en las fobias). Por el contrario, Klein tendería a hablar de la maldad expulsada en un objeto interno, que de modo inmediato daña al self. Tal vez Freud se acerca más a la noción de inmediatez del impacto de la fantasía en la mente en alguna de las descripciones de las relaciones entre el yo y el superyó, pero, en general, en sus escritos vemos que el deseo de quedar liberado de lo que es malo se transforma en el temor a un objeto externo en lugar de a la presencia en la mente de un objeto malo.

<sup>4</sup> Pongo de manifiesto aquí que, en sus escritos posteriores acerca de la continencia,

Bion parece desarrollar esta conceptualización, de modo tal que relaciona una fantasía adicional con el pensamiento, la fantasía que conecta el pensamiento con el proceso digestivo.

# Índice

INTRODUCCIÓN	9
1. SOBRE LA IDENTIFICACIÓN	10
2. ACERCA DE LA DESIDENTIFICACIÓN	16
3. LA DESIDENTIFICACIÓN EN EL PROCESO ANALÍTICO	18
BIBLIOGRAFÍA	23
IMAGO, IDENTIFICACIONES ALIENANTES Y PROCESOS DE DESIDENTIFICACIÓN	24
1. EL FUNCIONAMIENTO PSÍQUICO EN IMAGO	25
2. MIMETISMO, ALIENACIÓN Y PROCESOS DE DESIDENTIFICACIÓN	30
3. HACER EL VACÍO	38
4. PERSPECTIVAS DE INVESTIGACIÓN	41
BIBLIOGRAFÍA	43
IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA Y EL TERCERO SUBYUGANTE*	45
1. EL CONCEPTO DE IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA	46
2. RESUMEN	52
BIBLIOGRAFÍA	53
IDENTIFICACIONES, SUBJETIVACIÓN Y LOS PROCESOS SIMBÓLICOS	55
1. INTRODUCCIÓN	56
2. LA SIMBOLIZACIÓN Y EL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN	57
3. LOS OBJETOS INTERNOS Y SUS TRANSFORMACIONES	59
4. LAS DEFENSAS NARCISISTAS Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD EN LA ADOLESCENCIA	63
5. LAS CONFUSIONES GEOGRÁFICAS Y LA IDENTIDAD EN LA ADOLESCENCIA	65
6. UN BEBÉ SE CONVIERTE EN UN GUERRERO	68
7. HACIA LAS FORMAS SIMBÓLICAS MÁS ABSTRACTAS	73
8. COMENTARIOS FINALES	76
BIBLIOGRAFÍA	78
EL PODER DE LAS IDENTIFICACIONES Y DE LA DESIDENTIFICACIÓN EN EL CAMPO ANALÍTICO	82
1. Identificación-desidentificación	84
2. Agustín	85
2.1. Recuperar la forma	86

2.2. El test permanente	86
2.3. Revalidar los títulos	87
3. Amistad de transferencia	90
4. Sexualidad y relación de dominio en el campo analítico: la amistad de transferencia	93
5. La fantasía inconsciente básica pigmaliónica en la pareja de Agustín y Paula	98
6. Sísifo y la roca	101
7. Narciso, Pigmalión y Galatea	104
7.1. Los tres tiempos del pigmalionismo	105
8. Implicaciones técnicas	107
9. De lo intersubjetivo a lo intrapsíquico	109
10. Las autoimágenes narcisistas	111
11. Manteca	114
12. Pastel de chocolate y merengue	116
13. Amistad y traición	117
14. Fin del análisis: océano y puerto	119
15. Última sesión	121
16. Epílogo: «Lo que has heredado de tus padres adquiérello para poseerlo» (Goethe, fausto, parte I).	122
Bibliografía	125
<b>BION COMO UN KLEINIANO. UNA ELABORACIÓN DE LA FANTASÍA DE LA MENTE EN «ATAQUES AL VÍNCULO»*</b>	<b>129</b>
1. LEYENDO A BION HOY	130
2. EL CONTEXTO KLEINIANO DE LAS CONTRIBUCIONES DE BION	133
3. LA FANTASÍA INCONSCIENTE	135
4. LAS ELABORACIONES DE BION SOBRE LA FANTASÍA KLEINIANA EN «ATAQUES AL VÍNCULO»	139
4.1. La fantasía de «ataque al vínculo»	139
4.2. «Ataques al vínculo» en la «Diferenciación de las partes psicóticas y no-psicóticas de la personalidad» (de Freud a Klein)	140
4.3. La elaboración de la fantasía en «Ataques al vínculo» (Ilustración clínica y nociones iniciales de contención)	142
5. ILUSTRACIÓN CLÍNICA	143
6. PRIMERAS NOCIONES SOBRE CONTENCIÓN	145
7. PENSAMIENTOS FINALES	148
BIBLIOGRAFÍA	150